

LOS YUCATECOS PINTADOS POR SÍ MISMOS
ARTÍCULOS DE COSTUMBRES DE YUCATÁN
EN EL SIGLO XIX

ENSAYOS

16

Los yucatecos pintados por sí mismos
Artículos de costumbres de Yucatán
en el siglo XIX

TATIANA SUÁREZ TURRIZA
(SELECCIÓN, EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS)



Universidad Nacional Autónoma de México
Mérida, 2017

Primera edición: 2017

Fecha de término de edición: 1 de agosto de 2017

D. R. © 2017, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria. Del. Coyoacán,
C. P. 04510, México, D. F.

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y EN CIENCIAS SOCIALES
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., col. Industrial
Mérida, Yucatán. C. P. 97150
Tels. 01 (999) 9 22 84 46 al 48
Fax: ext. 109
<http://www.cephcis.unam.mx>

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio
sin la autorización del titular de los derechos patrimoniales

ISBN 978-607-02-9547-8

Impreso y hecho en México

Índice

SEGÚN LAS COSTUMBRES DEL PAYS, LOS PRIMEROS ARTÍCULOS DE COSTUMBRES DE YUCATÁN	9
Avatares de la inauguración del género	17
Los “tipos” de la sociedad yucateca	23
Los cuadros o escenas	32
CRITERIOS DE EDICIÓN	43

Edición anotada

Los yucatecos pintados por sí mismos.

Artículos de costumbres de Yucatán en el siglo XIX

Campeche visto desde el mar ISIDRO RAFAEL GONDRA	51
A las niñas traviesas JUSTO SIERRA O'REILLY	59

Extravagancias de los enamorados	
ANÓNIMO [ATRIBUIBLE A JUSTO SIERRA O'REILLY]	63
Una conversación con un amigo	
JUSTO SIERRA O'REILLY	69
A un petimetre	
TU PRIMO [ANÓNIMO]	73
A una de tijeras	
ANÓNIMO	79
La almohadilla	
ANÓNIMO [ATRIBUIBLE A JUSTO SIERRA O'REILLY]	83
Un lance cómico	
ANÓNIMO [ATRIBUIBLE A VICENTE CALERO]	89
Las diligencias y la feria de Izamal	
JOSÉ TURRISA [SEUD. DE JUSTO SIERRA O'REILLY]	93
¿Cuál de las tres?	
UNO DE TANTOS [ANÓNIMO]	103
Dificultad insuperable	
CANUTO CLEYERE	105
Cosas de la época, o sea, la Biblioteca de Toribio	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	109

Un <i>quid pro quo</i>	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	117
Tiró el diablo de la manta	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	121
¡Vaya un hombre!	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	125
El extranjero en Mérida	
BUENAVENTURA VIVÓ	129
El porqué de mi silencio	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	153
Una de cal y otra de arena	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	157
Don Cándido o la piedra filosofal	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	161
Una carga concejil	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	167

El Carnaval	
VICENTE CALERO	171
La Cuaresma	
VICENTE CALERO	177
¿Novedades aquí?	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	181
Los criados de mi tierra	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	185
Un hombre-piedra	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	189
Me voy a los toros	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	193
Entre los malos el peor	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	197
Ni tan calvo que se vean los sesos	
DON GIL DE LAS CALZAS VERDES	
[SEUD. DE MANUEL BARBACHANO]	203

Según las costumbres del pays.
Los primeros artículos
de costumbres de Yucatán¹

Al estudiar la construcción de las nacionalidades, Adrián Hastings concluye que la forja de la “identidad nacional” se debe tanto a los gobernantes como a los escritores del país (2000, 131). En la península de Yucatán, a mediados del siglo XIX, los escritores yucatecos, dirigidos por Justo Sierra O’Reilly, iniciaron el desarrollo de una literatura propia que respondía a un proyecto de identidad cultural, social y política. La Península, como bien afirma Arturo Taracena, “se escribía no sólo como relato histórico-geográfico, sino también como relato literario que buscaba magnificar el comportamiento y las aspiraciones de una élite dirigente” (2007, 36).

Justo Sierra O’Reilly contribuyó a crear ese relato literario, en el que se delinea una imagen de la sociedad y cultura yucateca desde la mirada del grupo en el poder. Esos esbozos de una literatura propiamente yucateca los encontramos en los primeros periódicos literarios de la Península, editados por don Justo Sierra O’Reilly: el *Museo Yucateco. Periódico Científico y Literario* (1841-1842), impreso en la ciudad de Campeche por José María Peralta,

¹ Este trabajo de investigación es el resultado de mi estancia posdoctoral en el Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales, con el apoyo del Programa de Becas Posdoctorales de la Coordinación de Humanidades de la UNAM. Para su realización conté con la valiosa asesoría del Dr. Adrián Curiel Rivera y con la generosa orientación del Dr. Arturo Taracena.

y el *Registro Yucateco* (1845-1849),² revista editada en Mérida, que retomó y amplió el proyecto cultural iniciado en 1841.

A decir de Molina Solís, la labor periodística y literaria de los redactores del *Museo Yucateco* impactó de modo significativo en la sociedad de su tiempo; tanto es así que puede atribuírsele la formación de un carácter, de un estado de ánimo que se convirtió en rasgo distintivo de la identidad yucateca:

Hablad de ruinas, de monumentos, de tradiciones, de historia de Yucatán, en presencia de cualquier yucateco inteligente, y veréis al punto cómo un destello de pasión cruza por sus ojos, cómo su sangre se enardece, su corazón se calienta y el interés y la animación

² Estas primeras revistas literarias de Yucatán representaron una empresa cultural de mérito comparable a la que emprendieron en el centro del país los escritores de la Academia de Letrán. Su nacimiento coincide, en el contexto nacional, con la reaparición del *Mosaico Mexicano* (1840-1842), y con la publicación de otras revistas literarias donde colaboraban ya de manera regular escritores mexicanos, casi todos pertenecientes a la Academia de Letrán: *El Año Nuevo* (1837, 1838, 1839 y 1840), *El Museo Popular* (1840), *El Apuntador* (1841), el *Semanario de las Señoritas Megicanas* (1842), y un periódico con una importante sección literaria, *El Siglo XIX*, fundado en 1841 y que se prolongó hasta 1896. En el tiempo de la fundación de la Academia de Letrán, Justo Sierra O'Reilly se encontraba en la Ciudad de México realizando sus estudios de Derecho en el Colegio de San Ildefonso, y es probable que durante su estancia se haya familiarizado con dicho grupo literario. Al parecer, el escritor yucateco adoptó la propuesta literaria de la asociación mexicana como ejemplo o punto de partida para su propio proyecto literario en Yucatán, es decir, para la elaboración de sus dos revistas literarias. Las revistas yucatecas siguen algunos de los ideales que encauzaron el proyecto literario de los escritores de la Academia; entre esos ideales se encontraba, como declarara su fundador Guillermo Prieto, crear una revista que procurara “exponer flores de nuestros vergeles y frutas de nuestros huertos deliciosos” (1906, 216). Semejante intención manifiestan los editores del Museo en la “Introducción” a la revista; ahí expresan que una de las finalidades de su publicación es la de animar a sus compatriotas “a la afición al estudio de las materias literarias”, y “excitar la emulación de la juventud yucateca, a fin de ir sembrando poco a poco en sus almas ardientes las semillas que producen al cabo tan preciosos frutos” (*Museo Yucateco* 1841, 1-2). Como los editores de las publicaciones de la Academia, los editores yucatecos pretendían formar una revista que expusiese, sobre todo, los frutos de la intelectualidad de su tierra; fomentar la creación de una literatura propia.

se pintan en su semblante. No le es posible ser indiferente, ni aun cuando se trata de las novelas cuyos protagonistas resucitan los tipos de las edades pasadas, de nuestros empolvados pergaminos, de nuestras rancias costumbres. Ese estado de ánimo social es una creación de los redactores del *Museo Yucateco* (1898, 86).

La empresa cultural del grupo de intelectuales redactores del *Museo Yucateco* no sólo significó un importante avance para el desarrollo de la literatura en Yucatán, sino que trascendió el ámbito de lo literario y alcanzó el terreno de lo social y político.

Esta primera revista literaria de Yucatán fue suspendida por razones de carácter político en 1842.³ Pero Sierra O'Reilly retomó el proyecto años más tarde y de manera más consistente con la publicación del *Registro Yucateco*. A la columna de redactores del *Museo Yucateco* —a saber, Justo Sierra O'Reilly, Vicente Calero y Manuel Barbachano y Terrazas— se unieron para la elaboración del *Registro Yucateco*: Juan Pío Pérez, Fray Estanislao Carrillo, Géronimo del Castillo Lenard, Mariano Trujillo, José Joaquín de Torres, Rafael Carvajal, Dionisio Alcalá Galiano, Antonio García Gutiérrez, entre otros. En esa ocasión, los hombres de letras convocados por Sierra O'Reilly para formar parte de su empresa periodística, adoptaron un nombre que los definía como una asociación: Sociedad de Amigos; este grupo de letrados yucatecos continuó y desarrolló la empresa literaria iniciada en 1841.

Molina Solís describió con precisión el espíritu que animaba a los integrantes de la Sociedad de Amigos, y el hondo sentido social de su labor periodística:

³ En 1842 Santa Anna declara a Yucatán enemigo de la nación y le impide entablar cualquier tipo de relación económica con el resto del país. Esto trajo como consecuencia el comienzo de una lucha armada entre el gobierno de Yucatán y el del centro de México. Sierra O'Reilly, junto con Géronimo Castillo y Joaquín García Rejón, es comisionado para llevar a cabo un convenio con México para dar fin a los conflictos. Teniendo en cuenta ese hondo compromiso político de su principal editor en aquel momento de tensión por el que atravesaba Yucatán, no extraña que suspendiera la publicación del *Museo Yucateco*.

Al leerlos siente uno y como que oye y escucha palpar los corazones de aquellos hombres de virilidad lozana, de plenitud de vida, que han sabido trabajar esforzadamente por el mejoramiento intelectual del país. Ambicionaban la gloria y la alcanzaron, decretada por una inmensa aclamación popular (Molina 1898, 87).

Si bien es cierto que durante el siglo XIX, en todo el país, las ideas literarias estaban profundamente comprometidas con las circunstancias sociales y políticas, es posible reconocer en la literatura peninsular que se gestó en las páginas de estas dos primeras revistas literarias, un relato que se singulariza respecto del nacional mexicano. La empresa literaria y cultural de estas publicaciones yucatecas no es simple emulación de aquella iniciada por los intelectuales del centro del país; es decir, se trató de un proyecto cultural que adoptó los mismos lineamientos estéticos planteados por los escritores mexicanos de la Academia de Letrán, pero con el fin de forjar o “reinventar” —de acuerdo con Arturo Taracena— una identidad regional que ponderaba la excepcionalidad del pueblo yucateco.⁴

Ese “regionalismo exaltado” se puede entender mejor a la luz de las circunstancias sociales y políticas excepcionales por las que atravesaba la península de Yucatán. Mónica Mansour, ha explicado que existe una estrecha correspondencia entre el grado de manifestación de la identidad regional en la literatura mexicana y los sucesos políticos o sociales:

las identidades regionales o locales suelen permanecer en estado latente siempre y cuando no exista ningún riesgo, ninguna amenaza en su contra. En el momento en que surge algún peligro para su unidad y diferencia, sin mayor transición, los valores regionales se manifiestan a veces hasta con exageración y exaltación, y dejan

⁴ Karl Hölz hace notar que el deseo de originalidad que inspiraba el contenido de las revistas del siglo XIX mexicano tiene visos de la corriente romántica, la cual propició la búsqueda de lo individual y el intento por desarrollar las peculiaridades distintivas de los pueblos (1990, 373). En los textos literarios del *Museo Yucateco*, ya se atisban rasgos de la estética romántica, sin embargo prevalece en el contenido, en general, un eclecticismo estético, entre neoclasicismo y romanticismo.

latentes los valores nacionales más globales y más ficticios (1999, 36-37).

Durante el tiempo que circuló el *Museo Yucateco*, 1841-1842, la Península se encontraba inmersa en un intenso conflicto político, era el tiempo del llamado “separatismo yucateco”.⁵ Justo Flores contextualiza el separatismo yucateco en su dimensión política o social; sintetiza los vaivenes políticos que sufría Yucatán en los momentos previos a la aparición del *Museo Yucateco*:

De 1840 a 1841, el poder legislativo yucateco discutió asuntos relativos a la forma de integración de Yucatán a México. Al romper con el gobierno mexicano, las autoridades yucatecas buscaban renegociar el pacto de unión y el reconocimiento de la excepcionalidad, es decir, si no podían implantar el federalismo en la nación, tratarían de obtener privilegios y ser un estado excepcional dentro del sistema central mexicano (2013, 163).

Según lo expuesto por el mismo Flores, existía una notoria preocupación de la sociedad yucateca, al menos de la élite política, por negociar la reintegración de Yucatán a México, siempre y cuando se “reconociera su excepcionalidad”.⁶ Pero esta

⁵ El 4 de marzo de 1840, el Congreso de Yucatán declaró que: “entre tanto la nación mexicana no sea rígida conforme a las leyes federales, el estado de Yucatán permanecerá separado de ella”. De tal modo, Yucatán se escindía por primera vez de la república central, y se negaba, por tanto, a intervenir en los conflictos bélicos entre México y Estados Unidos que tuvieron lugar por aquellos años. El conflicto adquirió tal intensidad que quienes abogaban por la emancipación definitiva, el 16 de marzo de 1841, lograron arriar la bandera mexicana del edificio del ayuntamiento de Mérida y poner en su lugar el pabellón yucateco (Quezada 2001, 57-60).

⁶ La tesis de Flores sostiene, desde una perspectiva histórica, que no hubo la intención real —al menos no consta en documentos oficiales— de forjar una nación yucateca, o un proyecto nacionalista yucateco. Para el historiador, la autonomía yucateca en el siglo XIX no significó un separatismo-independientista, pues fue sólo una medida de presión para que se restaurara el federalismo en México, o para obtener privilegios políticos por parte del gobierno centralista mexicano (2013, 15-17, 287). Sin contravenir esta tesis, puede afirmarse que al momento en que aparece en la palestra cultural de la

circunstancia no contraviene que en el ámbito de la literatura de la época, en especial la de corte costumbrista —una literatura creada por los mismos actores políticos yucatecos— se modele una imagen de Yucatán que expone la exaltación de los valores regionales por encima de los nacionales mexicanos.

Los intelectuales yucatecos, liderados por Sierra O'Reilly, en plena efervescencia del separatismo político de la Península, emprendieron la labor de originar una literatura yucateca.⁷ Es decir, el programa editorial de las dos revistas literarias dirigidas por Sierra O'Reilly —el *Museo Yucateco* y el *Registro Yucateco*— se encamina hacia la construcción de una “literatura propia”, y esta intención, de acuerdo con los planteamientos de Adrián Hastings, constituye una de las condiciones necesarias para la consolidación de la autonomía política, y para la construcción de una identidad nacional.⁸

península la primera revista literaria, editada por Sierra O'Reilly, la región se encontraba “separada” del país, y esta autonomía entrañó una notable preocupación y búsqueda por definir y, acaso “dirigir”, el imaginario cultural y social de la península, para exponer su “excepcionalidad” en el contexto nacional mexicano, con una clara intención de inventar una identidad con visos nacionalistas que, en el relato literario, se superpone a la identidad mexicana.

⁷ Carolina Depetris, retomando las ideas de Adrián Hastings en *La construcción de las nacionalidades*, concluye que crear una “literatura propia se convierte en conditio sine qua non de libertad y autonomía política” (2013, 240). La investigadora asienta que en las páginas del *Museo Yucateco* (1841-1842) y del *Registro Yucateco* (1845-1849) se construye una “literatura ‘nacional’ yucateca” (241).

⁸ Si se entiende nación, como explica Flores, como un concepto “ligado al nacionalismo, al sentimiento de pertenencia y a la identidad nacional y remite a la comunidad imaginaria donde los individuos comparten una historia mítica y cultural que los define” se tiene, entonces, que su sentido es “más cultural que político” (2013, 45). Sin embargo, explica Flores que en el siglo XIX “el concepto de nación se define como la población sobre un determinado territorio, con soberanía propia, esto es, independiente de cualquier otra entidad y con una determinada forma de gobierno” (45). Considero que esta última acepción del término “nación”, si bien remite al uso del concepto en el siglo XIX en el ámbito de lo político, no contradice la idea de que en la literatura yucateca de la época se puede advertir una tendencia a concebir la región como una “nación”. Se perfila una identidad yucateca con un sentido nacionalista, en tanto que se construye, o reinventa como apunta Taracena,

Aun cuando los editores del *Museo Yucateco*, en la “Introducción” firmada por Vicente Calero, aseguraban que no tratarían temas de política, su proyecto editorial entrañaba un fin extraliterario que se vincula con el ámbito político y social de su época. En esa misma “Introducción” se expresa el concepto de literatura que determinó el contenido de la revista; un concepto amplio que enfatiza la “utilidad” social de la literatura:

Si el arreglo de nuestras ideas y la buena manera de expresar nuestros pensamientos fuera cosa de poquísima importancia, nosotros convendríamos [...] en que se desterrasen los principios, los deseos y la marcha que se notan en una sociedad culta; pero no es así, pues los mismos que con más ardor atacan la literatura, porque no conocen su mérito, se esfuerzan con mucha necesidad en mostrarse correctos en su estilo, elocuentes en sus discursos (*Museo* 1841, 1).

Cuando los editores afirman que *el arreglo de las ideas y la buena manera de expresar los pensamientos* es una cualidad que distingue el quehacer literario dan cuenta de la amplitud del concepto de literatura, el cual comprendía casi todo lo “bellamente” escrito. En la “Introducción” del primer tomo del *Registro*, quienes antes fueran redactores y editores del *Museo Yucateco* expresan de forma más directa la idea horaciana de mezclar lo “útil con lo bello”, que fue el criterio de selección del contenido literario de las dos revistas:⁹

una “historia mítica y cultural” del pueblo yucateco. Y aunque puede pensarse que este nacionalismo literario lo es sólo en sentido “cultural”, no puede obviarse su vínculo con una intencionalidad política y social.

⁹ María del Carmen Ruiz Castañeda define las revistas de ese periodo como “verdaderas misceláneas de literatura y conocimientos ‘curiosos o instructivos’ que cumplen, en diversos aspectos, el precepto horaciano, insistentemente repetido, de mezclar lo útil con lo agradable” (1999, 35). Al seguir este precepto, las revistas literarias se convierten en las productoras de las directrices en el gusto y la literatura de la época, pero, en el caso particular de las revistas yucatecas mencionadas, puede decirse que también pretender dirigir o encauzar el comportamiento e ideología social o política de la sociedad. Es decir, el sentido de “utilidad” de la literatura, que defienden los editores de las publicaciones yucatecas, puede entenderse también en un sentido social,

Así es que las ciencias y la literatura, haciendo causa común, han marchado unidas por las innumerables sendas que abrió la imprenta a las mejoras sociales, llenando de este modo los deseos del hombre, que no halla completa satisfacción sino en la unión de lo útil y lo bello (*Registro* 1845, 7).

En otro ensayo aparecido también en el *Registro*, titulado “Consideraciones sobre la situación y el porvenir de la literatura hispanoamericana”, el escritor español Dionisio Alcalá Galiano subraya esa amplitud del campo literario:

Según la clasificación de la misma escuela moderna a que pertenecemos, no habrá de entenderse por literatura tan sólo la poesía y las bellas letras, sino igualmente la historia, la metafísica, la crítica, la política teórica, y cuantos ramos en fin, hay del saber humano que no entren, como las matemáticas o la química, en la categoría de lo que suele denominarse *ciencias exactas* (*Registro* 1845, 60).

Esta concepción de la literatura se relaciona con la influencia del naciente romanticismo, movimiento al cual se refiere el autor como la “escuela moderna”. Sin embargo, las revistas de esa época solían presentar una suerte de eclecticismo estético; aunque por su novedad temática podían pasar por publicaciones de corte romántico, prevalecía en ellas una fuerte contención neoclásica. En el *Museo Yucateco*, como en el *Registro Yucateco*, conviven lo neoclásico y el floreciente romanticismo; el estudio de lo antiguo y de lo moderno se mezclan en sus páginas para forjar una identidad literaria que busca trascender hacia el ámbito de lo social. Este rasgo se anuncia desde la introducción al periódico:

Homero no tuvo necesidad de las reglas de Aristóteles para ser un gran poeta, ni Cicerón de los principios de Quintiliano para ser el maestro de la oratoria universal. Mas ahora preciso es que *el estudio de las obras clásicas, así antiguas como modernas, se una a la meditación*

y acaso político; esta intención se advierte de manera especial en los artículos de costumbres.

de las costumbres de la época, porque al fin cada uno piensa según el siglo que vive (Museo 1845, 1) (Las cursivas son mías).

El fin didáctico de la literatura decimonónica puede apreciarse, de manera especial, en un género que proliferó en las revistas de la época: los artículos de costumbres y literarios. En el *Museo Yucateco* y en el *Registro Yucateco* se encuentran los tempranos y valiosos textos que inauguraron ese género en la Península.

En la elaboración del “relato literario” peninsular, supeditado a las pretensiones sociales y políticas de la élite letrada, a la que pertenecía Sierra O’Reilly, tuvieron especial relevancia los artículos o cuadros de costumbres. En Yucatán, como en el centro del país, estos géneros de literatura costumbrista fueron medios idóneos para fijar en los lectores el imaginario cultural que se pretendía definir de acuerdo con los intereses sociales y políticos de la “ciudad letrada” yucateca. En forma de cuadros, tipos o escenas pintorescas, con tono ligero, ameno o lúdico, los escritores yucatecos delinearon una imagen singular de su sociedad, se pintaron a sí mismos.

AVATARES DE LA INAUGURACIÓN DEL GÉNERO

El inicio de la tradición de los “artículos de costumbres”, tanto en España como en México, como cuadros “aislados” o independientes de un libro, se vincula con el momento en el que se generaliza la prensa periódica y se popularizan las revistas literarias. De acuerdo con Margarita Ucelay da Cal, el medio de difusión determinó en gran medida las características formales de este género, definido como una composición breve, en prosa o en verso, que tiene por finalidad la pintura filosófica, festiva o satírica de las costumbres populares, o bien, la pintura moral de la sociedad. Sus temas son variados, entre los más frecuentes, se encuentra la descripción de tipos, escenas, incidentes, lugares o instituciones de la vida social contemporánea, con escasa o nula trama argumental (1951, 40).

Los artículos de costumbres y sus subgéneros, “tipos” y “escenas”, contribuyeron a la invención de un imaginario nacional mexicano.¹⁰ Es conocida la popularidad y repercusión social de *Los mexicanos pintados por sí mismos*. Publicada en 1854, esa obra no sólo representó un acontecimiento relevante en el desarrollo editorial de México, al incorporar litografías en la representación de tipos, también contribuyó a delimitar, mediante el dibujo de los personajes de la sociedad decimonónica, una concepción de la mexicanidad, aunque comprometida y sesgada a manera de los intereses políticos de los escritores, intelectuales, del siglo XIX.¹¹

Mediante los artículos de costumbres, los hombres de letras del siglo XIX delinearon la imagen de la sociedad que la clase en el poder pretendía proyectar; una identidad que involucraba una interpretación de la historia propia. En ese sentido, los artículos de costumbres pueden leerse también, como bien apunta Cortés Guerrero, como una “interpretación de la historia, entendida no sólo como una lectura del pasado, sino como la combinación del pasado con el futuro” (2013, 13).

En las páginas del *Museo Yucateco* y del *Registro Yucateco* se encuentran las primeras aportaciones de los escritores yucatecos al desarrollo de géneros literarios como el cuento, la novela, el ensayo y los artículos de costumbres. Al comienzo del segundo tomo del *Museo*, los editores ratifican las características del contenido de la revista, y hacen mención del género que nos ocupa:

Leyendas del país, romances populares, *artículos de costumbres* y literarios. También se presentará una regular galería biográfica de yucatecos, o que hubiesen prestado servicios a Yucatán. En fin, hará

¹⁰ A decir de María Esther Pérez Salas, la decisiva influencia del romanticismo europeo en el siglo XIX en México implicó el rescate de lo propio y característico del país y de sus regiones, una marcada tendencia al individualismo y el nacionalismo. Y el género literario que mejor se amoldó a este propósito fue el costumbrismo (2005, 168).

¹¹ La sola elección, o bien la omisión, de los personajes que se describen y se ilustran en la colección da cuenta de la marcada tendencia política de los textos. Por ejemplo, no es gratuito que no se incluyan representantes del clero o del ejército, o que la mayoría de los “tipos” sean personajes de las clases sociales bajas.

cuanto pueda, por dar importancia a su periódico, contando siempre con la indulgencia de los lectores (*Museo* 1842, 1-2).

Arturo Taracena se ha referido al contenido del *Museo Yucateco* y del *Registro Yucateco* como un fenómeno memorístico, en el que resulta evidente la relación entre literatura y política (2015, xvii). Y especifica que esta memoria que se edificó en sus páginas se trataba de “una memoria-archivo y de una memoria-deber ser. Un esfuerzo de rememoración que produjese presentismo en la transmisión de valores que identificaban la identidad yucateca” (xvii). Los artículos de costumbres de estas revistas transparentan la intención presentista de ese proyecto memorístico —al que alude Taracena—, es decir, la imagen de la sociedad que se pinta en los artículos de costumbres constituye una memoria del “deber-ser”, una exhibición y valoración de las costumbres arraigadas en la sociedad yucateca con miras a transformarlas en el presente, con la intención, acaso, de apresurar el futuro.

Los dos principales autores de artículos de costumbres en esas publicaciones fueron Justo Sierra O’Reilly y Manuel Barbachano y Tarrazo. Este último, bajo el seudónimo de Don Gil de las Calzas Verdes, se distinguió por su estilo particular, caracterizado por un acento más satírico.¹² Aunque los mismo redactores definan algunos de sus artículos como “bocetos” o ensayos, lo cierto es que la mayoría representan ya acabadas y apreciables aportaciones al género. Se trata de artículos de notable calidad literaria, tipos o escenas pintorescas que con tono ligero, ameno o lúdico, contribuyeron a definir el imaginario social y cultural de la Península.

La “utilidad” social de este género literario la señala bien Evaristo Correa Calderón, en su estudio preliminar a *Costumbris-*

¹² A Manuel Barbachano se le atribuye el implantar el costumbrismo como género literario en tierras yucatecas. Habiendo cursado sus estudios superiores en Madrid, regresó a Yucatán con el bagaje literario de los costumbristas españoles, en particular de Mesonero Romanos y de Mariano José de Larra. Por la calidad de sus colaboraciones en el *Registro Yucateco* y otros importantes periódicos y revistas de la época se le reconoce, con justa razón, como uno de los mejores escritores de artículos de costumbres de su tiempo.

tas españoles, cuando observa que con estos escritos se pretendía hacer visibles las costumbres populares con el fin de darlas a conocer y generar cambios en las mismas, es decir, transformaciones sociales (1951). Esa intención social prevalece en los escritos de los intelectuales yucatecos. Se valieron del fin didáctico, con propósito de reforma moral o social que caracterizaba a los artículos de costumbres (Ucelay da Cal 1951, 6), para modelar a través de ellos su idea de sociedad, para señalar a sus lectores aquellos “vicios” en las costumbres que desde su perspectiva —identificada con la élite letrada en el poder— debían erradicarse o corregirse para el bienestar y progreso de la península. Recordemos, además, que este género literario se define también por cierta ambición casi utópica de volcar la representación hacia lo representado. Los artículos de costumbres yucatecos parecen también expresar esta aspiración utópica de moldear a la sociedad de su tiempo, de que el dibujo literario preceda a la realidad.¹³

Como ya se ha mencionado, uno de los rasgos esenciales del contenido literario de las revistas estudiadas es su eclecticismo. En el caso específico de los artículos de costumbres puede afirmarse que exponen la transición del costumbrismo ilustrado al romanticismo, de la preeminencia de un tono moralizante hacia un mayor realce del fin estético, en el que, sobresale, el tono satírico, sin menoscabo de la intención didáctica. Es decir, los artículos de costumbres de las dos revistas —aquí antologados— se sitúan en el vértice del cambio hacia una estética romántica.

De acuerdo con las apreciaciones de Esther Martínez Luna, en los artículos del costumbrismo ilustrado:

¹³ Romina España ha mostrado con detalle la configuración de la utopía nacional yucateca en la literatura de viaje de Sierra O'Reilly. Para esta investigadora, no hay duda de que en el *Diario* y en *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos y al Canadá*, Sierra O'Reilly expresa su utopía de una “nación yucateca” (2013, 190). Una apreciación semejante se tiene al analizar, en su conjunto, los artículos de costumbres publicados por Sierra O'Reilly y otros intelectuales yucatecos en las primeras revistas literarias de la Península.

Más que el escarnio se buscaba señalar el camino para recuperar las costumbres perdidas y reencontrar la vereda del respeto, es decir, mostrar reglas de qué hacer y cómo hacerlo. Todo esto, insisto, permeado por la influencia de la Ilustración, pues los escritores sentían que su deber era ayudar a crear un ciudadano “instruido y virtuoso” para que tuviera un mejor desempeño dentro de su actividad social; se ponderaba la idea del trabajo condenando severamente la ociosidad (2005, 49).

En la mayoría de los artículos de costumbres del *Museo Yucateco* se advierte la pretensión de formar un “ciudadano instruido y virtuoso” para el bien y progreso de la sociedad yucateca. Ciertamente que en los primeros de esos artículos, firmados por Sierra O’Reilly, los “tipos” delineados o los vicios sociales expuestos no se vinculan claramente con la región, y responden, en efecto, a un ideal de moralidad que se puede asumir como universal. Por ejemplo, la pintura del petimetre, del currutaco, del lechuguino o de la coqueta presentan pocos rasgos locales, o regionalistas; pero se encuentran enmarcados en escenas, estas sí, de matices regionales, como es el caso del artículo: “Las diligencias y la feria de Izamal”, de Sierra O’Reilly. El mismo Sierra O’Reilly, al definir sus primeros escritos como artículos de costumbres, se refiere al fin didáctico que debe prevalecer en estos escritos y a la moderación en el tono satírico: “Los artículos de costumbres producen consecuencias más importantes de lo que a primera vista parece. Siempre que sean escritos sin mordacidad chocarrera, aunque piquen *su poquillo*” (*Museo* 1842, 115).

Según las apreciaciones de Esther Martínez, los artículos del costumbrismo ilustrado que aparecieron en el *Diario de México* (1805-1812) son textos de escritores que “no tienen un talento especial”, son “muy elementales en su composición”, y carecen de un “lenguaje nutrido de metáforas o juegos de ingenio verbal”. En contraste, los artículos de costumbres de Sierra O’Reilly y, en especial, los de Manuel Barbachano, aparecidos en las revistas yucatecas, destacan, a mi modo de ver, por el ingenio en su composición y la riqueza de su lenguaje; en ellos el fin estético y el tono humorístico se equilibran con la función didáctica. Muchos son

retratos de trazos ligeros pero no por ello indefinidos, y se encuentran matizados con fino humor; los autores recurren a constantes juegos o artificios literarios que imprimen vitalidad a sus escritos. Además, en algunos de los artículos de Don Gil aparecidos en el *Registro Yucateco*, cuando la influencia del romanticismo era más tangible, se aprecia una mayor acentuación del matiz local, regional, sobre todo en la configuración de escenas o cuadros costumbristas.¹⁴ Si bien, en efecto, la notable prioridad del fin didáctico en estos primeros artículos de costumbres de Yucatán los acerca al costumbrismo ilustrado, por su riqueza estética, sus artificios y recursos literarios, escapan a esa categorización.

En no pocos de esos primeros artículos los autores esbozan sus propias concepciones del género, reflexionan sobre sus características de estilo y forma, e insisten en su utilidad social. El artículo “Una conversación con mi amigo”, de Justo Sierra O’Reilly, se refiere a la recepción poco tolerante que obtuvieron los primeros escritos costumbristas en el medio yucateco. Ahí se comenta la “alharaca” que causó en algunos lectores la publicación de otros artículos de costumbres, porque algunos se sintieron “ofendidos” o aludidos: “¡Cáspita con las gentes! ¿no ve Usted, amigo mío esa alharaca que se ha levantado con el articulo de aquella señora, sobre las ‘Extravagancias de los enamorados’ que no puede ser más injusta e infundada?” (*Museo* 1842, 114). “Una conversación con mi amigo” puede leerse como una suerte de manifiesto a favor de los artículos de costumbres, en el que se defiende la utilidad social de este género: “Los artículos de costumbres producen consecuencias más importantes de lo que a primera vista parece. Siempre que sean escritos sin mordacidad chocarrera, aunque piquen su poquillo; no importa, firmeza y resolución” (115).

La insistencia —si bien retórica— en mencionar los “beneficios” o utilidad sociales del género se mantuvo hasta los años en

¹⁴ Un color local que no está del todo ausente en los artículos aparecidos años antes en el *Museo*; baste mencionar de nuevo el artículo, “Las diligencias y la feria de Izamal” de Sierra O’Reilly, o “Campeche visto desde el mar” de Isidro Rafael Gondra.

que se publicó el *Registro*, así lo demuestra el artículo firmado por Don Gil de las Calzas Verdes (Manuel Barbachano), titulado “El por qué de mi silencio”, en el segundo tomo de 1845. En ese artículo, Don Gil se lamenta de la falta de comprensión de los lectores que se sentían ofendidos ante sus escritos que retrataban con humor satírico a la sociedad yucateca y le juzgaban por ello “hijo espúreo de la patria: ¿Qué debía yo hacer al oír juzgar así de los artículos que yo creía haber hecho no solo por pasatiempo mío, sino también en algún beneficio público? [...] Yo no sé lo que otro haría: yo me di por muerto para escribir” (*Registro* 1845, 462).

Meses antes, en el tomo primero del *Registro*, Don Gil había publicado el artículo “Una dificultad insuperable”, el cual representa una clara defensa de la línea editorial de la revista frente al menosprecio de la sociedad conservadora yucateca hacia el quehacer literario. A modo de una conversación jocosa entre tres personajes meridianos, Don Gil expone como un vicio, una “dificultad insuperable” para el progreso, la poca tolerancia de los lectores yucatecos a los textos de carácter literario, en particular, a los artículos de costumbres y a las novelas.

La función educativa de los artículos de costumbres que tenían muy presente los redactores del *Museo Yucateco*, se refleja también en el hecho de que la mayoría de los artículos, sobre todo los que se adecuan al subgénero de “tipos”, están dirigidos principalmente a dos sectores de la sociedad: las mujeres y la juventud. Esta elección no es arbitraria, es acorde con la idea de que la identidad se forja mediante la transmisión de valores; por ello el fin didáctico, de corrección, de estos artículos de costumbres tiene como destinatarios a los jóvenes, que representaban el futuro que se buscaba encaminar, y a las mujeres, quienes tenían la tarea de formar a las nuevas generaciones yucatecas.

LOS “TIPOS” DE LA SOCIEDAD YUCATECA

Pérez Salas ha definido el subgénero de los tipos como

un relato sobre un personaje determinado, que presenta cierta peculiaridad, ya sea por su oficio, su forma de vestir o de hablar,

o por el papel que desempeña dentro de la sociedad [...] Acorde con la tendencia del escritor, la peculiaridad del personaje podía ser manejada desde ángulos diferentes, ya fuera moralista, satírico, folklórico o nacionalista (2005, 168).

Entre los “tipos” que se esbozan en las revistas yucatecas, se encuentra el del “aficionado; aquel que, sin tener la preparación o conocimiento suficiente o profundo, pretende hacerse pasar por erudito en diferentes artes u oficios. Aparece en el artículo “Cosas de la época. La biblioteca de Toribio”, firmado por Don Gil de las Calzas Verdes. La descripción literaria que realiza Barbachano de ese “tipo” tiene como antecedente la de don Antonio María Segovia en un artículo titulado precisamente “Los aficionados. Boceto de un cuadro de costumbres”, que apareció en el tomo segundo del *Museo* (1842). En el “tipo” que bosqueja Don Gil de ese personaje de la élite intelectual, se advierte, aunque de manera velada, el retrato de los de su propia especie, del “literato”, desde un ángulo satírico.¹⁵

En otro artículo titulado “Cuál de las tres”, publicado en el *Registro* y firmado con el seudónimo “Uno de tantos”, aparece de nuevo, y de manera más definida, el tipo del “artista” o del “literato”. Pero, en ese texto, la pintura adquiere un sentido reivindicador, cuando se contrasta con los tipos del “noble o alto funcionario” y del “rico o usurero”, también ahí dibujados. Se enaltece al literato como a un personaje clave del progreso y bienestar social del “pays”:

¹⁵ En mi opinión, la pintura literaria del escritor yucateco es aún más lograda que la que realiza el autor español. El artículo de Antonio María Segovia, “Los aficionados. Boceto de un cuadro de costumbres”, que se publicó en el tomo segundo del *Museo* (1842) como anónimo, se tomó del *Semanario Pintoresco Español* (tomo III, 1838, 683-686), donde aparece firmado con las iniciales A. M. S.

El artículo de Segovia finaliza con una reflexión moralizante, aunque lúdica, sobre el daño que estos personajes, que “nada estudian, nada saben, nada profesan” a profundidad, causan a la sociedad, y con una especie de autocritica: “Díganme Ustedes qué pena merecen, y que me la impongan a mí luego, luego, por aficionado... a escribir cuadros de costumbres” (92).

¿Veis ese hombre que se pasea lentamente por aquella calle de árboles en la Alameda, y que no hace caso de nada de cuanto le rodea, y su traje es sencillo y casi descuidado, y sus ojos vivos y penetrantes? Ese es un sabio, un artista.

Vienen luego los estragos del huracán y el campo de la vida queda totalmente devastado [...] ¿Y el literato y el artista? ¡Oh! Ésos son aún literato y artista. Sea que hayan permanecido tranquilamente en su patria o que la envidia, la sed de venganza, las discordias políticas y las demás pasiones juntas, los hayan lanzado del suelo en que vieron la primera luz, tienen en sí su nobleza y su riqueza, y lo que es más ventajoso todavía, las llevan consigo a todas partes, sin gasto ni detrimento alguno. En donde quiera que existan hombres, puede desplegarse el genio y tienen lugar las ciencias, y se ejercitan las artes (*Registro* 1845, 62-63).

En los artículos yucatecos tiene presencia central la figura del literato como personaje tipo de la sociedad, aunque también se señalen sus vicios con afán de corrección. Es decir, en la sociedad yucateca modelada mediante los artículos de costumbres, los escritores cuidaron de hacer un retrato favorable de ellos mismos y de su labor como actores sociales —y como actores políticos, me atrevo a afirmar—. El discurso social y político que entraña su escritura literaria tenía como destinatario la élite, a la cual pertenecían.¹⁶

Otro de los tipos que se dibujan en la revista, dirigidos a la juventud yucateca, es el “petimetre” también conocido como “pisaverde”, que, al igual que “la coqueta”, fue de los personajes predilectos de la literatura costumbrista de la época. En el artículo, escrito a manera de una carta dirigida a un supuesto “primo”, se le describe como un hombre de excesivo cuidado y preocupación por su aspecto físico, de juicio ligero y falta de seriedad; el uso de un tono cordial, amable, acentúa el efecto humorístico, irónico, de la descripción:

¹⁶ Leídos en su conjunto, estos artículos de costumbres entrañan el relato de las penurias, “sinsabores” u obstáculos que los literatos o intelectuales debían soportar con tal de continuar con la “noble labor” de dirigir el rumbo cultural del *pays* —Yucatán— hacia el progreso; es decir, en ese relato costumbrista se retratan a ellos mismos como *adalides* de la sociedad yucateca.

crees es tu rostro una piedra preciosa caída del cielo, el retrato de un ángel, y un pedazo de paraíso [...] ¡Qué pulimentos del cutis! ¡Qué cuidado en el peinado! ¡Qué nimiedad hasta en las cejas! [...] A esta compostura de la cabeza corresponde el adorno y hechura del vestido, el modo de andar y de llevar los brazos, el movimiento de los dedos, la postura de los pies, el tono de la voz y el modo risueño de mover los labios [...] se puede decir con libertad, que eres un mártir de la hermosura (*Museo* 1842, 53-54).

Son varios los tipos delineados en la revista que, al parecer, tenían la intención de “enderezar” el comportamiento de los jóvenes, de evitar o corregir en ellos ciertos “vicios” que, por lo común, se relacionan con un refinamiento o debilidad de carácter —sentimientos no apropiados para su género, desde la perspectiva de los autores—. Por ejemplo, en ese mismo tenor se encuentran los tipos masculinos que perfila Sierra O’Reilly en su artículo “Extravagancias de los enamorados”, donde caricaturiza desde un punto de vista femenino algunos hábitos de los jóvenes enamorados. Ahí se esboza el tipo de un “lechuguino”:

Conozco a un lechuguino [...] que para mostrarse enamorado tenía la maldita costumbre de plantarse a las dos de la tarde en su balcón, enfilando al de su pretendida un instrumento que [...] no era sino un frasco desfondado de agua de colonia con el que se entretenía haciendo arrumacos horas enteras. (*Museo* 1842, 72)

De un “romántico”:

Y ¡qué diremos de aquel mechudo y grasiento romántico [...] que se pasa horas enteras junto al espejo alisándose los lacios y ásperos cabellos y bautizándolos con frascos de aceite hasta el fastidio y más allá? Diremos que es un majadero. A los hombres causa tedio; a las mujeres, asco (73).

Y, finalmente, el de un “currutaco”:

Todavía conozco a otro joven currutaco de cara empedrada que en los bailes de carnaval [...] subió a nuestro palco, se pertrechó de un enorme abanico de plumas, y dándose alternativamente en el

pecho, pierna y cara, entabló una larga y profunda disertación sobre mis ojos, mi modo de mirar [...] Me habló de las máscaras de gas carbónico, del ácido sulfúrico, de las estrellas, del digesto de don Alfonso el Sabio [...] y el paseo de la Alameda (73).

Entre los tipos femeninos, el más recurrente es el de la coqueta. Sierra O'Reilly lo trabaja en varios artículos, en especial en el titulado "A las niñas traviesas" (*Museo* 1841, 234-235), con un tono festivo, "agridulce" como lo define en el texto:

¿No es, en efecto, una travesura infernal animar a un *honrado* joven que se presenta en la palestra con ínfulas de pretendiente; y luego que se explica, arrugar la frente, mirarlo con ceño, y... humillarlo? ¿No es una travesura, sonreírse con gracia, hablar con dulzura, con amabilidad, tratar al pobre aspirante con preferencia respecto de todos los de la tertulia, tocarle punto de amores, preguntarle por la salud de una querida que no tiene, aconsejarle que la busque desde luego [...] y después de traer y poner en tortura, compeliéndolo a declarar su atrevido pensamiento, reírse en sus narices, en sus bigotes y pera, y decirle ¡ay! ¿Conque usted pensaba en mí? Dejándolo con esta fresca, más frío y helado que la nieve? (234-235).¹⁷

¹⁷ La descripción de la pintura de la "coqueta" que realiza Sierra O'Reilly, en el artículo arriba citado, contrasta con la de otro artículo titulado "La coquetería", de autor anónimo, que apareció en el mismo tomo del *Museo Yucateco*. En el artículo de Sierra O'Reilly, aunque se advierte el fin didáctico, el tono moralizante se encuentra velado de manera sutil gracias a sus artificios literarios y a su tono ligero, humorístico, que resulta esencial en la definición del género. En contraste, en el artículo "La coquetería", aun cuando también se delinea el retrato literario de una "coqueta", el tono y estilo son adustos, y denotan una fuerte intención moralizante: "Vanamente diremos que una *coqueta*, contenta con querer ser poseída, nunca se entrega; su pudor, su inocencia, serán justamente puestas en duda, porque el pensamiento del mal basta para alarmar a uno y a la otra [...] La coqueta no se detiene ni por las lágrimas de una madre, ni por la cólera de un esposo, ni por la deshonra de un hijo, ni por la indignación ni desprecio del mundo. Lo que se llama comúnmente vergüenza y deshonra, se presenta a sus ojos como un trofeo; ella se fastidia de la vida sedentaria, del trabajo de manos, del silencio [...] La coqueta no tiene sentidos, no tiene pasiones, y se cree inapreciable: el envilecimiento y la miseria acompañan a menudo sus últimos momentos, y es rara la que muere resignada" (*Museo Yucateco* 1841, 61-63).

Otro artículo dedicado a las lectoras es “La almohadilla”, atribuido a Justo Sierra O’Reilly, que señala el uso particular con que empleaban las mujeres ese accesorio femenino, parecido al neceser o al costurero. El artículo apunta, por principio, la utilidad de la almohadilla como un pequeño baúl de recuerdos y secretos: “un mueble ligero, chulo, que guarda más de un secreto de las niñas”. Mediante breves anécdotas, describe la costumbre de las mujeres de la sociedad yucateca de guardar en la *almohadilla* toda clase de artículos personales. Pero la intención primordial del texto parece ser la de satirizar —con afán de “corregir” y “educar”— la falta de instrucción en gramática de las jóvenes yucatecas, un “vicio” que el autor exhibe de manera lúdica por medio de la transcripción de una supuesta carta robada a una “niña”: “Amiga mía *asme* [...] el favor [*sic*]¹⁸ de no mostrar las cartas que te escribo, porque me enojo contigo. *Aura* [*sic*] me mostró *J. S.* una que cojió [*sic*] en tu *almohadilla* porque eres muy descuidada. [...] ya sabes que *J. S.* tiene mucha tijera y es muy malvado” (*Museo* 1842, 198).

Entre los demás artículos de vena humorista se encuentra “A una de tijeras”, en el cual se recurre de nuevo a la forma epistolar para exhibir los vicios en las costumbres femenina; en este caso se elabora el retrato de una mujer crítica y chismosa. La carta, emitida por un hombre ofendido, tiene por intención reprender a la destinataria (“una de tijeras”) por su actitud, hacerle notar, por medio de reflexiones expresadas en un tono de simulada cortesía, lo denigrante y poco racional de su comportamiento. La redacción no se encuentra exenta de ironía, de frases que tras una aparente amabilidad esconden burla, una pintura moral y satírica de la destinataria y de quienes, como ella, tienen la costumbre de mofarse de las personas con apariencia física poco agraciada.

Para los editores del *Museo Yucateco*, como del *Registro*, las mujeres representaban un sector de importancia en la sociedad y, por tanto, siempre se tuvo el cuidado de incluir una sección

¹⁸ La anotación de la locución latina *sic* forma parte del juego satírico que establece el autor del artículo.

exclusiva para ellas. De hecho, el segundo tomo, de 1842, abre precisamente con una dedicatoria a las “amables lectoras”:

Un año hace que salió a luz el primer tomo del MUSEO, y un año también ha pasado de la vida preciosa de nuestras jóvenes, pero no por eso se ha marchitado el hermoso color de sus mejillas; ni la dulzura melancólica de sus miradas [...] Y si entonces dedicamos nuestras tareas a tan amables lectoras, ¿por qué ahora no hemos de hacer lo mismo? Si, lo hacemos de nuevo y con tanta más razón que habiendo recibido bien las anteriores producciones del Museo, la gratitud nos manda igual o mejor conducta. Mejor decimos, porque tenemos reservado un buen catálogo de artículos, leyendas, poesías, y más que todo nuestros pobres esfuerzos empeñados en agradar a las bellas jóvenes yucatecas, dignas de particular aprecio por sus raras prendas y por la consideración con que han visto los trabajos periodísticos dirigidos a sus manos (*Museo* 1842, 1).

La sección dedicada a la mujer consistía no sólo en artículos costumbristas, que desde un tratamiento lúdico, pretendían educar a la vez que deleitar, también incluía otros artículos o breves ensayos de tono más moralista, en los que se exaltaba no sólo sus virtudes físicas y sus “prendas morales”, sino también sus capacidades intelectuales, y se les alentaba continuamente a ilustrarse. No son pocos los artículos donde se les aconseja desarrollar sus capacidades intelectuales mediante el estudio.

Claro que en el interés por agradar a las lectoras se encontraba implícita una cuestión práctica: las mujeres eran las administradoras del hogar en la sociedad decimonónica y, potencialmente, eran unas excelentes consumidoras de este tipo de revistas o lecturas. En el siglo XIX, ellas representaban parte del selecto grupo de la sociedad capaz de leer, aun cuando no supiesen escribir. La mujer tenía la posibilidad de acceder al lenguaje escrito gracias a la costumbre de la lectura en voz alta o al aprendizaje de memoria de poesía y textos religiosos. Además, por sus labores cotidianas, restringidas prácticamente al cuidado del hogar, contaba con el tiempo de ocio suficiente para convertirse en idónea receptora de géneros literarios, en específico, de la novela, y de las publi-

caciones dedicadas a ellas (Infante 2005, 186). Pero, sobre todo, esa marcada atención de los editores yucatecos por ilustrar a las mujeres parece responder, como se ha referido antes, al hecho de que se les concibe como formadoras de la niñez y juventud nacionales.

La imagen de la sociedad yucateca del siglo XIX, pintada en los artículos de costumbres por la élite letrada y dirigida a ella misma, es un cuadro en el que poco o nada asoma la presencia del indígena maya. Habrá que recordar que en el proceso de independencia, las élites políticas e intelectuales construyeron una patria para ellas mismas, desdeñando todo lo que no fuera “civilizado, liberal o bien pensante”, a su criterio. En el caso de Yucatán, la situación separatista, como se ha mencionado, enardeció el sentimiento regionalista que tuvo eco en la literatura mediante la exaltación de la Península como una “patria” progresista, “civilizada”, en la que no tenía cabida el indígena del presente, aunque se rescatara y valorara el pasado prehispánico.

La valoración de lo prehispánico o indígena, que tanto en el *Museo* como en el *Registro* sólo comprende lo relativo a la civilización maya, no debe confundirse con una sincera aceptación de lo indígena, más bien, de la comunidad indígena de su época. En varios textos, literarios o históricos, los redactores hacen explícito que su aprecio por lo indígena sólo tiene relación con el pasado, no con el presente. En la crónica “Algunos fragmentos de mis viajes”, cuando el autor reflexiona sobre las similitudes que encuentra entre la cultura china y la maya, expresa esa marcada división entre el concepto del indio de “antes” y el “actual”:

¿Será acaso esa nación primer origen de esa clase indígena tan envilecida al presente, pero tan grande en los siglos pasados [...] Aquellas pequeñas casitas de paja donde un indio disfruta su paz sepulcral, sin ambición, sin miras de interés, en nada se diferencian de las que actualmente se hallan en el interior de ese viejísimo pueblo (Museo 1842, 200. Las cursivas son mías).

La literatura costumbrista yucateca niega la pluralidad étnica y cultural, para ofrecer la utopía de una sociedad uniforme, pre-

parada para el progreso bajo la dirección de los intelectuales. En sólo uno de los artículos de costumbres recopilados se dibuja el “tipo” del indígena, y su imagen corresponde a esa postura de segregación. Se trata del artículo titulado “Los criados de mi tierra”, firmado por Don Gil, Manuel Barbachano.

El texto abre con la percepción que tiene el protagonista sobre la vida en su “patria”, es decir, Yucatán: “Después de andar rodando por el mundo algunos años, volví a mi patria, y confieso que bajo de un sol que tanto incita al descanso y al reposo, donde la suprema felicidad consiste sin duda en dormir y dormir y no hacer nada, la carencia de un criado me pareció insoponible”. Y en su búsqueda por un “criado” ideal, el protagonista contrata primero a un indígena maya. Se describe al indígena, al inicio, como un “buen salvaje”, de “buena pasta”, “cortedad de genio”, con “exceso de mansedumbre propio de los de su pelo” (*Registro* 1846, 383); pero el tono de menosprecio va *in crescendo*, hasta que se le deshumaniza: “mi criado o no me entendía, o no hacía caso de mis órdenes, y aun no me daba muestras de ser extraño y nuevo a los signos y maneras que suelen suplir en casos precisos la voz humana” (383). Finalmente se le reduce a un objeto del cual se puede —o más bien, “se debe”— prescindir: “Entonces me persuadí que debía prescindir de *lo indígena*”, “—*Yo quería un hombre para que me sirviese y usted me ha mandado una estatua a la que tendría yo que servir si continuase en mi compañía; por tanto, siendo lo contrario de lo que necesito y busco, lo devuelvo*” (383) (las cursivas son mías).

En ese mismo artículo de Barbachano aparece por primera vez el tipo del “mexicano”, desde la perspectiva regionalista yucateca. La tipificación de este personaje resulta reveladora respecto de la visión nacionalista que permea la recreación de la sociedad yucateca en esos textos literarios. El uso del gentilicio “mexicano” para referirse al “otro”, a alguien “exótico” o extranjero, exhibe el sentimiento separatista: “Entonces me persuadí que debía prescindir de *lo indígena* y me decidí por lo exótico, tomando a mi servicio a un mexicano, que me pareció el reverso de la medalla, porque jamás hallaba dificultades en cosa que se

le mandase y solía anticiparse a mis órdenes, adivinando mi pensamiento” (*Registro* 1846, 384). Se tipifica al “mexicano” como un hombre astuto y ladrón: “desapareció de repente de mi casa, dejándome dudoso y vacilante, hasta que fui hallando las infalibles pruebas de lo que había sucedido. Mi gaveta había quedado enteramente exhausta, cercenado mi ropero...” (384).

El final de la anécdota puede interpretarse también con un sentido alegórico, de acuerdo con la tendencia nacionalista peninsular. El protagonista, insatisfecho con los diversos criados “indígenas” y un “mexicano” que había contratado, termina por convencerse de que la mejor opción es prescindir de ellos, y ser autónomo, valerle por sí mismo:

Que más vale en mi opinión
pasar la vida sin criado,
que pasarlo fastidiado
de un imbécil o un bribón.

Y pues entre estos extremos
no hay camino que seguir;
si hemos aquí de vivir,
por esta senda marchemos.

(*Registro* 1846, 384).

CUADROS O ESCENAS

Las escenas describían “momentos representativos de un acontecer que se define en ese instante” (Pérez Salas 2005, 247). La escena también recibió el nombre de cuadro de costumbres, y por lo común, consistía en la reunión de tipos y no en la representación de una escena propiamente dicha (247).

Entre las primeras escenas o cuadros costumbristas del *Museo Yucateco* cabe destacar la valiosa colaboración de Isidro Rafael Gondra,¹⁹ “Campeche visto desde el mar”. Puede leerse como un

¹⁹ Isidro Rafael Gondra fue uno de los escritores que cultivó el costumbrismo tratando temas de carácter descriptivo sobre los lugares más intere-

cuadro costumbrista por lo que tiene de “bosquejo pintoresco”, de pintura poética de la ciudad de Campeche vista desde el mar. En el texto se detalla, por medio de escenas, distintos aspectos y planos de la ciudad, su arquitectura, su riqueza natural, gastronómica, así como algunos *usos y costumbres* de los campechanos:

Descuellan sobre sus sólidas murallas [...] la gentil torre de la iglesia parroquial y la menos elevada de San Juan de Dios: dejándose ver primero y segundo término, una hilera de elevadas casas construidas al gusto moderno, y cuyos balcones disfrutan de la vista y ambiente del mar [...] Los edificios en hermoso desorden alternan con solares o pintorescas huertas, sobre cuyos cercados de corta elevación estenden sus anchurosas hojas el *plátano* y la *guanábana*, el arramilletado naranjo y el delicioso *saramuyo*, el suave *caimito* y el oloroso mango [...] Animan, finalmente, este cuadro multitud de pequeñas cuanto veloces embarcaciones que vuelven cargadas de pesca para abastecer a una población [...] con el deleitoso *esmedegral*, el rico *pámpano*, la pintada *corvina*, la estendida *raya*... (*Museo* 1841, 69).

santes del país, como lo reflejan la mayoría de sus colaboraciones en distintos periódicos literarios de la época. Por ejemplo, en 1841, mismo año en el que aparece en el *Museo Yucateco* la pieza “Campeche visto desde el mar”, el autor publica en *El Semanario de Señoritas* de García Torres un artículo de costumbres titulado “Máscaras”, en el cual se describe, por vez primera, la alegría del Carnaval de Campeche.

A diferencia de los artículos de costumbres de autores yucatecos, publicados en las dos revistas, éste de Gondra no denota ninguna intención didáctica. Se adecua, de manera más precisa, a la definición que ofrece Pérez Salas de los artículos de costumbres de corte romántico, cuando especifica que los autores románticos al realizar la pintura poética dan rienda suelta al sentimiento, “dejando que la espontaneidad sea el elemento primordial que dicte los caminos a seguir”, y es esta postura la que se identificó con el costumbrismo, en cuanto se trataba de relatos sencillos que no tenían más fin que lo meramente descriptivo (Pérez Salas, 38). Opina Pérez Salas que a diferencia de los autores románticos, los neoclásicos establecían reglas y proponían imitar la naturaleza para realizar sus pinturas poéticas, además perseguían con ello otros objetivos más que la simple descripción, fines didácticos o moralistas. Como se ha mencionado, los artículos que aquí se presentan, en su mayoría —sobre todo los firmados por Manuel Barbachano y Justo Sierra O’Reilly— sí exponen una intención didáctica, pero sin menoscabo de la intención estética.

Este cuadro de Gondra ejemplifica otro de los rasgos que, a decir de Pérez Salas, definen los artículos de costumbres: el estrecho vínculo entre pintura y literatura, el cual se percibe “en el momento en que se utilizan términos como *dibujo*, *lápiz*, *color*, *pincel*” (Pérez Salas 2005, 41). En un momento del texto, el escritor describe su labor de representación literaria de una imagen como el trabajo de un pintor:

[...] *delineando* con cámara oscura la hermosa vista de aquel puerto [...] abandonaba las ilusiones ópticas en que por medio de la *refracción de la luz* en el espejo, encontraba reducidas a menor proporción aquellas inmensas dimensiones, y en que arrojando el *lápiz* y el papel, sólo el término del crepúsculo vespertino me hacía volver (70).

Otra escena que destaca en esta antología es la titulada “Las diligencias y la Feria de Izamal” (*Museo* 1842, 15-19), de Justo Sierra O’Reilly. Por medio del relato lúdico de algunos de sus viajes en diligencia en territorio yucateco, y de su visita reciente a la feria del poblado de Izamal, Yucatán, el autor ofrece una animada pintura de las costumbres de su sociedad:

Allí paseos, bailes, comilonas, juegos, compras y ventas [...] por todas partes se reúnen en Izamal las gentes, los frutos, los productos y artefactos de los distintos pueblos del Estado; a la concurrencia y algunas de las actividades en las que empleaban los días que duraba la feria. Por [las dos ranflas de la Iglesia] suben los romeros y devotos que van a visitar el Templo y el camarín de la Virgen [...] los que negocian con cera, en pedrería y en diversas obras de alfarería como pitos, jarros, cajetes y demás. Luego bajan los espectadores [...] a la plaza chica en que se hace la feria de los caballos, acémilas y demás piezas de carga; luego recorriamos todos los almacenes de ropa, quincallería y abarrotes [...] concluyendo el paseo por entre la plaza grande [...] De la una a las tres de la tarde, había un baile, y el resto de ella se concluía en la mesa y en los paseos sobre los cerros (*Museo* 1842, 18).

Es de admirar la riqueza de la pintura costumbrista realizada por Sierra O’Reilly en este artículo, la diversidad de detalles, de

pinceladas, su habilidad para contener en un sólo lienzo literario, tipos, caracteres, *usos* y *costumbres* de su sociedad. En ese cuadro el autor describe el estado de las diligencias en el “país”, los hábitos y actividades del pueblo yucateco durante la feria.²⁰

Otro autor yucateco de escenas costumbristas fue Vicente Calero; se contó entre los principales editores y redactores de las revistas. Brazo derecho de Sierra O’Reilly, Calero fue de los pocos escritores de la época dedicado a la crítica literaria, actividad en la cual destacó más. También se le reconoce como uno de los primeros panegiristas románticos. En el *Museo Yucateco* y en el *Registro Yucateco*, además de diversos ensayos, tuvo una breve incursión en el género costumbrista. En esta antología se incluyen sus artículos: “El carnaval”, “La Cuaresma” y se le atribuye uno más, “Lance cómico”, que gira también sobre el tema de las costumbres carnestolendas.

Al inicio de su artículo “El carnaval”, Calero menciona su poca habilidad para escribir artículos de costumbres, en comparación con la destreza de Don Gil de las Calzas Verdes:

En el número anterior se ofreció escribir un artículo sobre esta materia y yo he tomado a mi cargo su desempeño aunque para ello no cuento con las condiciones *ad hoc*. ¿Y por qué?, porque es necesario ver las cosas por sus diversos lados y tener la pluma de un escritor de costumbres como nuestro colaborador Don Gil, pero ya que no es dado a todos esta gracia, ya que la penosa obligación de cumplir lo ofrecido me fatiga y abrumba, trazaré el mamarracho como pueda, y si no fuese de costumbres, será de otra cosa, y si no se le pudiese dar nombre, será un desatino *sui generis* (*Registro Yucateco*, 117).

Si bien se trata de un recurso retórico, *captatio benevolentiae*, lo cierto es que, en efecto, sus cuadros costumbristas carecen de

²⁰ Además, mediante de la relación de una supuesta plática sostenida con una señora “conocedora de los usos, costumbres y maneras de la sociedad meridana”, quien hacía “pinturas vivas” y reflexiones “graciosas y picantes”, configura, una vez más, el retrato de “una coqueta”, pero desde una perspectiva femenina.

la agilidad, agudeza humorística y amplitud de perspectiva, que caracteriza los artículos de Don Gil. La descripción costumbrista en este cuadro de Calero, como lo sugiere el mismo autor, se encuentra sesgada por su postura crítica y su intención pedagógica. Más que la descripción de las costumbres carnestolendas de la sociedad meridana, el texto se centra en denunciar los vicios y la corrupción que, al parecer del autor, demeritan dicha festividad. Su crítica tiene, además, evidente acento político.²¹

“Lance cómico”, artículo atribuible a Calero, presenta un estilo muy parecido al artículo arriba citado. La crítica a la degradación de las costumbres carnestolendas va por el mismo sentido, pero se concentra en un aspecto específico: la “nueva” costumbre de lanzar huevos a los paseantes durante el carnaval. La escena costumbrista se presenta a manera de una anécdota de tono humorístico que refiere el “lance cómico” que sostuvo un “esbirro vejancón”, hombre de edad madura, de carácter grave y serio, con unos jóvenes que se divertían lanzando huevos a la gente en carnaval.

En el artículo “La cuaresma”, firmado por Calero, no hay asomo de humor. Se trata de un breve artículo que tiende más al género ensayístico, pero que, como lo advierte el mismo autor, tiene semejanza con su otro artículo de costumbres, “El carnaval”, en su pretensión pedagógica y de corrección moral:

Demasiado serio este artículo para hacer en él referencias a que pueda darse torcida interpretación, diré que tiene sin embargo un punto de semejanza con el anterior del carnaval. Así como en éste se encuentran mil cosas impropias de su objeto, en la cuaresma hay también otras que debían suprimirse y algunas que los espectadores volvemos de un carácter que ciertamente no es el que deben tener (*Registro* 1846, 150).

²¹ Este artículo de Calero se percibe aún más cercano a los textos de los escritores del costumbrismo ilustrado, estudiados por Esther Martínez. A diferencia de los textos de Barbachano y algunos de Sierra O'Reilly, en los que, como ya se ha insistido, la intención estética y la vena humorística se equilibran con la pretensión didáctica, en los de Calero adquiere mucha más relevancia el aspecto pedagógico, moralista y crítico.

Sin duda, las aportaciones mejor acabadas al género costumbrista son las escenas o cuadros de Don Gil de las Calzas Verdes. Sus escenas retratan el acontecer cotidiano de la sociedad yucateca, la describen sumida en el *laisser faire*, ajena a los avatares y conflictos exteriores, atrapada en el letargo de un tiempo cíclico: “¿Novedades aquí? Lo que pasó ayer pasa hoy y pasará mañana, lo cual tiene de agrio como de dulce, porque si es cierto que vivimos en el limbo, también lo es que dormimos a pierna suelta, pues las novedades no son siempre los mejores soporíferos” (*Registro* 1846, 175). Se pinta a una sociedad ensimismada, que parece vivir en la “utopía” de conformar un país, ajena o desinteresada por lo que sucede fuera del territorio peninsular: “en una palabra, nada exótico se admite, ni están en boga otras noticias que las relativas a los sucesos del casco de la población” (176).

Entre los cuadros de Don Gil, destaca “Me voy a los toros”, donde el autor matiza de colores locales esa costumbre de rai-gambre española. Con tono satírico, el texto describe las peculiaridades de la celebración de una corrida de toros en la ciudad de Mérida, se ridiculiza la festividad e, incluso, el autor reflexiona sobre el aspecto “barbárico” de esta celebración, a la que, sin embargo, se reconoce aficionado por la “fuerza de la costumbre”:

Yo confieso que al volver a mi casa suelo raciocinar como los extranjeros respecto de las corridas de toros, que llaman entretenimiento bárbaro de los españoles, pero apenas oigo los cascabeles de los caballos, el bullicio de la gente que corre a la plaza y los voladores que anuncian que es llegado ya el momento, me olvido de lo bárbaro de la diversión, del riesgo de las escaleras, del fastidio de las banderillas, de lo monótono de la función, del calor, de los empujones y de las pisadas; y hago también lo que los extranjeros en estos casos, dejo mis negocios y... y me voy a los toros (*Registro* 1849, 97).

La virtud de Manuel Barbachano como escritor costumbrista radica, entre otros aspectos, en su habilidad para “ver las cosas por sus diversos lados” —como lo hiciera notar Vicente Calero—. La mirada crítica de Don Gil se sitúa desde diversas perspecti-

vas, dentro y fuera de la escena que describe. A veces se distancia y su mirada resalta lo absurdo, lo ridículo, y lo incomprensible de las costumbres de la sociedad; en otros momentos, sin embargo, nos describe las escenas desde dentro, involucrado o formando parte, y en ese instante su tono adquiere un acento menos satírico, más complaciente, fraterno.

Los artículos de costumbres de esta antología representan una parte significativa de la temprana aportación de los escritores yucatecos al desarrollo de ese género costumbrista en México, que al “pintar” las costumbres y los personajes “tipos” de la sociedad, se convirtieron en espejo literario que pretendía reflejar a la vez que definir su identidad. Los “tipos” y los cuadros costumbristas dibujados en las páginas del *Museo Yucateco* y del *Registro Yucateco*, aunque algunos parten de los modelos determinados por los escritores del centro del país, dejan entrever ya la pretensión de delinear una sociedad regional con singularidades; la búsqueda de la identidad yucateca por medio de la exposición de sus virtudes, pero, sobre todo, la aspiración a modelarla o corregirla mediante la denuncia de sus “vicios”.

El estudio de los primeros artículos de costumbres de Yucatán de manera conjunta, según los presenta esta edición, permite apreciar con mayor claridad los lineamientos ideológicos —con sus implicaciones sociales y políticas— del proyecto cultural que emprendieron los principales escritores yucatecos del siglo XIX. Los artículos de costumbres aquí antologados formaron parte de una propuesta para impulsar la transformación político-social de la región. Los intelectuales yucatecos confiaron en ese género literario como medio idóneo para la modificación de las costumbres que habría de crear al hombre positivo, tan necesario para la república, de acuerdo con sus ideales e intereses.

Los artículos de costumbres aquí reunidos destacan, por lo tanto, la intención presentista del proyecto de memoria de los intelectuales yucatecos del siglo XIX. Forman parte medular de ese *lugar de memoria* —de acuerdo con el concepto de Pierre Nora— simbólico a la vez que funcional, donde la sociedad yucateca consignó voluntariamente sus recuerdos. Pinturas literarias

que se han convertido en la memoria de la invención de una identidad propia, cuyos rasgos o trazos, a más de siglo y medio de su creación, aún pueden reconocerse en el rostro del presente.

BIBLIOGRAFÍA

Correa Calderón, Evaristo

1951 “Estudio preliminar”. En *Costumbristas españoles*. Vol. 2 (siglos XIX y XX), selección y edición de Evaristo Correa, VII-LXXVIII. Madrid: Aguilar.

Cortés Guerrero, José David

2013 “Las costumbres y los tipos como interpretaciones de la historia: *Los mexicanos pintados por sí mismos* y el Museo de cuadros de costumbres”. *Estudios de Literatura Colombiana* 33: 13.

Depetris, Carolina

2013 “Independencia de la independencia: construcción de la literatura ‘nacional’ yucateca a mediados del siglo XIX”. En *Miradas regionales. Las regiones y la idea de nación en América Latina en los siglos XIX y XX*, edición de Arturo Taracena Arriola, 239-250. Mérida: UNAM.

España Paredes, Romina

2013 “Configuraciones de la utopía nacional yucateca en la literatura de viaje de Justo Sierra O’Reilly”. En *Miradas regionales. Las regiones y la idea de nación en América Latina en los siglos XIX y XX*, edición de Arturo Taracena Arriola, 187-214. Mérida: UNAM.

Flores Escalante, Justo

2013 “Soberanía y excepcionalidad. La integración de la península de Yucatán al Estado mexicano, 1821-1848.” Tesis de Doctorado en Historia. Colmex.

Hastings, Adrian

2000 *La construcción de las nacionalidades. Etnicidad, religión y nacionalismo*. Traducción de Cristina Piña Aldao. Madrid: Cambridge University Press.

Hölz, Karl

1990 “El populismo y la emancipación mental en la literatura mexicana del siglo XIX”. *Literatura Mexicana* 1 (2): 356-382.

Infante Vargas, Lucrecia

2005 “De lectoras y redactoras. Las publicaciones femeninas en México durante el siglo XIX”. En *La república de las letras. Aso-*

mos a la cultura escrita del México decimonónico. Vol. II, edición de Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, 183-194. México: UNAM.

Mansour, Mónica

1999 “Identidad regional e identidad nacional en la literatura mexicana”. *México: literaturas regionales y Nación*. Jalapa: Universidad Veracruzana.

Martínez Luna, Esther

2005 “*Diario de México: Ilustrar a la plebe*”. En *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Vol. II, edición de Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, 43-56. México: UNAM.

Molina Solís, Juan F.

1898 “Las sociedades literarias en Yucatán, desde 1810 a 1870”. *El Salón Literario. Órgano de la sociedad de su nombre* 3: 81-97.

Museo Yucateco

1841-1842 2 tomos. Campeche: José María Peralta.

Pérez Salas, María Esther

2005 *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*. México: UNAM.

Prieto, Guillermo

1906 *Memorias de mis tiempos*. París-México: Bouret.

Quezada, Sergio

2001 *Breve historia de Yucatán*. México: FCE-Colmex.

Registro Yucateco

1845-1849 4 tomos. Mérida-Campeche: Castillo y Compañía-Castillo Peraza.

Ruiz Castañeda, María del Carmen

1999 *Índice de revistas literarias del siglo XIX*. México: UNAM.

Taracena Arriola, Arturo

2007 “El *Museo Yucateco* y la reinención de Yucatán. La prensa y la construcción del regionalismo peninsular”. *Península* 2 (1): 13-46.

Taracena Arriola, Arturo

2015 “Introducción”. En *Museo Yucateco*, tomo primero, enero-diciembre de 1841. Ed. facsimilar. Mérida: Secretaría de la Cultura y las Artes del Gobierno del Estado de Yucatán-Conaculta.

Ucelay da Cal, Margarita

1951 *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844)*. México: Colmex.

Criterios de edición

Esta edición de los primeros artículos de costumbres de Yucatán ambiciona ser un aporte para la investigación de la cultura y literatura peninsular; una herramienta más de trabajo para los estudiosos de las ciencias sociales y humanísticas de ese periodo decimonónico, que facilite, además, el acercamiento del lector común de hoy a la literatura costumbrista regional del pasado.

Los artículos antologados se han ordenado por su fecha de aparición en las dos revistas, su *editio princeps*: *Museo Yucateco* (1841-1842) y *Registro Yucateco* (1845-1849). Esta distribución cronológica responde al interés de que el lector aprecie la paulatina evolución de los artículos hacia una mayor definición del género costumbrista; una transformación que implica la acentuación de la calidad estética.

La edición responde a los criterios que se especifican enseguida.

TEXTO EDITADO

1. Se tomó como texto base la *editio princeps* de los textos: *Museo Yucateco* (1841-1842) y *Registro Yucateco* (1845-1849).
2. Se modernizó la ortografía.
3. Se modernizó la puntuación. Es decir, se puntuó siguiendo la sintaxis del texto y siempre con la intención de hacerlo comprensible para el lector.

4. Se desataron las abreviaturas sin ninguna indicación: vdes. (ustedes); D. (don); V. (usted); VV. (ustedes); S.M. (su majestad); Fr. (Fray); Da. (doña); D. (don); Sr. (señor); S.E. (su excelencia); RR (redactores).
5. Se respetaron las cursivas en las palabras que en el impreso se encontraban así: títulos de revistas, títulos de libros, términos que los autores destacan, como refranes, frases, locuciones latinas, entre otros.
6. Los puntos suspensivos que en el impreso aparecen hasta con cinco puntos, aquí se ajustan al uso actual del español (tres puntos); asimismo, se reducen los etcéteras que aparecen doble vez a uno solo.
7. Se colocaron los signos de admiración e interrogación que faltaban, pues en el impreso en numerosas ocasiones no se encontraban al inicio de la oración, frase o exclamación que los necesitaba.

APARATO DE NOTAS

El aparato de notas comprende aclaraciones semánticas, giros lingüísticos, referencias a sucesos y personajes, y traducciones del latín. Esta notación se coloca a pie de página. Se moderniza la ortografía de las fuentes que se utilizan para anotar y si las notas lo ameritan, se coloca entre corchetes los añadidos del editor.

REFERENCIAS DE SIGLAS Y ABREVIATURAS UTILIZADAS EN LAS NOTAS

ALCALÁ

Alcalá Ferráez, Carlos

- 2010 “La ciudad de Campeche a través de viajeros extranjeros 1834-1849”. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* XXXI (122): 201-244.

BAE

Cueto, Leopoldo Augusto de

1871 *Biblioteca de autores españoles. Poetas líricos del siglo XVIII. II.*
Madrid: M. Rivadeneira.

CÁMARA

Cámara Zavala, Gonzalo

1977 *Catálogo histórico de Mérida, con los nombres de las calles.*
Mérida: Área Maya.

CNMH

2002 *Catálogo nacional de monumentos históricos inmuebles de propiedad federal.* México: CONACULTA-INAH.

COROMINAS

Corominas, Joan

1987 *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana.*
Madrid: Gredos.

CORREAS

Correas, Gonzalo

1906 *Vocabulario de refranes y frases proverbiales, y otras fórmulas comunes de la lengua castellana.* Madrid: Tipografía de Jaime Ratés.

DA

1726-1739 *Diccionario de autoridades.* Real Academia Española.
Consultado el 23 de septiembre de 2014. <http://web.frl.es/DA.html>.

DAE

1842, 1869, 1884 *Diccionario de la Academia de la Lengua Española.*

DEM

2014 *Diccionario del español de México.* Consultado el 8 de agosto. <http://dem.colmex.mx>.

DMAR

1831 *Diccionario marítimo español.* Madrid: Imprenta Real.

HERRERO

Herrero, José

2007 *Verbi gratia. Diccionario de expresiones latinas*. Madrid: Gredos.

IBARRA

Ibarra, Domingo

1862 *Colección de bailes de sala, dedicada a la juventud mexicana*. México: Tipografía de Nabor Chávez.

IRIBARREN

Iribarren, José María

1956 *El porqué de los dichos*. Madrid: Aguilar.

IRIGOYEN

Irigoyen, Renán

1961 *Los antiguos carnavales de Mérida*. Mérida: Zamná.

MOLINER

Moliner, María

1983 *Diccionario del uso del español*. 2 vols. Madrid: Gredos.

MdeC

1988 *Municipios de Campeche. Enciclopedia de los municipios de México*. México: Centro Nacional de Estudios Municipales de la Secretaría de Gobernación y Gobierno del Estado de Campeche.

MdeY

1988 *Municipios de Yucatán. Enciclopedia de los municipios de México*. México: Centro Nacional de Estudios Municipales de la Secretaría de Gobernación y Gobierno del Estado de Yucatán.

NTLLE

1803, 1832, 1837, 1846, 1852, 1853, 1855 *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española. Compendio de diccionarios de la lengua española del siglo XV al XX*. Real Academia Española. Consultado el 14 de noviembre de 2014. <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtll>.

NÚÑEZ

Núñez de Taboada, Melchor

1833 *Diccionario francés-español/español-francés*. París: Rey y Gravier.

PÉREZ MARTÍNEZ

Pérez Martínez, Héctor

2006 *Piraterías en Campeche. Siglos XVI, XVII y XVIII*. Campeche, México: Conaculta.

WALDECK

Waldeck, Frederick de

1996 *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán, 1834 y 1836*. México: Conaculta.

LOS YUCATECOS PINTADOS
POR SÍ MISMOS

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES DE
YUCATÁN EN EL SIGLO XIX

Campeche visto desde el mar¹

Venid a mi memoria, recuerdos de los tranquilos días en que olvidado el tempestuoso mar de las borrascas políticas, contemplaba en la calmada sonda de Campeche su puerto encantador, deslizándome, a veces en la frágil barquilla del pescador de Lerma,² o balanceándome con frecuencia a bordo de una fragata de guerra francesa, o inmóvil finalmente sobre una empalizada sostenida por gruesos maderos a doscientas varas de la costa y a cincuenta sobre el fondo de aquella suave rada. Refrigerad mi fantasía rápidas horas de aquellas tardes serenas, en que delineando con cámara oscura la hermosa vista de aquel puerto, sorprendido de los graciosos objetos que reclamaban a porfía toda mi admiración, abandonaba las ilusiones ópticas en que por medio de la refracción de la luz en el espejo, encontraba, reducidas a menor proporción aquellas inmensas dimensiones, y en que arrojando el lápiz y el papel, absorto en un éxtasis delicioso, sólo el término del crepúsculo vespertino me hacía volver en mí.

Mas ¡ay! que las huellas recientes de aquella momentánea distracción debían desaparecer muy pronto al soplo destructor del fiero Norte de los disturbios civiles, que cual sombra han perseguido tenazmente la marcha de mi agitada vida. El dibujo de aquella perspectiva que podría recordarme algunos detalles fue el único presente que pude ofrecer, a mi partida, a la generosi-

¹ Isidro Rafael Gondra. "Campeche visto desde el mar". *Museo Yucateco* I. Campeche: Imprenta de José María Peralta. 1841, 69-71.

² *Lerma*: el Puerto de Lerma se encuentra sobre la costa del Golfo de México en la zona centro del estado de Campeche, junto a la ciudad de Campeche. Durante el siglo XIX era un poblado de pescadores, que contaba con casas veraniegas, playas limpias y calles arenosas (*Mdec*).

dad de un amigo que endulzó mi destierro en Yucatán. Voy, sin embargo, a bosquejar algunos trazos, aunque desvanecidos, de aquel interesante cuadro.

A los 19 grados 50.45. de latitud septentrional, y a los 92 grados 50.45. de longitud occidental de París, se halla situada la costa de Campeche, tan baja que parecería una prolongación del mar, si una vigorosa vegetación de palmeros y otros árboles no dieran a conocer el término del imperio de las salobres aguas. En la extensión de una legua, que es hasta donde puede observarse a simple vista, majestuosamente ocupa el centro de una ciudad amurallada, cuyas cortinas y baluartes baña suavemente la pleamar, dejando ver cuando baja, un plano inclinado de reluciente arena, que sobre un blando fondo oscuro hace brillar los restos orgánicos de materia calcárea, que sirvieran de habitación o de armadura a multitud de moluscos, o bien a los mismos artífices de las nacaradas conchillas, que perezosas dejándose llevar hasta el más elevado límite de las aguas, no tuvieron todo el esfuerzo necesario para acompañarlas después y escurrirse con ellas a su vuelta.

Casi a igual distancia del baluarte situado al norte frente de San Francisco,³ y del de San Carlos⁴ al sur, se prolonga del mar una legua de tierra de más de treinta varas de largo, sobre siete de anchura. En ella está mamposteado su bien construido muelle, que termina en la Puerta de Mar⁵ donde flamea el pabellón tri-

³ *Baluarte de San Francisco*: su nombre hace referencia al fundador de la orden de los franciscanos, su superficie era aproximadamente de 1 342 metros cuadrados y está adherida a la puerta de tierra por un gran lienzo de muralla, en el otro extremo se comunicaba con el baluarte de San Pedro. En 1889 debió acceder al desarrollo actual de la ciudad que le separó de casi la mitad de su estructura para dar paso a un tranvía (CNMH):

⁴ *Baluarte de San Carlos*: fue edificado en el siglo XVII, dedicado al rey Carlos II de España. En 1676 fue inaugurado por el gobernador don Sandro Fernández de Angulo. Presenta una forma pentagonal, su superficie es de 840 metros, sus robustas puertas fueron elaboradas con madera, cuenta con un aljibe y en la parte de abajo está el sótano, donde se encuentra una bóveda conocida como el Pulguero que sirvió para encerrar a los prisioneros (CNMH).

⁵ *Puerta de Mar*: la Puerta de Mar fue entrada y salida obligada de la ciudad para la navegación. Estaba ubicada para su protección entre los baluartes de la Soledad y San Carlos. Fue construida originalmente con cantera y *sascab*

color de la república, y las banderas de señales, y a donde el vigía hace vibrar con frecuencia la campana que anuncia la entrada de los buques a la bahía.

Los expresados baluartes y el de la Alameda⁶ que en la concurrencia de las cortinas defiende la plaza por la parte de tierra, se miran coronados de tersos y bruñidos cañones, a quienes jamás oxida el aire de aquel mar y un número correspondiente de hondos obuses y de morteros reforzados de grueso calibre. Aunque la fortificación es de tercer orden en su línea, Campeche, sin embargo es la única plaza fortificada de la república, y ha podido sostenerse con energía hasta el último extremo en 1659 contra los ingleses;⁷ en 1678 contra los piratas,⁸ y en 1685 contra los filibusteros.⁹

Descuellan con majestad sobre sus sólidas murallas, que a veces se elevan hasta nueve varas de altura con espesor de más de tres, la gentil torre de la iglesia parroquial y la menos elevada de San Juan de Dios; dejándose ver en primero y segundo término una hilera de elevadas casas construidas al gusto moderno, y cuyos balcones disfrutaban de la vista y ambiente del mar. Por una hermosísima perspectiva desde la punta del muelle se divisan

(mezcla de cal usada por los mayas) en los siglos XVII y XVIII. En 1893 fue destruida por órdenes del coronel Fernando Laphman, para que el cuartel militar tuviera vista al mar (CNMH).

⁶ *La Alameda*: era el punto de entrada al barrio de Santa Ana. La Alameda fue construida en 1830 y era, según la describió Frederick Waldeck, “un paseo con bancos de piedras tanto a la derecha como a la izquierda, interrumpidas por naranjos, mientras que la parte del centro estaba reservada a los coches, especies de dos volantas que pertenecían a los particulares” (WALDECK).

⁷ En 1659 piratas ingleses al mando de Christopher Ming sitiaron el puerto, desembarcaron y durante cinco días se dedicaron al saqueo, tomando rehenes y llevándose catorce navíos (PÉREZ MARTÍNEZ).

⁸ En 1678, los piratas Juan David Nau, el Olonés, Lewis Scott y James Cook incursionaron en la Sonda de Campeche. Lewis Scott saqueó la villa de San Francisco de Campeche durante tres días, robó plata y otros objetos de valor, y a su retirada se apoderó de un barco cargado y destinado para salir pronto hacia Veracruz (PÉREZ MARTÍNEZ).

⁹ Ataque de Lorencillo, el pirata, el peor de cuantos se llevaron a cabo contra la villa de Campeche. La población es sistemáticamente arrasada y saqueada. Muchos de los sobrevivientes prefieren emigrar y el número de habitantes queda reducido a un tercio (PÉREZ MARTÍNEZ).

a derecha e izquierda dos series de edificios, que terminan a lo lejos en la puerta de tierra.

Al sudoeste y a muy corta distancia del baluarte de San Carlos, campea el pintoresco barrio de San Román.¹⁰ Una prolongada línea de casas de un sólo piso, con techos angulares cubiertos de palma o guano, ocultan el Santuario del Cristo, dejando percibir solamente su cúpula y su torre. Los edificios en hermoso desorden alternan con solares o pintorescas huertas, sobre cuyos cercados de corta elevación extienden sus anchurosas hojas el plátano y la guanábana, el arramilletado naranjo y el delicioso saramuyo,¹¹ el suave *caimito*¹² y el oloroso mango, el mamey de Santo Domingo¹³ y el admirable *marañón*,¹⁴ coronando la fron-

¹⁰ *San Román*: el barrio de San Román se encontraba al oeste del recinto amurallado de la ciudad de Campeche. A principios del siglo XIX, la población de este barrio trabajaba en los astilleros de la industria naval, pero también era recinto de militares, jornaleros, artesanos y algunos comerciantes. Al extremo del barrio estaban el cementerio general, el Hospital de San Lázaro — en el que se desarrolla la famosa novela de Justo Sierra, publicada en el *Registro Yucateco*— y la hacienda Buenavista (ALCALÁ).

¹¹ *Saramuyo*: árbol pequeño de seis metros de altura, solitario, su fruto es parecido a la guanábana, verde con la pulpa blanca, sus flores fragantes son a menudo opuesto a las hojas, el número de flores es variable, hasta tres flores se puede producir en cada sitio del brote, aparecen solitarias o en racimos.

¹² *Caimito*: árbol de hojas con forma oval. Por su color en la parte anterior, esta hoja se dice es de ORO, muy atractiva al mover con el viento. Su fruta es redonda y de color púrpura y generalmente es verde alrededor del sépalo y con un patrón de estrella. La cáscara contiene mucho látex.

¹³ *Mamey de Santo Domingo*: fruto de pulpa carnosa firme y de color anaranjado, cubierto por una cáscara correosa de color pardo. Su sabor ha sido comparado al del albaricoque. Crece en un árbol que se cultiva en regiones tropicales. De la planta no sólo se aprovecha su fruta de intenso sabor, sino también la madera, resistente y bonita, y la apariencia ornamental del árbol, que puede superar incluso los veinte metros de altura y que, con sus hojas de color verde brillante, y su follaje denso, se planta alrededor de viviendas en los parques y a lo largo de los caminos y carreteras. El mamey es oriundo de América, específicamente de las Antillas. Según documentación de los colonizadores, la fruta se encontraba en Jamaica, República Dominicana, Puerto Rico y las Antillas Menores.

¹⁴ *Marañón*: árbol de la familia de las anacardiáceas que mide de diez a quince metros de altura; tiene hojas alternas, obovadas y coriáceas de nueve

dosidad de aquellos gratos bosquecillos, el erguido *corozo*,¹⁵ la esbelta palma, y el abanicado *guano*.¹⁶ En algunos parajes se prolongan hasta la orilla de las aguas, vastos y grandiosos almacenes construidos en otra época, cuando siendo Campeche puerto de depósito se custodiaban en ellos los efectos de la industria y las artes europeas, que consumía la Nueva España. Hoy causa tristeza ver solamente en ellos algunas toneladas de palo de tinte, unas cuantas arrobas de cera oscura y alguna jarcía¹⁷ y cordelaje;¹⁸ pero algo se mitiga tan justo sentimiento al observar muchos de ellos convertidos en astilleros, donde excelentes carpinteros de ribera¹⁹ construyen con solidez y perfección no sólo sus pequeñas embarcaciones de pesquería y cabotaje y todos los buques mexicanos que trafican el golfo, sino aun fragatas de alto bordo con sus quillas de impenetrable *jabín*,²⁰ con que en otro tiempo se obsequió a la Metrópoli,

a quince centímetros, de color amarillo rojizo; flores en racimos terminales en forma de estrellas verde rojizo; fruto rojo y seco de alrededor de dos centímetros con un pedúnculo en forma de baya cuya almendra, conocida como nuez de las Indias o de la India, es comestible. El marañón crece en México posiblemente desde antes de la invasión española, en la península de Yucatán, Chiapas, Veracruz y Oaxaca. En Yucatán es un fruto de consumo habitual, en distintas preparaciones.

¹⁵ *Corozo*: palma americana de aceite o palma aceitera. Tronco de seis a nueve metros de altura, revestido de fuertes espinas, hojas pinnadas con hojuelas lineares, angostas y puntiagudas y fruto en drupa globular. Esta palma pinnada es espontánea desde México hasta el Brasil Tropical, se desarrolla bien en zonas de densa vegetación y alta lluviosidad, como la península de Yucatán.

¹⁶ *Guano*: nombre genérico de palmas de tronco alto y redondo, sin ramas, con hojas en forma de abanico. El tronco de algunas especies se utiliza para hacer estacas, postes de cercas, pilotes, etcétera. En la península de Yucatán, las hojas sirven como cubierta de techos.

¹⁷ *Jarcía*: “conjunto de los aparejos, cables y cabos de una embarcación” (DMAR).

¹⁸ *Cordelaje*: “aparejos de cuerdas de las embarcaciones” (DMAR).

¹⁹ *Carpintero de ribera*: “oficio que se ocupa de la construcción artesanal de embarcaciones de madera” (DMAR).

²⁰ *Jabín*: el jabín es un árbol nativo de madera dura, es muy apreciado, porque es una madera preciosa. Crece de manera silvestre en los montes y en los poblados.

y los que un pequeño esfuerzo del gobierno convertiría en un arsenal tan grandioso en su línea como los de Tolón²¹ y de Brest.²²

Se mira al lado opuesto el barrio nuevo de Guadalupe,²³ y a continuación el de San Francisco²⁴ o el viejo Campeche, cuya antigua iglesia reclama los honores de la primera fundación de su especie en aquella península. Al lado de las quintas más suntuosas y de modernos y vistosos edificios de dos altos, se conservan todavía las envejecidas construcciones de tres siglos atrás, y ennegrecidas casas de pesquería, a cuyo frente se notan dentro del mar depósitos o chiqueros más o menos estrechos para la conservación de enormes testudos del género tortuga o del *Caguamo*, o bien del apreciable *Carey* o de la deliciosa *Icotea*. A proporción que se separan de las riveras las posesiones de aque-

²¹ *Tolón*: ciudad y municipio del departamento de Var, Francia. La ciudad es la tercera en población de la región Provenza Alpes Costa Azul. Situada a 190 kilómetros de la frontera con Italia, se asienta a orillas del mar Mediterráneo, a lo largo de la rada de Tolón.

²² *Brest*: ciudad francesa situada en el departamento de Finisterre, en la región Bretaña. Su vocación militar y marítima se remonta a la antigüedad, pues en la época del Imperio romano ya había sido una fortaleza romana en la zona.

²³ *Barrio nuevo de Guadalupe*: “el Barrio de Guadalupe se sitúa al este de la Plaza de Campeche. El surgimiento de este barrio, como de otros de los suburbios de la villa de Campeche, se debió a que la fortificación de la ciudad — culminada a finales del siglo XVIII— sólo consideró los lugares donde habitaba la población española de las clases altas y media, y se dejaron fuera las calles donde residía la población de clases más bajas. En el siglo XIX, el suburbio de Guadalupe se encontraba habitado, principalmente, por españoles y criollos, que eran artesanos y jornaleros. En esa zona pasaba un desagüe natural que desembocaba al mar” (ALCALÁ).

²⁴ *San Francisco*: “junto al barrio de Guadalupe se encontraba el más antiguo barrio de San Francisco. En ese suburbio habitaban los pobladores dedicados a la pesca. Ahí se encontraban las casas de pesquería, que en realidad eran chiqueros estrechos en los que se guardaban tortugas marinas. Hacia el interior existían hortalizas donde se cultivaba el maíz y crecían árboles que proporcionaban pastura a caballos y bestias de acarreo. El suburbio se dividía por otro desagüe natural conocido como ‘La Ría’. En 1810, de 574 personas registradas con oficio, la mayoría eran artesanos, seguidos de militares y labradores, pero también existía un médico y algunos comerciantes” (ALCALÁ).

llos dos suburbios, comienzan a fertilizar en sus cercados o solares delicadas hortalizas, mecates o surcos de gruesas y elevadas cañas de maíz, y muy frondosas huertas de verde *ramón*,²⁵ y de otros árboles que proporcionan sólida y abundante pastura a los caballos y bestias de acarreo. La Ría de San Francisco,²⁶ al paso que hermosea la parte de este barrio que atraviesa, le facilita igualmente la conducción de los efectos de su industria y comercio, por medio de bien construidas barcas y canoas y de ligeros cayucos, cuyos diestros conductores usando las velas latinas,²⁷ o de otras adecuadas, se aprovechan del viento terral que domina frecuentemente por la mañanas, y de la virazón²⁸ que sopla con la misma frecuencia por las tardes.

Tan bella perspectiva se mira terminada por un mar de plata, donde el sol hace brillar sus rayos de oro entre el variado matiz de los más bellos colores, al tiempo de esconderse en el ocaso, mientras que por otro lado tersas sus aguas cual cristal transparente, remedan a un espejo en que se ven pintados a la vez el claro oscuro del fondo y el azulado espacio, donde el astro de la noche reverbera sus luces débiles hasta que apagados los fulgores del crepúsculo de la tarde, se presentan como duplicadas de las olas al cielo.

Animan, finalmente, este cuadro multitud de pequeñas cuanto veloces embarcaciones, que vuelven cargadas de pesca

²⁵ *Ramón*: es un árbol de gran abundancia en el estado de Campeche, era y aún es común encontrarlo en los patios de las casas. En maya se le denomina *óox*. Puede alcanzar los 45 metros de altura y un metro de diámetro. Los mayas solían preparar café con sus semillas. También se le utiliza como alimento para el ganado.

²⁶ *La Ría*: desagüe natural que atraviesa y divide el barrio de San Francisco, en Campeche (ALCALÁ).

²⁷ *Vela latina*: “la vela latina fue la primera vela de cuchillo del mundo. Es una vela especial utilizada para la navegación con pequeños buques en los canales y ríos y en las aguas costeras poco profundas por entre las islas” (DMAR).

²⁸ *Viento terral y virazón*: “la virazón es el viento que en las costas sopla de la parte del mar, alternando con el terral, que viene de la parte de tierra, y sucediéndose ambos con bastante regularidad en todo el curso del año, mientras no hay temporal” (NTLLE 1846).

para abastecer a una población de más de doce mil almas, con el deliciosos *esmedregal*, el rico *pámpano*, la pintada *corvina*, el abundante *cazón*, el sabroso *mero*, la extendida *raya*, el ramoso *pulpo*, el *peje pluma*, el *bulcaito*, el *jobado*, y otras cien especies tan variadas y gustosas al paladar como admirables a la vista, y cuya extraordinaria abundancia es el efecto indispensable de la tranquilidad y poco fondo de aquel mar en leche,²⁹ que descansa en la sonda, así como de la facilidad que hay en ella para la pesca. Olvidados los temores de las borrascas, no ya sólo los jóvenes sino aun los niños, impávidos dirigen su barquilla y se arrojan por doquier, sin el riesgo de las bramadoras olas y sin el peligro de los erizados arrecifes o de las cortantes rocas. Los escollos apenas se encuentran si no a alguna distancia, casi siempre marcada por la estación de los buques de alto bordo que se divisan anclados a algunas millas de la costa, por el poco fondo de la bahía.

Tal es el ligero bosquejo del pintoresco puerto de Campeche, visto desde el mar. A su frondosidad une el buen clima y una sana temperatura; su entrada segura lo hace preferible a casi todos los del golfo mexicano, a pesar de la falta de bahía resguardada de los vientos que suele haber en algún otro; y, por último, como el más bien fortificado, puede desafiar y burlar los esfuerzos hostiles de cualquiera invasión.

I. R. G.³⁰

²⁹ *Mar en leche*: mar en bonanza, sosegado, sin agitación (DA/DMAR).

³⁰ I. R. G.: Isidro Rafael Gondra fue uno de los escritores que cultivó el costumbrismo con claras tendencias nacionalistas. Así lo refleja la mayoría de sus colaboraciones en distintos periódicos literarios de la época, entre las que destacan sus textos de carácter descriptivo sobre los lugares más interesantes del país. Por ejemplo, en 1841, mismo año en el que aparece en el *Museo Yucateco* la pieza "Campeche visto desde el mar", el autor publica en *El Semanario de Señoritas* de García Torres un artículo de costumbres titulado "Máscaras", en el cual se describe, por vez primera, la alegría del Carnaval de Campeche.

A las niñas traviesas¹

Sí, hermosas criaturas, merecéis, sin duda alguna, un articulillo, un articulillo agridulce; porque siendo tan lindas, tan graciosas y joviales, se os ha de hablar dulce, y agrio, por los petardos que, por vía de entretenimiento, soléis pegar a los demasiado *sentimentales*. ¡Hay tal maldad! ¡Hay travesura más diabólica!

¿No es en efecto, una travesura infernal, animar a un *honrado* joven que se presenta en la palestra con ínfulas de pretendiente; y luego que se explica, arrugar la frente, mirarlo con ceño, y... humillarlo?

¿No es una travesura, sonreírse con gracia, hablar con dulzura, con amabilidad, tratar al pobre aspirante con preferencia respecto de todos los de la tertulia, tocarle punto de amores, preguntarle por la salud de una querida que no tiene, aconsejarle que la busque, desde luego, por ser indispensable para la vida, proponerle una joven de tal edad, de tales circunstancias (precisamente las mismas que reúne la consejera)?, y después de traer y poner en tortura al infeliz, compeliéndolo a declarar su atrevido

¹ [Nota del autor] *Algunos mal intencionados, habiendo leído el anuncio que hicimos en el número anterior, han tenido la majadería de creer y persuadir que nos dirigiámos a las coquetas. ¡¡Malvados!! Si hay tales coquetas, sean muy señoras nuestras. Nosotros no queremos nada con semejantes bichos. Si pudiéramos ahorcarlas, no lo excusaríamos, porque como hemos dicho en otra parte y hoy repetimos, son el oprobio y la irrisión de la sociedad en que viven. Dios nos libre de todas ellas.* Justo Sierra O'Reilly. "A las niñas traviesas". *Museo Yucateco* I. 1841, 234-235.

El borrador de este artículo aparece en una de las carpetas que contienen los manuscritos autógrafos de Justo Sierra O'Reilly, que conserva la Biblioteca Campeche (Colección Héctor Pérez Martínez, CE 61-25-D BIO, fols. 22 v.-23 v.).

pensamiento, reírse en sus narices, bigotes y pera,² y decirle ¡ay! ¿conque usted pensaba en mí? Dejándolo con esta fresca,³ más frío y helado que la nieve.

¿No es una travesura, conversar con boca, ojos, manos y cabeza en una ventana, a riesgo de que se diga que se os *hace el amor*, por aquella vía irregular?

¿No es una travesura, zurrar *a roso y veloso*⁴ a cuantos pasan por la calle, cortándoles el vestido, con descomunales tijeras?

¿No es una travesura, y travesura gorda hacer de manera que en la *galopa* o *mhazowrka*,⁵ uno de tantos dé un traspies y escore⁶ bonitamente la cabeza entre los asientos de la sala, dando con el cuerpo en tierra, cuan largo es?

¿No es una travesura, traer por donde gustáis al infeliz que cae en vuestras manos, sacándole los colores a la cara, lanzando unas indirectas tan directas que, pésele a quien le pesare, la verdad

² *Pera*: “aquella porción de pelo, que por gravedad se dejaban crecer los Eclesiásticos y Doctores en la punta de la barba. Dijose porque ordinariamente es de la hechura de una pera” (DA).

³ *Fresca*: “expresión desenfadada y algo desagradable” (DAE).

⁴ *Zurrar a roso y veloso*: “Modo de hablar que vale todo, sin excepción, ni distinción alguna en la materia de que se habla. Regularmente se dice en materia de destrucción” (DA). José María Iribarren, en su revisión del origen de los dichos, concluye que la expresión *no dejar roso ni veloso* es corrupción de *no dejar raso ni veloso*, y significa “no dejar chico ni grande”, imberbe ni barbudo (IRIBARREN).

⁵ *Galopa* o *mhazowrka*: bailes muy gustados por la sociedad mexicana del siglo XIX. La galopa, o *galop*, era una suerte de polka rápida, de un compás de dos por cuatro, en la que las parejas “galopaban” por todo el salón a un ritmo vertiginoso. La *mhazowrka* (mazurca) es otro baile de salón, de origen polaco, muy animado. Domingo Ibarra, en su *Colección de bailes de sala y método para aprenderlos sin auxilio de maestro*, publicado en 1862, explica que en su época, mediados del siglo XIX, era un baile muy popular entre los jóvenes “por su majestad, elegancia, variedad de sus figuras y lo mesurado de su movimiento”. Pero se lamenta de que, a pesar de su sencillez, la “alegre juventud” lo ha desfigurado al “extremo del ridículo” (IBARRA).

⁶ *Escolar*: “ir a parar a mayor distancia de la que se esperaba” (DAE). En Yucatán se utiliza con el sentido de acomodar, estibar, o bien, como en Cuba, con el sentido de “arrimarse a un paraje que resguarde bien el cuerpo para esconderse” (NTLLE 1853).

sale a luz, frecuentemente revestida y ataviada del modo que os parece mejor, para poner en mil aflicciones al paciente?

¡No es una travesura, ponerse a hablar con decidido empeño y calor al de la derecha, convertirse súbitamente al de la izquierda, y decir en voz baja refiriéndose al primero “este N. no está peinado a la *romántica*⁷ sino a la *furiosa*” y continuar frescamente la conversación, como si tal cosa hubiese ocurrido?

¡No es una travesura, traer al retortero a tantos jóvenes enamorados, endulzando con miradas a unos, arrastrando con modales a otros y cautivando a todos; cuando al fin y al cabo uno solo es el que ha de *tomar posesión de cada una de vosotras*? ¡Oh hermosas traviesas! Preciso es creer que tenéis el diablo en el cuerpo. ¿Quién será el que pueda librarse de vuestras travesuras? Sed pues más formales con el sexo de que depende vuestra suerte y felicidad.

Dejad vuestras travesuras, y no se vea, no se advierta ni se note en vosotras otra cosa que ingenuidad, constancia, buen humor, fina correspondencia, (pues, a uno solo ¡eh!) franqueza y nada de doblez; haced que con la pura ingenuidad se dulcifiquen las amarguras que vuestras travesuras causan a los jovencitos alegres, a los cuarentones que piensan con madurez, y aun a los ancianos, que aunque agobiados de la senectud no dejan de complacerse al mirar las jóvenes hermosas. Cesen pues ¡oh niñas bonitas! vuestras travesurillas y dad el lugar que corresponda a vuestros tiernos adoradores. De otra manera os exponéis a que se os aplique cierto verso de don Tomás Iriarte,⁸ que comienza:

⁷ La influencia del romanticismo en las ideas y en la estética, en la primera mitad del siglo XIX en México, se manifiesta también en la moda. Los jóvenes comienzan a usar el cabello más desordenado, seco, sin productos artificiales, sin ostentación; expresión del sentido de libertad individual y rebeldía que promovía el romanticismo.

⁸ Tomás de Iriarte (1750-1791): escritor español neoclásico. Escribió obras, en prosa y en verso, de tono satírico, en las que suele prevalecer el fin didáctico. Se hizo célebre con la publicación de su obra satírica, *Los literatos en Cuaresma* (1773), en la que reseña la vida y obra de los escritores neoclásicos españoles. En 1777 tradujo en verso el *Arte poética* de Horacio. Pero su mayor fama la alcanzó gracias a sus *Fábulas literarias* (1782), serie de poemas satíricos, de tono moralizante, que entrañan agrias burlas hacia sus coetáneos (BAE).

Es la... mujer
que pasa alegre su vida,
procurando ser querida
y no pensando en querer.
Si uno llega a pretender
nunca de sí la rechaza,
pues sabe con linda traza,
dejando a todos iguales,
recibir los memoriales,
y no proveer la plaza.⁹

⁹ Los versos de Iriarte que cita Sierra O'Reilly en este artículo, representan la primera estrofa de una décima dedicada a la mujer coqueta. El autor yucateco omite, con intención lúdica, la palabra "coqueta" del primer verso del poema de Iriarte. Así mantiene el juego de utilizar el eufemismo "traviesa" al calificar y reprochar, con tono "agridulce", la actitud de las jóvenes al seducir a los hombres; para no herir la sensibilidad de las "caras lectoras del *Museo*". Los primeros versos de la décima de Iriarte rezan: "Es la coqueta mujer / que pasa alegre su vida / procurando ser querida / y no pensando en querer...".

Extravagancias de los enamorados¹ (Artículo remitido por una señora)

¡Vamos! Que en este asunto de amores, hay cosas demasiado raras, y que merecen particularmente nuestra atención, para evitar el caer en una situación ridícula. Bien hacen con pintar ciego el amor, pues es preciso estarlo mucho, para incurrir en mil extravagancias y sandeces. Es que nosotras, sin salir del país, solemos observar algunas cosas, que para excusarlas nos veríamos muy apuradas.

Conozco a un lechuguino² (y por más señas no me dejará mentir), que para manifestarse sumamente enamorado, tenía la maldita costumbre de plantarse a las dos de la tarde en su balcón, enfilando al de su pretendida, un instrumento que cualquiera hubiera tomado por una *larga vista*, y no era sino un frasco desfondado de agua de colonia con que se entretenía haciendo arrumacos horas enteras. ¡Qué os parece, mis amados oyentes!

Hay otro petulante, con sus ribetes de fatuo, que al pasar por la ventana de la *sua donna*³ (como él dice) comienza a hurgarse las narices con un cucurucho de papel, excitándose a estornudar. Y es que se ha figurado, apoyándose en el testimonio de su

¹ Justo Sierra O'Reilly. "Extravagancias de los enamorados". *Museo Yucateco* I. 1841, 72-73.

² *Lechuguino*: "muchacho imberbe que se mete a galantear aparentando ser hombre hecho; hombre joven que sigue rigurosamente la moda" (NTLLE 1853).

³ *Sua donna*: Esta alusión refiere el sentido platónico, ideal, con que la poética italiana del romanticismo trataba el motivo de la "amada". La referencia establece, quizá, una relación intertextual con la famosa canción "Alla sua donna" del poeta Giacomo Leopardi.

muy usado espejo, que un estornudo presenta la cara *divinal*, y como venida del otro mundo. Así es en efecto: aquella cara, no parece sino del país de las monas.⁴ Es una cara de los siglos bárbaros.

Por mi calle pasa otro (y protesto que no es por mí), con una levita⁵ desgarrada en los codos, de una manera harto exagerada. Por otra calle su levita está tan entera como si acabara de salir de la tienda del sastre. Yo me perdía en un mar de conjeturas, sin poder explicarme la singularidad del caso. Por casualidad oí, una noche, que decía a su novia, amiga mía, con tono patético y melancólico: “¡Ay hechicera Clori! (Nicolasa era su nombre de bautismo) paso los días y las noches, apoyada la cabeza en mis manos, pensando en ti...!” ¡Vamos! dije entonces para mi *colet*:⁶ este perillán⁷ quiere hacer creer a la pobre criatura que duerme con levita por sólo el maldito placer de apoyar los codos en una

⁴ Alusión a la obra, en cuatro tomos, *Viajes de Enrique Wanton al país de las monas*. El conde Seriman escribió en Verona los dos primeros tomos de esta obra, fingiendo que la traducía del inglés al italiano. Sin embargo, según relata Juan Sempere y Garinos, en cuanto se advirtió que la obra se trataba, en realidad, de una sátira de la sociedad italiana de ese tiempo, y que retrataba con burla a “algunos senadores y personas de primer orden”, se le ordenó al autor no escribir más que los dos tomos que había ya publicado. En España, don Gutierre Joaquín Vaca de Guzmán, se dio a la tarea de traducir al castellano los dos tomos la novela de Seriman y, al parecerle inconclusa o con cabos sueltos, decidió continuarla con un capítulo tercero y cuarto. Los tomos en español de *Viajes de Enrique Wanton al país de las monas* de Vaca de Guzmán aparecieron publicados en 1778. En esa obra, Vaca de Guzmán también satiriza algunas costumbres de España, pero teniendo el cuidado de no caer en alusiones personales, para eludir la censura (Juan Sempere y Garinos. *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, tomo VI. Madrid: Imprenta Real, 1789).

Resulta significativo este intertexto en un artículo de costumbres de Sierra O'Reilly, si se piensa en el extremo empeño que manifiesta el autor —y que se advierte de manera más notoria al analizar sus borradores manuscritos— en evitar las alusiones directas al retratar de manera crítica las costumbres de su “país”.

⁵ *Levita*: “vestidura masculina de etiqueta, más larga y amplia que el frac, y cuyos faldones llegan a cruzarse por delante” (NTLLE 1846).

⁶ *Para mi colet*: “para mis adentros” (NTLLE 1846).

⁷ *Perillán*: “persona pícaro, astuta” (DAE).

mesa de escribir, cuantas veces despierta de sus sueños funestos. Ya está entendido el negocio.

Otro conozco también bastante raro. Mientras está en presencia de la niña que pretende, y hay otros en la tertulia, tiene constantemente mordido con fuerza el labio inferior, sin decir *oste ni moste*.⁸ Y si alguna vez, la imperiosa ley de las circunstancias, lo obliga a desmorderse (voz de nueva invención) el labio, es únicamente para preguntar si la niña estuvo o no en misa, si fue de tres padres⁹, de qué color era el ornamento, etc. ¡Váyase lo uno por lo otro! A éste no le impondría mi vecino otra pena, que la de pintarle en la frente una *T* mayúscula, que lo marcase y lo diese a conocer a los demás, por lo que es en realidad: *Tonto*.

Y ¿qué diremos de aquel mechudo y grasiento romántico, (pues que la han tomado con degradar esta noble voz), que se pasa horas enteras junto al espejo alisándose los lacios y ásperos cabellos y bautizándose con frascos de aceite hasta el fastidio y más allá? Diremos que es un majadero. A los hombres, causa tedio; a las mujeres, asco. Conque yo no sé a qué podrán aspirar estos mártires voluntarios; ¿será a agradarse a sí mismos? ¡Cáspita y qué estómago! Más de una vez se me ha retentado el *histérico*,¹⁰ a la vista de uno de estos farolones.¹¹

¡Por qué, señor editor del *Museo*, Usted que suele escribir algunos artículos picantes contra nosotras,¹² por qué no da Usted una tremenda lección a estos hombres tan pesados y ridículos?

—Esto sería mejor todavía, que no molestar a las *niñas travie-*

⁸ *Sin decir oste ni moste*: Vicente Salvá registra la frase “sin decir oxe ni moxe” como un modo vulgar de hablar que significa “sin pedir licencia, sin hablar palabra” (NTLLE 1846); “Ni oste ni moste ó ni uste ni muste. (Cuando no se habló palabra)” (CORREAS).

⁹ *Misa de tres padres*: también llamada misa solemne, preconiliar o tridentina, que solía oficiarse por tres presbíteros.

¹⁰ *Retentar*: “volver a amenazar la enfermedad, dolor o accidente que se padeció ya, o resentirse de él”; *histérico*: “se nombraba así al útero o matriz; a esa afección o dolor se le conocía también como ‘mal de madre’” (DA).

¹¹ *Farolón*: “vano, ostentoso, amigo de llamar la atención” (DA).

¹² [Nota del autor] *Que nos dispense la señorita que esto escribe. Nunca ha sido nuestra intención escribir artículos picantes contra el bello sexo, que tanto estimamos— E.*

sas, después que le estiman tanto.¹³

Todavía conozco a otro joven currutaco¹⁴ y de cara empedrada, que en los bailes de carnaval, me dio un rato amargo. Por poco, no me causa un desmayo. Subió a nuestro palco, se pertrechó¹⁵ de un enorme abanico de plumas, y dándose alternativamente en el pecho, piernas y cara, entabló una larga y profunda disertación sobre mis ojos, mi modo de mirar, y la expresión de mis facciones: en ellas descubrió mis afectos e inclinaciones, mis simpatías y antipatías. Me habló de las máscaras, del gas carbónico, del ácido sulfúrico, de las estrellas del digesto, de don Alonso el sabio, de la bella Raquel¹⁶ y el paseo de la Alameda.¹⁷ De todo ello hizo una mezcolanza tan atroz y ridícula, que me ha dejado aturdida por más de tres días. Oculto en sus descomunales patillas, frunciendo tanto la boca al hablar, afectando el estilo, y escupiéndome la cara con su fingido *ceceo*, presentaba un conjunto propio para un *Museo de curiosidades*. ¿Creerá Usted que después de todo he sabido, que el susodicho me hizo una declaración amorosa? Por lo menos así se lo aseguró a un amigo suyo; y si es así, le protesto a Usted que jamás se ha hecho un des-

¹³ [Nota del autor] *Gracias, por la cortesía. E.*

¹⁴ *Currutaco*: “muy afectado en el uso riguroso de las modas” (DA)

¹⁵ *Pertrecharse*: proveerse o armarse de medios, defensas o todo lo necesario para cualquier operación.

¹⁶ En la crónica que escribió el rey Alfonso X, el Sabio, se relata la historia de la judía Raquel de quien se enamoró locamente el rey de Castilla; se la describe como una mujer muy bella. Desde entonces, la historia de Raquel se ha convertido en *leit motiv*, y ha sido retomada por varios escritores. Entre ellos, destaca Lope de Vega, que en su drama *La judía de Toledo*, refiere el trágico destino de la bella Raquel. A mediados del siglo XIX, el dramaturgo austriaco Franz Grillparzer, basándose en la obra de Lope de Vega, escribe su drama homónimo, *La judía de Toledo*.

¹⁷ En su *Catálogo histórico de Mérida*, Gonzalo Cámara Zavala, explica que, a finales del siglo XVIII, el gobernador don Lucas de Gálvez mandó construir el Paseo de la Alameda. Tenía tres calles: la del centro para los peatones y las dos laterales para las volantas (coches de caballos). El paseo fue bien sembrado de árboles y se colocaron gran número de bancos de piedra. Se le conoció también como Paseo de las Bonitas, “seguramente por las muchas lindas damas que lo frecuentaban. En el siglo XIX era el lugar de moda, preferido de las reuniones (CÁMARA).

cubrimiento más gracioso. ¡Hacer el amor con citas de Ptolomeo, las *siete partidas* y el Abate Andrés! He aquí una extravagancia de algunos enamorados.

Por complacerlo a Usted, he escrito este articulillo: si hubiere lugar y mi padre confesor de la Mejorada¹⁸ no me lo prohibiere en este santo tiempo de cuaresma, le prometo a Usted enviarle alguna cosilla mas; pues que así lo desea.

¹⁸ La iglesia y convento de la Mejorada fue edificado de 1688 a 1694, y perteneció a la orden de los franciscanos. Sin embargo, en 1821 fueron expulsados los franciscanos y el convento estuvo abandonado algunos años (CÁMARA).

En sus últimos años de vida, don Justo Sierra O'Reilly escogió ese ex convento como lugar tranquilo para escribir el primer Código Civil de la República. De acuerdo con este dato —a saber, que Sierra O'Reilly eligió el convento de la Mejorada como lugar para escribir—, la mención al “padre confesor de la Mejorada” de la supuesta redactora de la carta, puede interpretarse como un guiño del autor del artículo —Sierra O'Reilly— para revelar su identidad.

Una conversación con mi amigo¹

Ni los escribo ni vuelvo a admitirlos para el *Museo*. ¡Cáspita con las gentes! ¿no ve Usted, amigo mío esa alharaca que se ha levantado con el articulito de aquella señora, sobre las “Extravagancias de los enamorados” que no puede ser más injusta e infundada?

—¡Oh! no —me respondía mi amigo—. Este es un inconveniente harto insignificante para que Usted desista de su propósito. En los pueblos cortos y que apenas comienzan la carrera de la civilización se presentan los mismos obstáculos para superarlos, basta un poco de filosofía. Los artículos de costumbres producen consecuencias más importantes de lo que a primera vista parece. Siempre que sean escritos sin mordacidad chocarrera, aunque piquen su poquillo, no importa: firmeza y resolución. El que da al público esta clase de producciones, es muy natural que busque los cuadros en la misma sociedad en que vive, pues de otra suerte carecerían del mérito de la originalidad, que es tan necesaria para el buen efecto, y por lo mismo suelen parecer copias muy parecidas al modelo, ni más ni menos como ha ocurrido con el artículo que Usted cita, y con el otro del año pasado, dirigido “A las niñas traviesas”. Pero no es de Usted la culpa que les ha dado lugar en el *Museo*, ni tampoco del que los ha escrito; es únicamente de las personas que adolecen de los defectos que se censuran. Se habla en ellos de faltas y extravagancias si alguno incurre en esas faltas o es extravagante debe enmendarse, a no ser que crea que sus defectos son virtudes, y sus ridículas extra-

¹ Justo Sierra O'Reilly. “Una conversación con mi amigo”. *Museo Yucateco* II. 1842, 72-73.

vagancias, altas maneras sociales que deben imitarse. Si tal sucediese, peor para ellos: no harían sino poner el sello a su necesidad. En tal caso la sociedad entera, y los escritores públicos tienen un pleno derecho para reírse en sus narices, a fin de que no continúen haciendo los importantes, y pretendiendo ser los moderadores del buen tono, los que precisamente son los más ridículos y grotescos. Tolerar esta clase de alimañas sería hasta cierto punto someterse a la decisión de personas que no tienen ni los medios, ni los elementos, ni los tamaños para regular las costumbres, sin embargo, de sus exageradas pretensiones. Ya digo: firmeza y resolución, y véngase abajo el mundo.

—Todo eso es muy bueno amigo mío; pero sería para mí muy sensible el que se me atribuyese mala intención contra determinadas personas, y algunos majaderos, que no conozco aún de cara, creyesen que me ocupo de ellos, como si no tuviese otros asuntos que atender, o si me importara un bledo que se peinasen de esta o la otra manera, pisasen o no a las señoritas cuando bailan, las escupiesen la cara cuando las enamoran, y otras cosas del propio jaez. Sólo de una manera consiento en lo que Usted pretende.

—Veámosla.

—Que Usted se comprometa conmigo a escribir los tales *artículos de costumbres*.

—Hombre... mire Usted, a pesar de que estoy sumamente ocupado en los asuntos de mi comercio, y de no tener la costumbre de escribir para el público... me comprometo.

—Asunto concluido. Permítame Usted, una vez que me ha hecho desistir del propósito de no insertar en mi periódico aquella clase de producciones, el que haga una recomendación. No olvide a las *niñas traviesas*, ni a los *jóvenes libertinos*.²

² En los manuscritos autógrafos de Justo Sierra O'Reilly se encuentra el borrador de un artículo de costumbres titulado "A los jóvenes libertinos", que nunca apareció publicado en el *Museo Yucateco*. Es a este texto al que, sin duda, alude el autor en este artículo, "Conversación con un amigo". "A los jóvenes libertinos" es un artículo que satiriza las costumbres de los jóvenes de la sociedad yucateca, en respuesta y contrapartida al artículo "A las niñas traviesas", que sí vio la luz en las páginas del *Museo*.

—No tenga Usted cuidado. El que vea su retrato, que se acuerde de aquel gracioso epigrama de nuestro poeta Alcázar, quien refiere que:

En un muladar un día
cierta vieja sevillana,
buscando trapos y lana,
su ordinaria granjería;
por acaso vino hallarse
un pedazo de un espejo,
y con un trapillo viejo
lo limpió para mirarse.
Viendo en él aquellas feas
quijadas de desconsuelo,
dando con él en el suelo,
le dijo: *maldito seas*.³

³ “Epigrama” del poeta español Baltasar de Alcázar (1530-1606). La poesía de Alcázar se caracterizó por su tono festivo y de ingeniosa ironía. Sus epigramas, en particular, son muestra de la vena humorística de su poética. En palabras de Adolfo de Castro: “sus versos son puros, dulces y elegantes; su ingenio para los chistes sazoadísimo, y tal la sencillez de su manera de expresar los pensamientos, que parecen trasladados al papel del mismo modo que se han concebido, sin que el arte se haya usado por el poeta” (Adolfo de Castro. *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Rivadeneyra, 1854, xviii.).

A un petimetre¹

Querido primo. Recibí con particular gusto tu carta, celebrando llegases a esa capital con felicidad.

Tú estás, pues, en ella; esto es, en un mar lleno de escollos, bajíos y borrascas; no pretendo darte una lección de náutica para que puedas gobernarte en semejante piélago. Si fueres vigilante, si fueres cauto en hablar, si dudases de todos, si manifestases que no deseas nada, y si fueres moderado con grandes y pequeños, sin que te deslumbre cualquiera adelantamiento que logres, éstos han de ser los rudimentos que te enseñarán aquella ciencia, que más se aprende con la práctica, que con la teórica.

Pero me es indispensable hablarte en razón de una flaqueza tuya, que puede ser tu ruina, la causa de que te conceptúen poco juicio, y que me hace creer que de tu elección quedarás con el tiempo poco satisfecho. Ya te di a entender algo sobre este punto a tu paso por esta ciudad, pero es de tal importancia, que estoy persuadido faltaría al afecto que te profeso, si no te hiciese sobre él una seria advertencia.

Tú te hallas dotado por la naturaleza de alguna gallardía exterior, pero estás tan desvanecido,² que parece que el ser buen mozo es tu tesoro y toda tu delicia. Manifiestas que esto sea tu único pensamiento y vives tan pagado y soberbio de tu buen parecer, que crees es tu rostro una piedra preciosa caída del cielo, el retrato de un ángel y un pedazo de paraíso.

Con esta ilusoria idea cultivas la compostura de tus cabellos con tal esmero y prolijidad, que no podría hacer más una mere-

¹ Anónimo. "A un petimetre". *Museo Yucateco* II. 1842, 53-56.

² *Desvanecido*: "soberbio, presuntuoso, vanidoso" (DA).

triz, o aun una de aquellas mujeres que no tienen otro desvelo que agradar al cortejo. ¡Qué pulimientos del cutis! ¡Qué cuidado en el peinado! ¡Qué nimiedad hasta en las cejas! ¡Qué rizado de los cabellos! ¡Qué melenas tan románticas!³ ¡Qué profusión y consumo de pomadas! No se puede tolerar que un cabello se diferencie de la postura de los otros, y si el espejo se pudiese consumir con el uso, competirías con las mujeres en dar ganancia a los espejeros.

A esta compostura de la cabeza corresponde el adorno y hechura del vestido, el modo de andar, de llevar los brazos, el movimiento de los dedos, la postura de los pies, el tono de la voz y el modo risueño de mover los labios; de manera que considerando bien todos los esfuerzos que ejecutas fuera del orden natural para adquirir mayor gallardía y añadir más gentileza a tu persona, se puede decir con libertad que eres un mártir de la hermosura.

Te confieso que jamás había llegado a creer que un hombre racional fuese capaz de incurrir en la locura de desear parecer hermoso, cuanto más en el afán de martirizarse a sí mismo a fin de adquirirse el concepto de serlo.

Yo presumo que en tu interior estás creyendo te llevas las atenciones de todos, y particularmente de las damas, como si fueses una de las mayores maravillas que todas hablen de ti, que eras el objeto de todos los discursos y la delicia de todas las conversaciones. Creo asimismo experimentas un gran pesar, cuando ves que alguno no hace caso de ti y que censuras de insensato a quien no fija los ojos para contemplarte; y asimismo a cualquiera otro Narciso, que se te parezca en este caprichoso modo de parecer galán.

Para con las mujeres ciertamente debes estar creyendo que todas quedan penetradas solamente de verte, que se mueren de amor por ti, que a porfía procuren complacerte y que se tendría por dichosa la que pudiese lograr te enamorasas de ella.

³ La influencia del romanticismo, en las ideas y en la estética, en la primera mitad del siglo XIX en México, se manifiesta también la moda. Los jóvenes comienzan a usar el cabello más desordenado, seco, sin productos artificiales, sin ostentación; expresión del sentido de libertad individual y rebeldía que promovía el romanticismo.

Por tu vida, permíteme hablar con libertad. ¡Oh, qué solemne locura! ¡Ahora, pues, si yo te dijese que en lugar de excitar las atenciones, causas fastidio; en lugar de adquirirte las admiraciones, te adquieres la burla y la mofa; en lugar de suscitar llamas amorosas, te haces objeto de irrisión y de desprecio!, ¿qué dirías? Es preciso creer al mundo muy loco para pensar de otra manera.

Si hablamos de los hombres, cuando esa tu necia vanidad fuese laudable, la mayor parte de ellos hubiera seguido ese camino. ¿Pero qué bello mundo de locos sería éste? ¿Quién se dedicaría a sostener los negocios de la sociedad y del gobierno? Si todos se entregasen al cuidado de estar bien peinados, de cuidar de las mejillas, de los vestidos, etc. Si todos emplean una parte del tiempo en tan supersticiosos adornos, y la otra parte de él en divertirla con el paseo, ¿no sería, pues, el célebre mundo de los locos?

Pues si todos serían locos procediendo de semejante manera, ¿qué privilegio presumes tener tú para ser creído juicioso, cuando de un modo tal procedes? Esto a la verdad es una prueba evidente de que miras con la mayor indiferencia el que te tengan por loco.

No te enojés, porque el asunto importa más de lo que te parece; no pretendo reprenderte con acritud y mucho menos burlarme de ti, lo que deseo es curarte de una lepra que te afea mucho.

En efecto, es preciso conceder una verdad: a saber, que no hay prerrogativa menos propia a constituir estimable a un hombre cuanto la hermosura. Oirás alabar los hombres por su prudencia, sabiduría, fortaleza de ánimo, robustez de cuerpo, virtud, buena fe, literatura, ingenio, juicio, y por otros muchos dotes, pero jamás oirás alabar al hombre porque sea hermoso. Se dirá sí, aquel es un hombre galán, del modo que se dice aquel es un bello caballo, etcétera, cuando el hombre no haga ostentación y afecte el parecerlo, pues que en tal caso oirás decir a todos aquel es un hermoso necio.

Y para esto hay una razón muy fundada, pues que en los demás dotes del hombre, que todos son prendas del ánimo, el hombre tiene su mérito por haberlos adquirido y conservado, por tanto

merece alabanza. Pero en la hermosura, el hombre hace ostentación de lo que no es suyo, y en lo que no tiene mérito alguno.

Si es tal el juicio de los hombres, mucho peor es el de las mujeres, aunque casi no tienen juicio. Todo el aprecio de éstas se cifra en este don de la naturaleza que se llama hermosura, y están tan ansiosas de ser creídas hermosas, que aún aquellas que no lo son se lisonjean de serlo, y tan apasionadamente se juzgan, que hasta las mismas deformidades les parece adorno. No hallarás una mujer que con sinceridad te diga que es fea, porque aun aquellas que por afectar juicio dan a entender que se creen tales, interiormente están persuadidas de que no carecen de mérito.

Aquellas, pues, que con efecto creen que no son suficientemente bien parecidas, procuran suplir los defectos de la naturaleza con el auxilio de las propias manos, y no es menester que yo forme aquí una disertación de todos los frenesíes que de día en día van inventando para parecer hermosas, porque esta sería materia para dar que escribir a veinte escritores, los cuales no dejasen la pluma de la mano hasta el fin del mundo.

Saben, o por mejor decir, creen las mujeres que éste es el medio único para hacerse querer de los hombres y para adquirirse aquella superioridad que Dios no quiso concederlas, y de la cual contra las disposiciones divinas son tan ambiciosas.

Considera tú, si cuando creen que éste es el cebo para atraer los hombres a su red, podrán tolerar que los hombres se constituyan sus competidores. Si hay alguno a quien ellas aborrezcan, es con efecto aquel que ostenta hermosura y se afana en imitar los mujeriles artificios para comparecer tal.

Y así, cuando parece que sobre esta terrena mansión cada hombre se desvele por adquirir a lo menos la estimación de los hombres, ya que no sea también la de las mujeres, que nada importa, tú al contrario te martirizas para adquirirte el desprecio, la mofa de los hombres y el odio y aborrecimiento de las mujeres.

¿No es, pues, una célebre ganancia la tuya? Tú te quedas con tu sola complacencia y cuando con tan poco te contentas, bastará con que después de haberte martirizado bien en tus composuras, te pasees por tu sala y te mires continuamente al espejo.

Deja esa vanidad a las mujeres que la hacen su tesoro y todo su mundo, y aplícate a aquella belleza que nunca se acaba. La hermosura del cuerpo es una rosa, que en el término de una hora desmaya y se corrompe, es una hoja que el viento con una ráfaga se lleva. Y así como la verdadera hermosura es la del alma, así cuanto más te desveles en parecer hermoso en el cuerpo, parecerás más deforme.

Tú cultivas una cosa que con precisión has de perder y gastas aquel tiempo que deberías emplear en otro objeto, esto es adquirirte un arrepentimiento seguro sin remedio, porque no podrás recuperar lo que perdiste, ni el tiempo pasado.

Te he demostrado y debes quedar convencido de que tu estudio no es otro que el de adquirirte el título de insensato en éste y en el otro mundo. Si esto, no obstante, no quisieres hacer aprecio, ésta será la mayor locura de todas.

Perdona la libertad y procura sacar aquel fruto que deseo si quieres, avergonzándote de ti mismo y de tu conducta, reconocer que mis insinuaciones son hijas de aquel afecto con que se repite tuyo de corazón.

Tu primo

A una de tijeras¹

Muy señora mía. Solamente ahora que he llegado a esta ciudad, me escriben los amigos que en la mansión que hice, Usted, cual diestra pintora, se ha puesto a imitar los gestos de mi boca torcida, y el defecto de un ojo que me falta, constituyéndose de este modo el sainete de las conversaciones. ¡Vaya con Dios! me alegro que a lo menos yo haya dado a Usted materia para su diversión, y que pueda ser agradable y jocoso a los demás, excitando sus carcajadas a costa mía, e imitando mi figura. También yo he venido a comprender que soy de algún provecho, porque ya mi nombre es conocido en ese pueblo, aunque no por haber fenecido empresas gloriosas, a lo menos por mis naturales defectos.

Asimismo se me ofrece decir con frecuencia, que la deformidad de mi cuerpo me constituye un hombre singular; y no me sirve de poco consuelo, que Usted me haga ver que no he padecido engaño; pues que entre tantos de nuestro país, que han estado en ésa, ninguno sino yo ha merecido la observación del buen gusto de Usted.

Pero ya que se ha dedicado a ser mi retratista, le ruego tenga la paciencia, y tolere le comunique alguna parte de mis interiores máximas, porque, finalmente, el remedar los gestos de los hombres es muy propio de las monas y no de las racionales. No tenga Usted a mal si procuro dar a la pintura que voy a hacer alguna mejor disposición, de manera que sea más viva y más eficaz. Sobre todo ruego a Usted, encarecidamente, se persuada a que cuanto voy a decirle no tiene otro objeto que el mismo

¹ Anónimo. "A una de tijeras". *Museo Yucateco* II. 1842, 107-109.

provecho de Usted, ni otro fin que comunicarle alguna parte de lo que es el verdadero carácter de aquel original, que le ha caído tan en gracia, como que se complace en imitarle.

Tenga Usted, pues, entendido, que por deforme y horrible que sea poseo no obstante un ánimo racional. Y mediante no está en mi mano enmendar los defectos materiales del cuerpo, he procurado con esmero el cultivo del espíritu, venciendo los viles afectos, porque esto está en mi arbitrio. En efecto, Usted misma está viendo que en lugar de alterarme, como es natural, por la burla que no puedo ignorar ha hecho de mí, lo tomo a risa y compadezco a Usted.

Y así para remedarme con perfección, es preciso vea de dar mas coloridos al retrato, procurando imitarme en el modo de pensar. Pero porque desconfío mucho que Usted pueda unir las partes interiores y exteriores de esta copia, dejemos las chanzas y permítame que le de cuatro pinceladas de buena tinta.

Dígame por su vida, ¿no tiene Usted la razón natural y las luces adquiridas capaces de discernir el bien del mal? ¿Pues por qué constituye objeto de sus observaciones el mal y no el bien? Usted me hace dudar con este motivo, que si observa tan atentamente el mal exterior, con mas facilidad estará dispuesta a imitar los demás males interiores, como fomentado del natural impulso de las pasiones. ¿Por qué causa no se dedica Usted más bien a observar las costumbres de los hombres, para hacer elección de aquello que puede constituirle de un espíritu cultivado?

Pero hablemos sin rebozo,² ¿qué derecho tiene Usted para hacerse mofadora de los corporales defectos ajenos? ¿Qué ley le ha privilegiado para escarnecer los extrínsecos lineamientos de los hombres? ¿Por ventura es Usted la censora de la naturaleza? ¿Qué culpa tengo yo si un accidente me hizo perder un ojo, y me ha puesto la boca torcida y descompuesta?

Si la ley exige que se compadezcan los defectos del ánimo, que son verdaderos defectos, y en los cuales el hombre es culpable, ¿cómo será tolerable la mofa e irrisión por la deformidad del cuerpo, en la cual el hombre no ha cometido delito? Y así es que

² *Hablar sin rebozo*: “franca, sinceramente” (NTLLE 1846)

si pudiendo regular mis costumbres soy un perverso, merezco castigo porque está en mi arbitrio huir lo malo y abrazar lo justo, ¿pero por qué he de ser mortificado de otros, si soy corcovado, cojo, o contrahecho? El hacerme de mejor figura, enderezarme y constituirme diferente, no está en mi mano, ni por esto se me puede condenar.

Finalmente, si Usted es perfecta, bien formada y bonita, ¿qué mérito puede alegar en sus perfecciones? ¿Con qué parte ha contribuido para constituirse tal? Si el nacer bien formada, y el haberse conservado de buena disposición no depende de Usted, luego en esto no tiene cosa alguna de la cual pueda desvanecerse, antes bien es un poderoso motivo para dar gracias a Dios que pudo hacerle diferente, y rogar que conserve a Usted en el estado en que se halla. ¿Pues por qué quiere burlarse de quien es defectuoso, si en ello no es culpable, y si Usted puede verse en peor estado sin poder impedirlo? Si los defectos del cuerpo son un mal, ¿en dónde hallará entre los preceptos, no diré de la caridad, sino de la honradez, que sea lícito el burlarse del mal del otro? ¿Le sentaría a Usted bien si se hallase en el caso (así como no está asegurada de que no le haya de suceder por las viruelas que esperamos de Tabasco) que los demás le constituyesen el blanco de sus escarnios? Y si no le gustaría, ¿por qué no considera que no puede ser agradable a los otros?

En una palabra, si Usted quiere imitar a los demás, le aconsejo que lo ejecute en aquello que define el ser racional, y no haga como las bestias, que no pueden reconocer mas que lo exterior de las cosas. La propiedad del hombre es examinar las costumbres, y los modos de pensar, y obligación del hombre es copiar e imprimir en sí mismo lo que halla de bueno.

Los defectos del ánimo, que producen mal ejemplo, deben huirse; pero al mismo tiempo deben compadecerse los defectos del cuerpo, que enseñan a reflexionar sobre las miserias terrenas, y a venerar la Omnipotencia de quien puede trastornar todo el orden de la naturaleza.

Acuérdese Usted que escarniando la deformidad de los otros, ofende a aquel que ha criado a los bien formados y a los

defectuosos, y a quien cuesta muy poco hacer a Usted de peor condición que la de aquellos mismos de quien se burla.

Debería Usted advertir que me he resuelto a hacerle estas amigables reconvenciones para su utilidad, y no por el deseo de que deje de burlarse de mí, pues que sus escarnios jamás podrán ser capaces de que yo deje de ser un hombre honrado, ni que aun en medio de ellos sea quien ruegue a nuestro Señor que guarde su vida muchos años.

La almohadilla¹

He allí un mueble ligero, *chula*, y que guarda más de un secreto de las niñas. Por más que el lujo, la comodidad o la moda haya introducido con empeño los costureros, el *necese*² femenino y demás utensilios de costura y bordado de invención francesa, inglesa y americana, nuestras bellas paisanitas, no abandonan la preciosa *almohadilla*. Cuando una niña después de muchos ruegos y súplicas me franquea su *almohadilla*, me da una muestra de confianza, y ése es regularmente un privilegio de las personas que más estiman. ¡Qué variado es el interior de una *almohadilla*!

¡Pasó un enamorado, un *chayro mío*,³ y regaló unos flojos versos, malísimas coplas! Nise los lee a hurtadillas, abre la gaveta misteriosa, y los pobres versos entre otros mil tienen ya su lugar en la *almohadilla*. ¡Don Agapito se acercó a la ventana, hizo un requiebro⁴ a *Clori*, y estirándose el cuello de la levita le presentó

¹ Anónimo [atribuible Justo Sierra O'Reilly]. "La almohadilla". *Museo Yucateco* I. 1841, 197-199.

² *Necese*: (del francés *nécessaire*) "caja o estuche con objetos de costura" (NTLLE 1846).

³ *Chayro mío*: el término coloquial *chayro* o *chairo* aparece de manera frecuente en la literatura popular andaluza para nombrar a un personaje de pueblo, mujeriego, un tanto pendenciero y aficionado a las serenatas y a cantar coplas amorosas. En un número del *Semanario Pintoresco Español* de 1839, aparece el poema "La serenata", del costumbrista español, que también colaboró en la publicación de *Los españoles pintados por sí mismos*, José María de Andueza; ahí se bosqueja el retrato del *chayro* en unos versos (*Semanario Pintoresco Español*, I. 100-102).

⁴ *Requiebro*: "el dicho o palabra dulce, amorosa, atractiva con se expresa la ternera del amor" (NTLLE 1846).

a la *dernière*⁵ un vistoso tulipán? La buena *Clori* luce el tulipán en su moño por todo el día, y a la noche va a parar a la *almohadilla* a hacer honrosa compañía al clavel que regaló don Isidro, al nardo de don Abato, a la azucena de don Aquilino, al narciso de don Telésforo, al girasol de don Crispín, al laurel de don Saturnino, al jazmín de don Teófilo, a la rosa de don Agatón, a la amapola de don Espiridión, y a mil otras flores al fin; porque *Clori* se recrea y regocija con que le regalen flores que recibe de todos los jóvenes no por nada mal, sino porque... es muy dada a las flores y gusta mucho de ellas. ¡Un aprendiz de escribano hizo a *Juanita* una venia⁶ y volvió a hacérsela, y repitió la operación, y arrugó los labios, y mostró un papel, y se le admitió, y se levó⁷ con gusto...? A la gaveta de la *almohadilla*. Van diez y siete, dice *Juanita*; el pícaro colegial que remitió la primera no volvió por la respuesta; al aspirante de marina conforme le entró la ira, le fue entrando la templanza; el flautista se contentó con entonarme dos *bemoles*; el boticario se aburrió muy pronto, y si más tardara, se habría atrevido a virarme con *ácido prúsico*;⁸ el tendero de la esquina es un socarrón⁹ que me iba a dejar planificada en hora harto intempestiva; el... En fin, ya veremos qué tal lo hace el aprendiz... porque al cabo, una no se ha de quedar para vestir santos, que aunque piadosa, es sin embargo muy solterona ocupación. *Juanita* no tiene más que diez y seis años, y a hace tres que calcula de ese propio modo. ¡Qué tal si lo dejara para después! —En la sección epistolaria de una *almohadilla*, ocupan un lugar no pequeño las cartas de las amigas que viven en la vecindad, todas, poco más o menos, por el estilo de las tres siguientes que tengo a la vista, porque se las robé a cierta niña conocida mía. Helas aquí:

⁵ *Dernière*: (vocablo francés) la última (NÚÑEZ).

⁶ *Venia*: “inclinación que se hace con la cabeza, saludando cortésmente a alguien” (NTLLE 1853).

⁷ *Levarse*: “moverse, irse” (NTLLE 1853).

⁸ *Ácido prúsico*: ácido cianhídrico, mejor conocido como “cianuro”, líquido incoloro, muy venenoso; en la tradición literaria romántica es común la alusión al uso de este veneno para dar trágico fin a las cuitas de amor.

⁹ *Socarrón*: “astuto, bellaco y disimulado” (NTLLE 1846).

Primera:

Chinita mía:

si vas esta tarde a San Román, como dijistes [sic] a Petrona, no dejes de pasar por mí, porque ya sabes que quiero ir siempre a San Román. Dale saludos a tu hermana S..., a tu hermana C... y a tía N...

Tuya de corazón, R...

P.D. Saludarás también a tu mamá, y dice mamá que la saludes de su parte.

Tu amiga. Vale.

Vamos a la segunda:

Querida C...:

Me alegraré que al recibo de ésta te encuentres sin novedad, en compañía de tus hermanas M.J..., S... y Ch... a quienes darás muchas saludes de mi parte y de parte de mamita. Querida, el encaje que me distes [sic] esta mañana cuando estuve en tu casa, no alcanza, y si te parece que le pongamos el dibujo que mandó P... creo que será mejor. Dice M... que las mangas del túnico *antiado*¹⁰ están cortas, y que les puedes soltar el buche¹¹ que está cerca del cuadrado. Esta noche nos veremos y puede ser que vayamos al muelle porque es noche de luna. Adiós, tu amiga M. C...

Tercera

Amiga mía: *asme el favor* de no mostrar las cartas que te escribo, porque me enoja contigo. Aura me mostró J.S.¹² una que cogió en tu almohadilla porque eres muy descuidada, y lo peor es que aquella en te dije que íbamos a San Román,¹³ y también supo, seguramente

¹⁰ *Túnico antiado*: *túnico*: vestido exterior de mujer (NTLLE 1846); *anteado*: de color amarillo anaranjado (DA).

¹¹ *Buche*: la arruga o bolsa que hace la ropa que no sienta bien (NTLLE 1846).

¹² J.S.: es evidente que estas iniciales se refieren al nombre del autor del artículo, Justo Sierra.

¹³ *San Román*: el barrio de San Román se encontraba al oeste del recinto amurallado de la ciudad de Campeche. A principios del siglo XIX, la población de este barrio trabajaba en los astilleros de la industria naval, pero también era recinto de militares, jornaleros, artesanos y algunos comercian-

porque tú se lo dijiste, que ese mismo día habíamos ido al castiyo de San Miguel¹⁴ y se me cayó el abanico dentro del foso; ya sabes que J.S. tiene mucha tijera y es muy malvado. Tulla de corazón R...

Por más empeño que tomé, nunca pude averiguar quién era ese desventurado J.S. a quien se había mostrado la pequeña epístola, y que tan bien lo recomendaba la niña R... ¡Sería tal vez alguna niña traviesa,¹⁵ la tal escritora!

Por lo demás, una *almohadilla* es un caos de pequeños fragmentos de moldes, muestras de sedas y zarazas, terrones de pintura, carretillas de hilo, alfileteros, papeles de música, canuteros, dibujos, dechados de bordar, confites, ganchos, broches a millares, pastillas de goma, cordones, barbas de ballena, cintas, botones, y en tal *almohadilla* he visto hasta *munitiones de agua*, quien sabe con qué objeto, que nunca pude comprenderlo. Una *almohadilla* es un *álbum*, un repertorio, una sociedad filarmónica, un gabinete de lectura, un mostrador, un depósito, una lonja, una casa de contratación, una Aduana; es... ¡qué se yo! Un *Museo* de curiosidades artísticas y naturales.

Hay *almohadillas* de caoba y de carey con vistosos adornos y caprichos. Hay niñas, sin embargo, que prefieren la *almohadilla* que sirvió a sus abuelas con una inscripción de *viva Carlos III*, con blasones, armas y cascos. Entonces una *almohadilla* es ya un monumento histórico, un libro de ejecutorias en que puede estudiarse la ciencia heráldica. ¡Qué diablos de chisme es ése, (me preguntó el otro día un marino) que siempre tienen sobre las rodillas las mujeres femeninas? ¡Diantres! ¡No parece el casco de

tes. Al extremo del barrio estaban el cementerio general, el Hospital de San Lázaro —en el que se desarrolla la famosa novela de Justo Sierra, publicada en el *Registro Yucateco*— y la hacienda Buenavista (ALCALÁ).

¹⁴ *San Miguel*: el castillo o fuerte de San Miguel, formó parte del sistema de fortificación de la ciudad de Campeche, se ubica en un terraplén elevado, bordeado por un foso atravesado por un angosto pasillo curvilíneo, que comunica hacia la puerta principal donde había un puente levadizo. Es aún el fuerte más grande que sirvió para la defensa de la ciudad, y se conserva en buen estado (CNMH).

¹⁵ Se refiere al artículo de costumbres “A las niñas traviesas”, también de la autoría de Justo Sierra O'Reilly.

un bergantín con cámaras, camarotes, jardines, santa Bárbaras,¹⁶ bodegas y ranchos de proa...?¹⁷ —¡Ah, ah! —le contesté— eso es una *almohadilla*.

¹⁶ *Santa Bárbaras*: santabárbara: “es el paraje destinado en los buques para custodiar la pólvora u otros explosivos. Recibe el nombre por Santa Bárbara, patrona de los astilleros, cuya imagen, por lo común, se coloca en ese lugar” (DMAR).

¹⁷ *Rancho de proa*: “paraje determinado en las embarcaciones mercantes para que se alojen los individuos de la tripulación” (DMAR).

Un lance cómico¹

Entre los varios sucesos del carnaval último de esos días de locura y furor, ocurrió en una esquina próxima a mi casa, cierto lance tan cómico, que la risa me reventara los ijares, si para evitarlo, no hubiera tomado mis precauciones. Es el caso, que por la ciudad se pasea gravemente un esbirro² vejancón, de facciones ominosas, de mirar torvo y sañudo, de ceja espesa y canosa, de locución hueca y gutural con sus asomos de maliciosa y siniestra, que con su grueso garrote, camisa y calzoncillos largos, es el terror y espanto de la gente menuda, y el objeto de cierta empatía para las gentes sensibles y filantrópicas, desde que el desventurado, compelido sin duda de la aquejadora necesidad, se prestó para ser uno de los tiradores voluntarios que la justicia solicitó en vano por mucho tiempo, para hacer ejecutar la sentencia de muerte pronunciada contra el criminal Isidro Callús, que más adelante fue indultado por el Congreso, y hoy anda en los trabajos públicos. Estaba, pues, un grupo de jóvenes en la expresada esquina haciendo inútiles esfuerzos para emplear su maldita *agua colorada*³

¹ Anónimo [atribuible a Vicente Calero]. “Un lance cómico”. *Museo Yucateco* II. 1842, 79-80.

² *Esbirro*: “persona que ejecuta acciones violentas, ilegales o deshonestas por órdenes de otra: ‘Las ideas no pueden ser quemadas por los esbirros de ningún dictador’” (DEM).

³ *Agua colorada*: durante la fiesta de Carnaval, en el siglo XIX, se convirtió en una tradición lanzar huevos llenos con agua teñida a los transeúntes (IRIGOYEN). Diversos comentaristas de costumbres de la época, como Vicente Calero, Manuel Barbachano, o Fabián Carrillo Suaste, manifestaron en algunos artículos su aversión a esta práctica que, al parecer, en ese tiempo recién se incorporaba como parte de la celebración carnavalesca. Calero, en el artí-

contra otro grupo de bellezas que se había parapetado⁴ detrás de la cornisa de una azotea elevada, cuando he aquí que nuestro hombre se presenta con paso mesurado, y... zas, recibe *hóspite insalutato*⁵ un huevo gigante en las narices. Transportado de cólera y de furor, comenzó desde luego a blandir con fuerza su tosco garrote y a lanzar miradas hoscas y bravías contra el imprudente agresor, que de pronto quedó cortado, y como arrepentido de lo hecho, con cuyo motivo adquirió nuevos bríos el esbirro, y en su elación presuntuosa se creyó autorizado para proferir tremendas amenazas. Indignado otro de los concurrentes, se le acercó a la distancia de seis pasos, y sin ceremonia le estampó otro huevo en la boca, en términos de repelerle para dentro de una manera *asaz* graciosa la palabra pendiente. Enfrascado, el ofendido se puso en guardia y en actitud de llevar a debido efecto sus expresivas amenazas; en cuyo momento, recobrando bríos, el primer agresor se pertrechó de más de cien huevos, y sin dar lugar de respirar al infeliz paciente, ni de poner en acción el *tumba mulato*⁶ que blandía, le arrojó todos los huevos, estrellándose en la barba, ojos, nariz, boca, cabeza, pecho, espalda, y más que todo en los pies que subía y bajaba alternativamente presentando una figura grotesca y ridícula. El esbirro insistió en su primer intento; pero agobiado de aquella lluvia, que más parecía de guijarros de a puño, que de almendras garapiñadas, puso los *pies en polvorosa*⁷

culo “El carnaval”, publicado en 1846 en el *Registro Yucateco*, se lamenta de la decadencia de las fiestas de Carnaval en Mérida, y alude, en particular a esta práctica de lanzar agua colorada, o teñida: “se acabaron las máscaras y los disfraces, y no hay que preguntar el motivo: nadie quiere que al pasar por las calles se le vaya echando desde las azoteas agua, que no sólo mancha los vestidos, sino que puede causar graves enfermedades, razón por que debiera prohibirse severamente este brusco ataque dado a la salud pública” (*Registro Yucateco* 1846).

⁴ *Parapetar*: “precaer de un riesgo por algún medio de defensa” (DA).

⁵ *Hóspite insalutato*: frase latina para explicar el modo con que alguno entra o sale de una casa sin usar la política introducción o saludos comunes. Sin aviso, de forma inesperada (HERRERO).

⁶ *Tumba mulato*: garrote.

⁷ *Poner pies en polvorosa*: huir, escapar con precipitación y ligereza (CORREAS).

tomando las de Villadiego,⁸ y se vio perseguido por cuantos se encontraba, hasta que se perdió de vista y más allá. ¡Lo que es el carnaval, y lo que son los muchachos traviesos!

⁸ *Tomar las de Villadiego*: Ausentarse impensadamente, de ordinario por huir de un riesgo o compromiso (DAE). Existen varias explicaciones del origen de esta expresión. José María Iribarren, en su libro *El porqué de los dichos* (Madrid: Aguilar, 1956) ofrece una completa relación de las diversas interpretaciones sobre el origen de este dicho. El autor refiere, como una de las más acertadas, la siguiente explicación: “debido a que en los tiempos de Fernando III el Santo se extremaron las precauciones contra los judíos en Burgos y Toledo, el rey se decidió a proporcionarles como asilo seguro, como ciudad de refugio, el poblado de Villadiego. Y cómo, por precepto real, los judíos llevaban traje distinto de los demás ciudadanos, cuando se veían en peligro abandonaban esa vestimenta para huir y ‘tomar las de Villadiego’, es decir, para acogerse a los privilegios y encomiendas de los que habitaban esta villa”. El dicho aparece, en algunos autores, como “tomar las calzas de Villadiego”. Iribarren argumenta que, probablemente, la alusión a las calzas se deba a que los judíos refugiados en Villadiego debían usar, como distintivo, unas “calzas o calzones” llamativos por su color o su forma (IRIBARREN).

Las diligencias y la feria de Izamal¹

Mi muy querido amigo: no puedo negarte que me pones en un conflicto real y efectivo, cada vez que te viene a cuento pedirme artículos originales para el *Museo*, cuya publicación dejé a tu cargo; tienes razón, ya lo veo. Pero engolfado en los chismes de la capital, triscando por la noche con mis amables paisanas, contemplando a otras que lo son tuyas (y a fe, tan linda, plácida, risueña y graciosa alguna de ellas, que se siente una verdadera delicia estando a su lado) ¿qué he de escribirte y remitirte que valga la pena? No tengo tiempo, ni tranquilidad; pero no encuentro materia para obsequiar tus muy injustas insinuaciones. Te ofrezco que muy pronto estaré por allí, y... hablaremos entonces, pues por lo que es escribir ahora, de veras que no me siento con valor para el efecto. Sin embargo, considerando que llevarías muy a mal mi silencio, aun sobre los otros particulares de tu carta, te hablaré ligeramente sobre ellos.

Deseas dar un paseo por esta hermosa capital y me preguntas que si puede un honrado hijo de vecino, que cuida muy por menor de su individuo, aventurar su frágil humanidad en una de las diligencias que acaban de establecerse de Mérida a Campeche. Para darte una respuesta categórica era preciso saber hasta qué punto te empeñas en complacer a ese tu descarnado y enjuto cuerpo, pues no hay duda que los huesos sufren algo más que los músculos, en los choques fuertes. Puedo asegurarte, que un viaje en la nueva *diligencia* no es mejor a la verdad ni más cómodo, porque hay necesidad de ciertas cosas que la empresa no puede ni debe suplir, obstáculos que a ella no toca superar, y que sin

¹ Justo Sierra O'Reilly. "Las diligencias y la feria de Izamal". *Museo Yucateco* II. 1842, 15-19.

embargo los arrostra a merced de mucho dispendio de fuerzas y dinero. No puede ser más laudable un empeño más decidido. Los coches, en efecto, son magníficos, fuertes, cómodos y contruidos con el mayor esmero, lujo y elegancia: los caballos son vigorosos, robustos, jóvenes y bien tratados; las postas² están muy proporcionalmente distribuidas por la carrera; los cocheros son hábiles y diestros en el manejo de las riendas; pues para desterrar cualquier viso de preocupación que pudiera existir en algunos jóvenes, los empresarios mismos suelen echarse encima esta penosa y recia carga, que no deja de ser fatigante, y a veces peligrosa. Pero el camino es verdaderamente infernal, no todo él, sino el trozo corto que media entre Campeche y el pueblo de Tenabo.³ A veces las piedras se hallan tan multiplicadas y erizadas, que el menor efecto que causan, es obligarlo a uno a hacer tales gestos y visajes tan raros que provocarían la risa del más grave y circunspecto viajero. Aquella es una escena originalmente grotesca. Me acuerdo como si fuera hoy, que mis pobres narices estuvieron a pique de sufrir una atroz y lamentable desgracia, en medio de aquellos críticos sacudimientos. En hora menguada dirigía la palabra a una señora que tenía enfrente, cuando ocurrió uno de esos tremendos y espantosos balances; mi cabeza fue a chocar con violencia sobre la frágil y perecedera cabeza de mi vecina y sin saber cómo, mis narices se encontraron escoradas en la boca de la buena señora, que nada tenía de desmolada, y casualmente la abría para responder a una de mis preguntas. Sorprendida con la presencia de un cuerpo tan extraño en un

² *Postas*: “conjunto de caballerías que se apostaban en los caminos a distancia de dos o tres leguas, para que los tiros, los correos, etc., pudiesen ser renovados” (DAE).

³ *Tenabo*: “población localizada a 36 kilómetros de la ciudad de Campeche; esta ciudad a la llegada de los primeros españoles pertenecía al cacicazgo de Ah Canul con el nombre de Tnab. En 1544, después de consumada la Conquista, el territorio fue adjudicado al español Juan Gracia de Llanes quien lo tomó a su cargo y llamó Tenabo, perteneció a María Josefa Gracia cuando las Encomiendas desaparecieron en 1786. En ese año pasó a formar parte de la municipalidad de Hecelchakan, posteriormente se elevó a la categoría de pueblo y se convirtió en villa al constituirse en cabecera del municipio de Tenabo en 1917” (MDEC).

lugar en que no lo esperaba, apretó con tal fuerza y pujanza, que me desnarigara sin duda, si los robustos brazos de un coronel que también viajaba en nuestra compañía, no hubiera puesto fin y término a semejante aventura, para mí muy desagradable y poco galante; un gran trecho de tiempo me estuve restregando la parte herida, y en adelante procuré escudarme lo mejor que me fue posible. Varios lances ocurrieron por el mismo estilo. Acuérdomo también, que en uno de esos fuertes sacudimientos, se desenganchó el correón⁴ que sirve de respaldo a los asientos de en medio del coche, y el coronel con dos jóvenes que tenía a derecha e izquierda se encontraron súbitamente arrastrados hacia atrás, cayendo entre los pies de los que tenían a sus espaldas. Unos y otros lanzaron un gran grito, que no sólo zahoró⁵ y consternó a todos los viajeros, sino que además hizo que los caballos se desbocaran por un gran trecho, que siendo tan áspero como el anteriormente andado, ofreció mil embarazos y confusión, y no fue sino después de mucho tiempo, que pudo restablecerse el orden. Ya verás que de esto no se tienen la culpa, ni los empresarios, ni los cocheros, ni los viajeros: es única y exclusiva del camino que puede ser tan persona como el que más.

De resto, las molestias que ofrece el viaje en nuestras *diligencias* son muy llevaderas y soportables, y si se viaja con personas de buen humor, te protesto que el camino se hace insensible. Ahora si te encuentras con personas pesadas, groseras y egoístas, *pardiez*⁶ que se entregaría cualquiera a la desesperación, como me sucedió en un viaje de Méjico a Toluca, en que tuve las desgracias de llevar por únicos compañeros a un maldito inglés muy retobado,⁷ y a un gallego que solo hablaba de blasfemias y sodomías por aquella boca de infierno. Por lo mismo, yo no vacilo en aconsejarte que te resuelvas a venir en *diligencia*, si es que piensas dar un paseo por acá, como me indicas.

⁴ *Correón*: “correa para suspender la caja de los coches antiguos” (DAE).

⁵ *Zahorar*: “tener una merienda o comilona de amigos en que hay mucha bulla y zambra” (NTLLE 1846). En este texto, el autor lo utiliza con el sentido de alborotar, de hacer bulla.

⁶ *Pardiez*: por Dios (NTLLE 1846).

⁷ *Retobado*: “persona taimada e hipócrita; persona despreciable” (MOLINER).

También quieres saber con empeño, si me gustó la feria de Izamal. Te diré en contestación, que aunque hace algunos años que conozco esa feria, y que en ella me he divertido y gozado mucho y a toda mi satisfacción, en esta última sin embargo, me ha cabido tanta y tan plena que no tengo inconveniente en asegurarte, que he pasado estos pocos días como los más felices y contentos de mi vida. Es preciso convenir que en muy raros años se presenta una concurrencia tan numerosa y escogida como en este 1841.⁸ En efecto, llegué a esta ciudad, sin acordarme siquiera que estábamos tan próximos a la feria, pues que los asuntos que traje, se parecen tanto a ella, como *un huevo a una castaña*.⁹ Pero al observar un movimiento tan activo, y notando que la sociedad meridana se me escapaba por decirlo así con tal velocidad que se me desaparecían todos mis amigos y conocidos, todas mis antiguas y amables paisanas, me fue preciso ir a buscarlos en su reunión. Como arrastrado por un torrente, tomé un asiento en la diligencia y en poco más de seis horas, ya estaba en medio de aquella bulliciosa y animada concurrencia. Allí paseos, bailes, comilonas, juegos, compras y ventas, etc. Mi ocupación en esos días de holgura y regocijo, era idéntica a la de todos los demás, que no habían ido a negocios mercantiles, pues la de estos era harto seria y grave para distraerse con asuntos que nos les importaba un bledo. Allí tuve el gusto de renovar antiguas e interrumpidas relaciones, abrazar a varios compañeros de colegio, estrechar más los vínculos de amistad que me unían a muchos amigos de quienes me había alejado, saludar a conocidos. Allí en fin hallé cuanto deseaba; pues de todas partes y por todas direcciones se reúnen en Izamal las gentes, los frutos, los productos y artefactos de los distintos pueblos del estado. Es en suma, el *rendez-vous* gene-

⁸ El 4 de diciembre de 1841 se le otorga a Izamal el título de ciudad. La feria más importante de Izamal, desde la época colonial hasta la actualidad, es la dedicada a la Virgen de la Inmaculada Concepción, y se celebra los días 7 y 8 de diciembre. Queda claro que el autor del artículo alude a la coincidencia de ambas celebraciones, la fiesta por el nombramiento de ciudad y la feria religiosa, que tuvieron lugar en 1841, en el mes de diciembre.

⁹ *Parecerse como un huevo a una castaña*: "para ponderar la semejanza de cosas que se comparan entre sí" (DA).

ral de todos los yucatecos, entre los cuales no falta entonces una multitud de extranjeros, atraídos por natural curiosidad. ¡Días de placer inocente, de amor, de amistad y de recuerdo! ¡Días que cuando han pasado dejan un vestigio profundo en el corazón de un hombre sensible!

La distribución del día, era para mí la historia de un goce, de un placer puro. A las seis de la mañana, ya estaba en la soberbia confluencia de las dos ranflas¹⁰ que dan subida al magnífico y suntuoso atrio de la iglesia parroquial, por el lado norte.¹¹ Por allí suben generalmente los romeros y devotos, que van a visitar el templo y suntuoso camarín de la virgen;¹² los que van a emplear en siete, colchas, servilletas, ceñidores y mantas del país: los que negocian en cera, en prendería¹³ y en diversas obras de alfarería, como *pitos*,¹⁴ jarros, cajetes¹⁵ y demás.¹⁶ Luego bajaban

¹⁰ *Ranfla*: “rampa, declive. También se dice rambla” (NTLLE 1846).

¹¹ El monasterio y la parroquia principal de Izamal, se edificaron sobre los cimientos y con las mismas piedras de uno de los templos sagrados de Itzamná, el llamado cerro de *Itzamatul*. John Lloyd Stephens, en la crónica de su *Viaje a Yucatán* entre 1841 a 1842, misma época de la celebración referida en este artículo de costumbres, describe de la siguiente manera la iglesia parroquial de Izamal: “en el costado Sur de la plaza está [...] la gran iglesia y convento de frailes franciscanos que se encuentran en una altura, y dan a la plaza un cierto carácter peculiar que no posee ninguna otra en Yucatán. Dos ramales de escalones de piedra guían hasta esa altura, y la área en que termina puede conjeturarse de doscientos pies en cuadro: en tres de sus lados hay una columnata que forma un paseo magnífico, desde el cual se obtiene una vista extensa de toda la ciudad y su comarca. Esta elevación es evidentemente artificial, pero no obra de españoles”.

¹² El camarín de la Virgen de Izamal fue construido en agradecimiento a su intercesión que permitió acabar con la terrible epidemia de una nueva especie de fiebre amarilla que asoló a la población en 1648.

¹³ *Prendería*: “comercio de prendas, alhajas, muebles” (NTLLE 1846).

¹⁴ *Pito*: “pequeño instrumento de viento, cilíndrico, que da generalmente un solo sonido agudo: *tocar el pito*” (DEM).

¹⁵ *Cajete*: “vaso o pequeña vasija de barro cocido sin vidriar, de piedra o de madera, de forma convexa” (DEM).

¹⁶ El comercio fue una actividad importante en Izamal, debido a su ubicación intermedia entre Mérida y el campo; era un centro receptor y distribuidor de productos agrícolas y manufacturados de primera necesidad, así como santuarios. Además, el gran número de peregrinos, que acudían al santuario

todos los espectadores, que son los más y de cuyo número era yo, a la plaza chica en que se hace la feria de los caballos, mulas acémilas y demás piezas de carga; enseguida recordaríamos todos los almacenes de ropa, quincallería¹⁷ y abarrotes; después las vinaterías; concluyendo el paseo por entre la plaza grande, viendo las buherías,¹⁸ piedras de moler, bateas,¹⁹ toyas, tinas, tosas, bigas, rollizos, almidón, cebo, algodón y todo cuanto comprendía el mercado, en aquellas primeras horas, que no desperdiciaban las señoritas, a quienes encontrábamos o acompañábamos a menudo. Después del abundante y rico almuerzo, concurríamos a las bien servidas sociedades, unos a descamisarse horriblemente en el juego, y otros a pasar el rato, como yo, en el tresillo, vacuna o *ecarté*,²⁰ tomando deliciosos helados sorbetes y otros refrescos. De la una a las tres de la tarde, había un baile; el resto de ella, se concluía en la mesa y en los paseos sobre los cerros, obras atrevidas, acabadas y robustas de los antiguos indios que tuvieron un santuario célebre en el mismo sitio en que hoy está la ciudad de Izamal.

La noche ofrecía mil espectáculos diversos, que es difícil enumerar. Te hablaré del que yo prefería, que era el baile. Poco después de las oraciones se reunía un brillante cuadro de jóvenes de ambos sexos, en los portales de una de las casas que servían

de la Virgen de la Concepción, favoreció grandemente la actividad mercantil (Raúl Ancona Mena. "Izamal, su evolución urbano arquitectónica". *Cuadernos de arquitectura virreinal* 14. 1993, 15-30). Durante las ferias, o celebraciones religiosas, como la que describe este artículo, se incrementaba el número de comerciantes que llegaban a la villa a ofrecer sus artículos.

¹⁷ *Quincallería*: "comercio de quincalla". *Quincalla*: "conjunto de objetos de metal, como dedales, tijeras, imitaciones de joyas" (NTLLE 1855).

¹⁸ *Buherías*; *bujerías*: "mercaderías de estaño, hierro, vidrio, etc., de poco valor y precio" (NTLLE 1803).

¹⁹ *Batea*: "tina o bandeja de madera tosca, tallada en una sola pieza, de boca más ancha que la base, fondo plano y forma generalmente oval o cuadrangular, que se usa principalmente para lavar ropa" (DEM).

²⁰ *Tresillo*, *vacuna* y *ecarté*: juegos de naipes carteados de origen español y francés que eran muy populares en la sociedad peninsular del siglo XIX (Saturnino Calleja. *Manual de juegos de naipes: con baraja española y francesa*. Madrid, 1907).

de sociedad. Allí la diversidad de los trajes; la elegancia de los adornos; la belleza angelical de las jóvenes, entre las cuales había tres lindas campechanas; todo, todo llamaba muy particularmente la atención de los concurrentes. En esos bailes inocentes desaparecía la rígida etiqueta, y tampoco se veían ciertos rasgos extravagantes y hasta cierto punto ridículos, que se estilan en los bailes de la capital y Campeche. ¿No has visto en efecto, ese aislamiento en que nuestro sexo deja al otro en una reunión de esta clase? ¿No has notado la poca comunicación que hay entre los jóvenes y las señoritas? ¿No has observado repetidas veces que una niña no se levanta de su duro y martirizante asiento, sino dando la mano a otra, como temerosa o avergonzada de que se la vea sola o en unión de un caballero, atravesar la sala de baile? ¿Y no has visto en fin, que los hombres se están solos en los corredores o balcones y cuando tienen que presentarse en el estrado, lo hacen con timidez, cortados y pisando pochote,²¹ como suele decirse? Pues nada de esto había en Izamal. Todo era franqueza, jovialidad y alegría noble; no aquella indecente familiaridad con que tratan algunos ignorantes de las buenas maneras sociales a las señoritas que tienen la desgracia de encontrarse con un hombre tonto o malcriado, en cuyo caso las amables criaturas sufren un mal rato, o a lo sumo emplean sus tijeritas en justo desahogo de algunas groserías.²²

En uno de estos bailes tuve ocasión, para mí muy grata, de renovar mi amistad antigua con una respetable señora que vive hace mucho tiempo por los pueblos del interior; pero que es gran conocedora de los usos, costumbres y maneras de la sociedad meridana, a la cual perteneció muchos años. Señora preciosa, de buen gusto y de tacto muy fino, reunía un buen caudal de ideas y talento poco común. Sus observaciones eran graciosas, picantes y muy oportunas; me hacía frecuentemente pinturas tan

²¹ *Pochote*: especie de algodón blancuzco que rodea las semillas del fruto del árbol del mismo nombre, y que se utiliza como relleno de colchones y almohadas (DEM). *Pisar pochote*, en ese sentido, significa caminar con cautela, con timidez, como pisando algodón.

²² Con esta frase el autor hace referencia a otro de sus artículos de costumbres, también publicado en el *Museo Yucateco*: “A una de tijeras”.

vivas que me proporcionaban felices momentos de distracción. Hablando de las niñas coquetas me decía: “El manejo de la coquetería exige un discernimiento más delicado, que el de la urbanidad; porque con tal que una mujer cortés, lo sea con todos, siempre obra bien; pero la coqueta perdería muy pronto su imperio, si se sometiese a esta poca diestra uniformidad. A fuerza de querer obligar a todos sus amantes, los disgustaría y ahuyentaría a todos. El modo de tratar a los hombres, que una señorita tiene en sociedad, no deja de agradar a cada uno de ellos; con tal que sea bien tratado, no hace mucho caso de las preferencias; pero en amor, un favor que no es exclusivo, es una injuria. Un hombre sensible quería cien veces mejor ser maltratado solo, que acariciado con todos los otros, y lo que aún puede ser peor, no ser distinguido. Por lo mismo una mujer que quiera conservar muchos amantes, debe persuadir a cada uno que lo prefiere; y que lo persuade a la vista de los otros con quienes hará lo mismo respecto del primero. Aquí tiene usted enfrente (me decía señalándome a un joven farolón²³ de levita gris con trazas de petulante) a un hombre confuso, cortado y desgraciado. Observe usted qué figura tan necia hace en medio de esas dos jóvenes, con cada una de las cuales conserva inteligencias secretas, esto es, hacer creer que las ama; ¿no es verdad que está haciendo un papel hartamente ridículo? Es que regularmente los hombres tienen poca habilidad para manejar esta clase de asuntos: el mentecato cree sin embargo, que desempeña a las mil maravillas; y no ve que la joven de los ojos negros y boca pequeña que tiene a su izquierda, se ríe de él en sus narices”.

“Por el contrario (añadía), ponga usted la vista sobre esa niña del túnico azul y pañoleta de bobiné,²⁴ y que está sentada en medio de esos dos jóvenes estafalarios peinados y aliñados, no ya a la romántica, sino a la *furiosa* como decía aquella otra *niña traviesa* de que se habla en un artículo del *Museo*. ¡Qué cosa tan graciosa! ¿no se admira usted de la habilidad con que engaña a

²³ *Farolón*: “vano, ostentoso, amigo de llamar la atención” (DAE).

²⁴ *Pañoleta de bobiné*: paño blanco, muy fino, con encajes, que caía sobre los hombros y se ataba sobre el pecho. Solían usarlo las jóvenes los días de fiesta.

ambos, y hace que cada uno se ría del otro? Pero si esta mujer les dispensase la misma confianza, y tuviese con ellos la misma familiaridad ¿cómo sería posible que por un solo instante fuesen su juguete? Tratándolos igualmente ¿no demostraría que ambos tenían igual derecho sobre ella? ¡Oh, qué diferentemente procede! Lejos de tratarlos del mismo modo, afecta poner entre ellos cierta desigualdad; lo finge tan bien que aquel a quien lisonjea, cree que lo hace por ternura, y aquel a quien maltrata, cree que es por despecho. Así cada uno, contento con su parte, siempre la ve ocuparse de él, al paso que ella no se ocupa sino de sí misma. He allí las mujeres. Cierta coquetería burlona y maligna alucina más a los adoradores, que el silencio y el desprecio. ¡Y qué placer no es ver a un pisaverde, a un mechudo romántico con su cara de corchete, todo desconcertado, confundirse, turbarse y perderse a cada respuesta y lanzar contra sí unos tiros menos ardientes, pero más agudos que los del amor! Así discurría mi buena amiga, y te confieso que encantaba su modo de explicarse, su crítica tan fina y graciosa. Ello es que de cada una, me hablaba con tal maestría, que muchas veces, durante el baile, no observaba sino lo que ella hacía notar. De todas las jóvenes y de todos los hombres dijo alguna cosa; tal vez hablaba con mordacidad y acrimonia. Pero ¿qué quieres?... ¡Era mujer!

El último día de la fiesta había en el atrio, plaza y avenidas de la iglesia una reunión de más de cincuenta mil personas, tal vez. Al siguiente volví a la capital, en que hemos comenzado de nuevo a oír hablar de chismes y cuentos políticos. En Izamal no había nada de eso.

En fin, querido amigo, saluda a las lindas y siempre interesantes campechanitas, principalmente a aquella graciosa, viva y exaltada morenita, que no ha amado aun, porque no hay un hombre que sepa penetrarse de lo que vale su alma de fuego, y manda a tu amigo Q. T. M. B.²⁵

José Turrisa²⁶

²⁵ Que tu mano besa.

²⁶ Seudónimo de Justo Sierra O'Reilly, anagrama de su nombre.

¿Cuál de las tres?¹

¿Veis ese magnate que no puede salir sino en calesa,² aunque sea para ir al teatro, que sólo dista veinte pasos de su casa; que en la iglesia se abre camino para ocupar el mejor lugar y arrellanarse en uno de los más cómodos sillones; que tiene a menos devolver el saludo a quien le baja el sombrero hasta las rodillas, por ser un jornalero o menestral pobre,³ aunque honrado, y que apenas se digna hacer una ligera inclinación de cabeza a las personas más caracterizadas, siempre que se hallen un poco más abajo que él en la escala social? Ese es un noble o un alto funcionario.

¿Veis ese personaje, rodeado de sirvientes, en una mesa opípara, la cual sería bastante para que saciase su hambre una comunidad, cuyo costoso ajuar y elegantes atavíos forman contraste con los humildes muebles y andrajosos vestidos del infeliz; y a quien halaga, cada momento, la presencia o el sonido de su plata y de su oro? Ese es un rico, un usurero.

¿Veis ese hombre que se pasea lentamente por aquella calle de árboles en la Alameda,⁴ y que no hace caso de nada de cuanto

¹ Anónimo. “¿Cuál de las tres?”. *Registro Yucateco* I. 1845, 62-63.

² *Calesa*: “carruaje que se compone de una silla de madera cubierta de baqueta, abierta por delante, puesta sobre dos varas con dos ruedas” (NTLLE 1846).

³ *Menestral*: que tiene un oficio mecánico, que gana de comer por sus propias manos (NTLLE 1846).

⁴ En su *Catálogo histórico de Mérida*, Gonzalo Cámara Zavala, refiere que, a finales del siglo XVIII, el gobernador don Lucas de Gálvez mandó construir el Paseo de la Alameda. Tenía tres calles: la del centro para los peatones y las dos laterales para las volantas (coches de caballos). El paseo fue bien sembrado de árboles y se colocaron gran número de bancos de piedra. Se le conoció tam-

le rodea, y su traje es sencillo y casi descuidado, y sus ojos vivos y penetrantes? Ese es un sabio, un artista.

Vienen luego los estragos del huracán y el campo de la vida queda totalmente devastado: la decoración se muda, con la misma rapidez que en el teatro, y es ya otra escena la que se representa. El noble y el empleado han tenido que emigrar y han ido a confundir su grandeza entre la sucia plebe de otra nación; o bien, ha habido en su país un cambio absoluto de cosas y de personas, que ha proscrito para siempre sus títulos, sus cruces y sus rancias ejecutorias, o suprimido sus empleos. El rico, ¿hay cosa más fácil que caer en la indigencia? El libro de Job es un libro que ninguno debe dejar de la mano.

¿Y el literato y el artista? ¡Oh! Ésos son aún literato y artista. Sea que hayan permanecido tranquilamente en su patria o que la envidia, la sed de venganza, las discordias políticas y las demás pasiones juntas, los hayan lanzado del suelo en que vieron la primera luz, tienen en sí su nobleza y su riqueza, y lo que es más ventajoso todavía, las llevan consigo a todas partes, sin gasto ni detrimento alguno. En donde quiera que existan hombres, puede desplegarse el genio y tienen lugar las ciencias, y se ejercitan las artes.

He aquí tres aristocracias, propiamente hablando: la de la nobleza, la de la riqueza, y la del ingenio. ¿Cuál de las tres será más útil y apreciable?

Uno de tantos

bién como Paseo de las Bonitas, “seguramente por las muchas lindas damas que lo frecuentaban. En el siglo XIX era el lugar de moda preferido de las reuniones” (CÁMARA).

Dificultad insuperable¹

—Sabe usted —decía, pocos días hace, un lector del *Registro* a otro que también lo lee— que este periódico será bueno, yo no lo niego, costará algunas vigiliass a sus autores y ellos pondrán en su redacción un empeño decidido, pero a la verdad tiene partes, tiene artículos que a mí no me gustan.

—Yo no soy de la misma opinión, señor don Lucas; muy al contrario, en mi juicio este cuaderno, digno de aprecio como obra exclusiva del país, reúne además la circunstancia de su bella edición y de lo bien escogido de las materias.

—No, vamos por partes. Dígame, usted, esa galería de obispos² que nos espetan, ¿qué interés pueden tener, ni de qué nos puede servir saber que el ilustrísimo fue fraile o no lo fue, estuvo o no de pleito con ellos, y otras especies que ahora de nada importan?

—¡Hombre! ¿Está usted loco? ¿Sabe, usted, lo que está diciendo? ¡Ay, amigo!, dispense, usted, que le diga que para conocer el mérito de ciertas cosas es necesario meditar sobre su importancia, y usted ¡es tan poco meditabundo! Pero dígame, amigo: usted ignora que los señores obispos, personajes tan notables en

¹ Canuto Cleyere (seudónimo). “Dificultad insuperable”. *Registro Yucateco* I. 1845, 153-155.

² En el *Registro Yucateco* se continuó con la publicación de una galería biográfica de obispos de Yucatán, iniciada en las páginas del *Museo Yucateco*. Cabe mencionar que en muchas de esas biografías es constante la exaltación de la actitud proindigenista de los personajes religiosos. Es significativa esta circunstancia, si leemos en ella el propio interés de los editores y redactores de la revista por fortalecer en los lectores el orgullo por el pasado prehispánico maya; una actitud sintomática de los escritores nacionalistas, con miras a delinear una identidad que se afanzara en un pasado glorioso.

el país, pueden considerarse por los tres lados cuyas mejoras procuraron, a saber, en lo político, en lo literario y en lo religioso, y que, bajo estos importantes aspectos, son de gran valor para la historia del país.

—¿Y qué nos importa la historia, ni las tradiciones y cuentos de vieja, que para mí todo es lo mismo?

—¡Pues está usted fresco! ¡Son horribles blasfemias esas que, usted, profiere! Ni merecen rebatirse.

—Yo no entiendo; a mí me gusta cosa que me interese y noticias frescas; nada de lo que no veo ni entiendo.

—Ha dicho, usted, una verdad; en efecto, no lo entiende usted... y dejemos a un lado esta conversación, porque ya veo que no convenimos y no pretendo que haya una disputa entre ambos.

En esto estaban de su diálogo el buen don Lucas y el circunspecto don Tadeo, que, poco amigo de bromas, no quiso se continuase tratando de un punto que tanto estropeaba el criticador del *Registro*, pero la mala estrella de don Tadeo dispuso que se les colase en medio un tercero, y que volviéndose a unir el hilo de la misma conversación, el recién venido dijese:

—Insulso es, en efecto, el tal cuaderno, y dígalos si no esa leyenda, historia, cuento, anécdota o como se llame, que nos están escopeteando, del *lazarino*,³ que ya me tiene *lazarinado* el gusto.

Aquí de la paciencia de don Tadeo, que colérico, y sin poderle resistir, se puso en pie (porque los tres del diálogo estaban sentados) y les gritó:

—Son ustedes un par de... mentecatos, iba a decir.

—Vaya, vaya, si ya lo dijo usted, contestaron los dos, sonrién-

³ En el *Registro Yucateco*, Justo Sierra O'Reilly publica por entregas su primera novela extensa: *Un año en el hospital de San Lázaro*. A decir de Hernán Lara Zavala, la aparición de esa obra, en 1845, le otorga a Sierra O'Reilly, junto con *El fistol del diablo* de Manuel Payno, el privilegio de haber iniciado la novela del México independiente; y, de manera más específica, el haber inaugurado a la vez la novela psicológica en nuestro país (Hernán Lara Zavala. "Justo Sierra O'Reilly: el hombre de letras". *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita de México decimonónico* I. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005).

dose. Ya tiene usted: somos dos de una misma opinión: dice bien este señor. Ese *lazarino* ya va siendo largo, pesado, fastidioso.

—Y ¿por qué?

—Porque en un número *lazarino*, y en el otro lo mismo, y en el que sigue lo propio, y continuará.

—Y ¿no tienen, ustedes, otra razón?

—Y ¿cuál otra quiere usted? Deseamos que varíen, y *santas pascuas*.⁴

—Demasiado creo que se varía ese periódico.

—Sí, con artículos de literatura que tampoco importan, con versitos de poca monta, con ocurrencias de “don Gil”.⁵ Nada, nada. No estamos por ese modo de escribir.

—Bueno, bueno, pero sepan que así son todos los periódicos literarios que se dan a luz en el mundo.

—Pues no valen nada.

—No valdrán, pero así instruyen, así se procuran fomentar, y en todo país en que se dan a luz, se les considera como una prueba de adelanto positivo. Eso de publicar por partes una buena novela, como es la titulada *Un año en el hospital de San Lázaro*, no le quita nada de su mérito. Del propio modo ha publicado Eugenio Sue sus *Misterios de París*, y está dando a luz el *Judío errante*; y si no tienen ustedes otra razón para decir que es mala la leyenda del *Registro*, que la de irse publicando por partes, también serán malas las dos grandes obras que he citado, y ocupan lugar en los folletines de un periódico.

—Serán malas, y ¿qué nos importa? Nosotros ni sabemos qué misterios son esos, ni conocemos ese señor *judío*, que Dios convierta.

—Bueno, dijo don Tadeo. Hasta otro día, señores.

Y tomando su sombrero, dejó a los dos hombrecillos, que con su diálogo eran capaces de dar una cólera a Job. Yo que estuve escuchándolo todo, me propuse formar el relato tal como pasó, y

⁴ *Santas pascuas*: “expresión coloquial para dar a entender que es forzoso conformarse con lo que sucede, se hace o se dice” (DA).

⁵ *Don Gil de las Calzas Verdes*: seudónimo con el que Manuel Barbachano y Tarrazo firma sus artículos de costumbres publicados en el *Registro Yucateco*.

remitir este comunicado a ustedes, señores editores, diciéndoles que no se desanimen, que para los que dan a luz sus obras “hay una dificultad insuperable”: la de agradar a todos.

Canuto Cleyere

Cosas de la época, o sea, la Biblioteca de Toribio¹

Desde que vi a Teresa y a Panchita, poniendo a un lado sus muñecas, tratar a Bretón de nene; a la vieja doña Clara disputar que Mesalina fue más casta que Lucrecia,² y, sobre todo, desde que mi barbero se despidió de mí, porque dejaba el oficio para hacerse cargo de la redacción de un periódico de política, de ciencias y de literatura, no me quedó ya el menor escrúpulo para creer y confesar que el mundo, en este siglo dichoso, se ilustra más que de prisa y que va camino recto del optimismo, sin detenerse por nada, pero un nuevo motivo se me presentó para exclamar, bañado en júbilo: ¡dichosos los que este siglo alcanzamos!

¹ Don Gil de las Calzas Verdes. “Cosas de la época, o sea, la Biblioteca de Toribio”. *Registro Yucateco* I. 1845, 130-134.

² Valeria Mesalina (25 d.C.-48 d.C.): la tercera esposa del emperador romano Claudio. Célebre por su belleza, por su poder, y por las varias anécdotas de promiscuidad, de infidelidades, que han forjado su leyenda como mujer fatal. Su nombre se utiliza para representar a una mujer libidinosa, infiel. Alexander Dumas (1802-1870) escribió la comedia *La mujer de Claudio*, en la que la figura de Mesalina aparece como símbolo del desasosiego femenino, de la eterna desilusión, espiritual y sexual, de la mujer frente al hombre.

Lucrecia Borgia (1480-1519): hija del Papa Alejandro VI. Su figura histórica está matizada de prejuicios y giros novelescos, que le han otorgado el carácter de una mujer fatal. Su mito se ha forjado a partir de una historia de vida plagada de anécdotas de promiscuidad, incesto y de crímenes. Víctor Hugo, basado en ese mito, escribió el drama *Lucrecia Borgia*, el cual sirvió para hacer el libreto de la ópera de Donizetti, *Lucrezia Borgia*, estrenada en París en 1840 (DBMC).

Me paseaba yo por la Alameda una de estas mañanas, pensando en el cometa que se fue, *sin decir oste ni moste*,³ en la perfección a que ha llegado el arte de rejuvenecer cabezas; en la locura de aquellos que se elevan por los aires a merced de los vientos, o más bien dicho, en alas de los demonios; y discurriendo, en fin, sobre otras cosas del día, cuando súbitamente me echa los brazos al cuello un muchacho, a quien de lástima (lo confieso) había filiado entre mis amigos, porque el pobre estaba declarado entre sus camaradas por hombre de escasa mollera o, como dirían otros, por uno de aquellos entes que se van al cielo de patas. Un año hacía que se ignoraba su paradero, el mismo tiempo exactamente que había transcurrido desde que sufrió el quinto examen de lógica, que no discrepó de los anteriores, ni en las premisas, ni en las consecuencias. Unos opinaban que se habría levantado la tapa de los sesos y otros le hacían preparándose para el sexto examen en los desiertos de Bacalar o en los aldeaños del Petén,⁴ cuando hete aquí que, sin decir agua va, se me apa-

³ *Sin decir oste ni moste*: “sin decir oxe ni moxte”, “modo vulgar de hablar que significa, sin pedir licencia, sin hablar palabra” (NTLLE. *Salvá* 1846). La expresión se encuentra registrada en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* de Gonzalo Correas, como “Ni oste ni moste ó ni uste ni muste. (Cuando no se habló palabra)” (CORREAS).

⁴ *Desiertos de Bacalar o en los aldeaños del Petén*: Después de fuertes y largas contiendas con los aguerridos e indómitos pobladores mayas de la antigua Bak’ jalal, en 1844, Alonso de Ávila conquista y funda la villa de Salamanca de Bacalar (Bakhalal: rodeado de carrizos). La villa de Bacalar situada al sur del actual estado de Quintana Roo, desde su fundación, sufrió de manera intermitente varios periodos bélicos, que mermaron la población indígena y dejaron prácticamente deshabitada la región. Durante la colonia, la crueldad del encomendero Melchor Ocampo diezmó la población, muchos indígenas murieron, pero muchos otros más emigraron a las regiones inhóspitas y aún no conquistadas del Petén, región situada en el actual territorio de Guatemala. De ahí que a Bacalar y a la región del Petén se les considerara, en el imaginario colectivo, como desiertos, en el sentido de que eran regiones des pobladas o con muy pocos habitantes.

En un artículo aparecido en la misma revista, el *Registro Yucateco*, en 1846, Miguel Acevedo describe Bacalar como una región próspera, de 5063 habitantes con “cuarenta y tres casas de mampostería y azotea de sólida y hermosa construcción; entre ellas tres de dos pisos; ricos y bien surtidos almacenes,

rece, como llevo dicho, dejándome por lo pronto en duda de si sería un huésped del otro mundo, una visión, un fantasma o un recuerdo vivo y penetrante de alguna escena de los dramas que hoy se estilan. Cuando hube vuelto de la sorpresa y luego que cesaron los estrujones recíprocos, que eran de ene⁵ en un lance de esta especie, entramos en materia así:

—¿De dónde bueno, Toribio?

—De México.

—¿De México?

—Sí, señor.

—¡Pobre Toribio! ¿Y cuál ha sido tu suerte?

—Lo he pasado así, así; no tan mal, y continuara hoy en el mismo estado, si hubiera podido combinar con las doctrinas que sigo y que sostengo, las que por lo común adopta ciegamente la muchedumbre.

—¿Te metiste a partidario político?

—Ni por pienso.⁶

—¿Lograste por fortuna algún cargo público?

—Tampoco. Luego que llegué de aquí, me coloqué de manco de una botica; mas desengañando, a poco tiempo, de que no dejaría a la posteridad ningún recuerdo glorioso de mí si continuaba por la senda de las tisanas, de las píldoras y de los emplastos,⁷ y herido en lo más sensible del corazón, porque mi farmacéutico amo había hecho pedazos un día, ¡qué horror!, para envolver escrípulos⁸ de drogas y medicinas, el capítulo primero de una novela que estaba yo trabajando...

una hermosa iglesia, aduana marítima, y un comercio de exportación admirable de maderas finas". Sin embargo, dos años después, en 1848, estalla la Guerra de Castas, y Bacalar es atacada y arrasada, de nuevo, ahora por los líderes mayas, encabezados por Jacinto Pat y Venancio Pec. (Miguel Acevedo, 1846. "La villa de Bacalar". *Registro Yucateco* IV. 313-315).

⁵ *Eran de ene*: "que eran forzosos, indispensables" (NTLLE).

⁶ *Ni por pienso*: "de ningún modo, por ninguna forma" (NTLLE).

⁷ *Emplasto*: "Preparado farmacéutico de uso tópico, sólido, moldeable y adhesivo" (DAE).

⁸ *Escrípulo*: "Medida de peso antigua, utilizada en farmacia y equivalente a 24 granos, o sea, 1198 mg." (DA).

—¡Trabajabas una novela!

—Sí, señor, una novela preciosa, que cuantos la habían visto me decían, ¡qué buena!, ¡qué linda está! No discrepa en una coma de otra que escribió Voltaire.

—¡Qué casualidad! ¡Qué asombro! ¿Y qué te hiciste después de la prematura muerte de aquel dichoso parto de tu ingenio?

—Mandé al diablo al boticario y a toda la farmacoepa, y me acomodé con un librero, que al fin hizo bueno al asesino de mi novela. No he visto un hombre más zote, más testarudo, más... en diciendo blanco es esto, blanco ha de ser, aunque sea de azabache. Disputábamos frecuentemente sobre todo, y porque un día quise apoyar mis razones con la autoridad de Plutarco, de Dion, y de Quinto Curcio; tuvo el atrevimiento, aquel bellaco, de decirme, riéndose, que había yo tomado de memoria aquellos nombres para que fuesen el san Agustín de mis sermones, porque muchas veces me los había oído citar, tan a ciegas como entonces, y estaba seguro de que a tales autores no los había yo visto jamás, ni por el forro. Al oír esto, colérico, enfurecido, fuera de mí, como era natural...

—Lo desafiaste, sin duda.

—¿Qué? Hice más.

—¡Santo Cristo de las Ampollas!

—Me caí sobre él...

—¡Vaya! ¡No hay remedio, este mozo viene fugado de presidio!

—Le arremetí con el auxilio del Boccacio, de Casiodoro, de Pomponio Mela, del rey don Alonso [sic] el Sabio, del Petrarca, de Tito Livio, de Tolomeo, de Dionisio Halicarnaso, de Tácito, de Herodoto, de Torquemada, de Dextro, de san Jerónimo, del Tostado, de Polibio, de Cicerón, del célebre Papiniano, de Benthán, de Filangieri, de los dos Sénecas famosos, de una legión de modernos, de un ejército de anónimos; y no pudiendo ya el librero resistir...

—Se confesaría vencido.

—No, señor; ahuecando la voz y dándose el tono de persona de importancia, me dijo que saliese de su casa inmediatamente, porque no quería en ella pedantes, ni presumidos.

—¡Qué insulto! En ese lance de honor, tú...

—Me salí.

—A buscar una espada o un trabuco naranjero, ¿no es verdad?

—No, señor. Me salí corriendo con resolución de no detenerme, como lo verifiqué, hasta encontrar mis penates.⁹

—¡No fue malo el desenlace!, pero sabes, Toribio, que me has dejado pasmado con la caterva de escritores que llamaste en tu auxilio para aporrear al obstinado librero de México. ¿Cómo pudiste reunir, en un santiamén, tantos y tan poderosos aliados?

—¿Eso le asombra a usted?

—Sí, Toribio.

—Pues, amigo, esos aliados los tengo siempre a mi disposición. No hay de ellos una plumada, no hay un solo pensamiento, que no tenga yo en la uña.

—Pero ¿cómo? Hace un año que sufriste el quinto examen de lógica y te acordarás que... un año no más, Toribio.

—Usted se ha olvidado de la época en que vivimos. Un año de estos tiempos equivale a un siglo de los antiguos.

—Ya, ¡cosas de la época! Mas volviendo a los autores, yo no sé por qué me ha llamado la atención, entre los que citas, el juriconsulto Papiniano: ese hombre grave, inflexible, que siempre he dado en figurármelo alto, seco, cejijunto, muy poco amigo de bromas y el más a propósito para servir de coco a los niños. ¿A qué pasaje de él aludiste al citarlo?

—Al más famoso.

—Sin duda al que le costó la vida en el reinado de Nerón: a la defensa que hizo de un gobernador de las provincias del imperio.

—Exactamente a ese pasaje, que fue causa de su muerte en el reinado de Nerón.

—Pero, ¡ah!, no puede ser.

—Sí, señor.

⁹ *Penate*: entre los romanos, dioses o divinidades domésticas, protectores del hogar o de los habitantes (Victor Hebbardt. 1880. *Los dioses de Grecia y Roma, o mitología greco-romana*. Barcelona: Espasa).

—No, Toribio, que ahora caigo en la cuenta que Papiniano floreció más de cien años después, en el reinado de Caracalla.¹⁰

—Eso es, en el reinado de Caracalla, y murió por defender a uno de los gobernadores de las provincias romanas.

—No, tampoco fue esa la causa de su muerte, sino el no haber querido defender en el senado al emperador sobre el cruel asesinato de Geta, porque decía *que era más fácil cometer un homicidio, que excusarle*. ¿A este pasaje aludías?

—A éste. Este mismo es el pasaje, sobre la muerte de Geta, en el reinado de Caracalla.

—Con razón le llamaste el más famoso pasaje de la vida de Papiniano.

—¿No se lo decía yo a usted?

—Y Cicerón, ¿con qué te sirvió para el lance?

—¿Cicerón? ¡Oh! Con lo mejor de sus obras. Espere usted... Hay un trozo, valiente, elegante... Aquel trozo... ¡Es cosa sublime!... Sí, aquel trozo... Pero, ¡ah!, ¡qué memoria tan infeliz la mía!, una persona me espera en el hotel, para un negocio del mayor interés, y ya se me olvidaba. ¿Qué hora tiene usted?

—Las siete.

—¡Pecador de mí! La cita era para las seis y media. Soy perdido. Voy corriendo. Abur.¹¹

Con el cuidado y la prisa con que Toribio se fue, no pudo oír las voces que yo le daba, para que volviese a recoger unos papeles que al despedirse se le habían caído en el suelo. Los guardé y me marché para mi casa, pensando en la súbita y prodigiosa transformación del que, un año antes, pasaba por un panarra¹² y hoy... y hoy era otra cosa que yo no podía comprender, ni descifrar, mas que así: ¡cosas de la época! Conté a todos los amigos en la tertulia el suceso, sin omitir de él ni una tilde. Y cómo, a pesar

¹⁰ *Caracalla*: sobrenombre con el que se conoce en la historiografía al emperador romano Marco Aurelio Severo Antonino Augusto (188-217). “Caracalla” alude a una capa larga, de origen galo, con la que el emperador solía ataviarse. (José Manuel Roldán, 2005. *Historia de Roma II*. Salamanca: Universidad de Salamanca).

¹¹ *Abur*; *Agur*: “lo mismo que *adiós*, expresión para despedirse” (NTLLE 1846).

¹² *Panarra*: “simple, mentecato, dejado y flojo” (NTLLE 1846).

de mi repugnancia, se apoderase uno de ellos de los papeles de Toribio, para examinarlos, a poco rato exclamó: ¡señores, me he encontrado aquí con un tesoro!

—¡Un tesoro!

—Sí, con tres catálogos impresos de libros que se venden, con un índice manuscrito de autores antiguos célebres y con dos docenas de textos, máximas y sentencias en latín, griego y hebreo.

—¿Y el tesoro?

—Ese es.

—¿Los catálogos, el índice y las sentencias?

—Los catálogos, el índice y las sentencias, es decir, la biblioteca de Toribio.

Don Gil de las Calzas Verdes

Un *quid pro quo*¹

Un *quidam*,² o un personaje, uno de aquellos sujetos que parece llevan en la frente un letrero que dice, *aquí va un pobre hombre*, para poder vencer la repugnancia que tenía al estado del matrimonio, necesitó haberse convencido plenamente de que la que al fin llegó a ser su esposa le amaba con furor, y que jamás obraría contra su máxima favorita: *contigo pan y cebolla*.³ En efecto, los seis primeros años, no tuvo don Melitón (que así la historia quiere que se llame), el menor motivo para arrepentirse: su casa era la mansión de la paz y de la alegría, y los nombres de estos envidiables esposos eran la cita de todos los amantes. A los siete años de su casamiento comenzó a notar el marido en su mujer ciertos síntomas que le daban mucho en qué pensar, y que iban destruyendo aquella felicidad sin límites de que hasta entonces había

¹ Manuel Barbachano [Don Gil de las Calzas Verdes]. “Un *quid pro quo*”. *Registro Yucateco* I. 1845, 96-97.

Quid pro quo: locución latina que literalmente significa “algo a cambio de algo”; “da a entender que algo se sustituye por otra cosa equivalente; expresa el error de tomar a alguien o algo por otra persona o cosa” (COROMINAS).

² *Quidam*: “sujeto al que se designa indeterminadamente; por lo regular se emplea con tono de desprecio, para hacer notar el poco valer de la persona” (COROMINAS).

³ *Contigo pan y cebolla*: en el refranero del maestro Correas aparece este dicho con alguna variación, pero se conserva el mismo sentido: “más quiero pan y cebolla en Salamanca, que en otra parte haberes y abundancia, o que en otra parte los regalos y haberes del mundo. (Esta comparación de pan y cebolla la dice cada uno de su casa, o el lugar en que está bien)” (CORREAS).

estado en posesión. Su mujer suspiraba y se enardecía: hablaba a solas con vehemencia, con entusiasmo y con calor, pero lo que hizo entrar más en sospechas a don Melitón fue haber oído claramente una noche que su mujer en sueños exclamaba: “Alejandro es el primer hombre del siglo, siempre será mi guía, mi modelo, y sin él no habrá para mí en la tierra contento ni placer”.

Sin embargo, aunque la prudencia de don Melitón le hizo no darse por entendido, interiormente se sentía devorado por la pasión ardiente de los celos. Su tranquilidad había desaparecido del todo y en su rostro macilento estaba pintada a todas horas su desgracia.

Un día, retirándose don Melitón a su casa, halló a su mujer encerrada en un cuarto. Quiso entrar el bueno del marido, pero ella lo resistió diciéndole: “retírate, que estoy con Alejandro, y no quiero que me interrumpas”.

La prudencia de don Melitón no pudo sostener esta terrible prueba: corre a armarse de un puñal, acude con sus criados, echa la puerta abajo y entra gritando como un loco: ¿dónde está ese villano? ¿Dónde está ese Alejandro, que tan cautiva te tiene? Ahí está, le dijo la mujer con mucha frialdad, poniendo en las manos de su marido el drama titulado *Pablo el Marino*, del célebre Alejandro Dumas.⁴

Todos se quedaron confusos, al descubrirse el *quid pro quo*, y es de creer que volviese para aquel matrimonio la antigua bonanza. La mujer de don Melitón se había vuelto romántica,

⁴ *Pablo el Marino* es el título de la traducción al español del drama en cinco actos *Paul Jones* (1838) de Alexandre Dumas, que dos años antes había relatado en forma de novela, *Le capitaine Paul* (1836). Fue el escritor español Bretón de los Herreros (pseudónimo de Remigio Otel y Ron) quien tradujo la obra dramática de Dumas al castellano y la publicó en 1839 con el título *Pablo, el Marino*. Es bien reconocida la amplia y favorable recepción que tuvieron las obras de Dumas entre el público español. Este drama se inscribe de lleno en la estética del romanticismo. Entre sus temas principales se encuentra el de la honra femenina y las acciones de los personajes giran en torno de otros sentimientos o afectos románticos como la falta, la culpa, y la redención (Marta Giné. “Cómo *Paul Jones* se convirtió en *Pablo el Marino*”. En *Neoclásicos y románticos ante la traducción*, edición de Francis Lafarga et. al. Murcia: Universidad de Murcia, 2002, 319-332).

pero no había olvidado los principios que la constituían modelo de las esposas.

Don Gil de las Calzas Verdes

Tiró el diablo de la manta¹

Insaciable de noticias, don Matías amanece pegado a la reja de mi ventana, preguntando: ¿qué tenemos? ¿Qué se dice? Desembucho, y cuanto más larga es mi relación, más se hincha de gozo el hombre; quisiera que no acabara yo en todo el día, pero al fin, ¡qué remedio!, se agota la materia, y me despido y lo dejo. Si dos horas después, ¿qué digo?, si al cuarto de hora, vuelvo a arrimarme a la ventana, en ella está ya don Matías, o hacia ella viene para decirme: ¿se adelanta algo más? ¿Las otras nuevas se confirman? ¡Qué furor por empaparse de noticias!

Frente a mi casa, una muchacha bonita, vivaracha y risueña como el alba, no cesa de echar de comer a los canarios, que tiene colgados en el balcón o, por mejor decir, vive en el balcón y con los canarios, pero eso sí (¡lo primero es lo primero!), en cuanto ve venir a su marido de la oficina, en cuatro brincos se pone en la puerta a tomarle el sombrero y a hacerle dos arrumacos.

¡Qué par de locos de atar, el de las noticias y la niña de los canarios! (digo muchas veces para mí) ¿No tendrán nada que hacer? Sin embargo, me divierten sus manías, no dejando de hacer raro contraste, el genio vivo y bullicioso de los dos, con el del otro héroe de esta historia (porque esta historia es de tres héroes). El marido de la muchacha, que es el que ahora va a salir a la escena, es un hombre que, si se atiende a su peluca roja, lisa y llana, al pantalón de pie, al enorme y cuellierguido chaleco, al robusto bastón de Java,² que casi se atreve a tocarle el hombro; y

¹ Don Gil de las Calzas Verdes. "Tiró el diablo de la manta". *Registro Yucateco* I. 1845, 59-61.

² *Bastón de Java*: bastón de caña que los hombres anticuados solían llevar bajo el brazo.

a que no hay memoria de la fecha en que logró el destino —que aún tiene— de meritorio³ en su oficina; es un verdadero anacronismo en el catálogo de los hombres de hoy; pero mirado bajo otro aspecto, don Marcos Cabeza de Vaca, mi vecino, bien puede pasar, como otros muchos pasan, por hombre de estos tiempos. Si su carrera no ha sido tan brillante, ni tan rápida, como la del capitán del siglo, puede al menos vanagloriarse de su constancia en ella y del raro mérito de no haber vendido, ni confiado jamás a nadie, los secretos de su oficina; verdad es que, según testifican autores graves, nunca comprendió ninguno, y aun no falta quien añada, que en los oficios *para contestar de enterado*, que son los que desempeña, la fecha suele ser suya, porque lo demás se le resiste, no le entra o, como él mismo suele decir cuando se le enredan las patas, ni el diablo que dé con ello. Es tan opuesto a don Matías, en cuanto a saber novedades, que nunca coge un periódico, no pregunta ni se entera de las noticias que corren, y es fama que no ha abierto un libro en su vida. Con este sistema, don Marcos se ha quedado tan atrás, que aún le tiemblan las piernas cuando habla del Santo Oficio; y tratándose de México, la palabra *república* ni la dice ni la entiende: el *reino* arriba y abajo, es como se explica el hombre. Éste es don Marcos, que, por su honradez, puede decir en cualquiera parte, aquí estoy, pues es cristiano rancio y viejo (que en esto nadie le gana), y en cuanto a lealtad ni un perro.

El público que, cuando muestra su ceño, es juez temible y severo, aunque no siempre muy justo, no deja de murmurar que haya tan bueno y holgado pasar en la casa de un meritorio (porque allí no falta nada); y aun al mismo don Marcos suele hacerle cosquillas, de cuando en cuando, que su mujer tenga palco en el teatro y calesa para salir a la calle, pero como tiene tan buena pasta⁴ el pobre viejo, y es tan enemigo de escudriñar cosa alguna, deja el mundo correr y lo pasa como un canónigo.

³ *Meritorio*: “el empleado de alguna secretaría u oficina pública sin sueldo alguno, sólo por hacer méritos” (NTLLE 1846).

⁴ *Pasta*: “la demasiada blandura en el genio, sosiego, o pausa en el obrar o hablar” (NTLLE 1846).

Este cuadro, que es el que siempre tengo a la vista, se ha transformado hoy súbitamente, tanto que desconozco mi calle, y dudo si estoy despierto. La vecina no ha salido al balcón a echar de comer a los canarios, ni el incansable pesquisidor de noticias y eterno compañero de la aurora en aventajarse todos los días al sol, se ha arrimado a mi ventana. ¿Qué será esto? ¡Cielos! ¿Si será verdad lo que se dice? Los síntomas, por lo menos, lo apoyan y lo confirman. Se corre que habiendo el bueno de don Marcos salido de la oficina, por primera vez en su vida, antes de concluirse el despacho, retirándose a su casa antes de la hora de costumbre, halló en ella... ¿Quién sabe lo que hallaría?... Su mujer ha ido a parar al convento de las monjas. A don Matías lo han visto tomar a galope el camino de la playa, y el pobre Matusalén,⁵ entregado a la jurisdicción de los médicos, no hace más que decir que se muere sin remedio, porque siente en su cabeza una cosa muy extraña.

Tiró, pues, el diablo de la manta, y descubrió lo que era el afán de don Matías por saber noticias, arrimado precisamente a mi ventana, el cuidado de la niña por la vida de sus canarios, y también las cosquillas de don Marcos por la calesa y el palco.

Don Gil de las Calzas Verdes

⁵ Se refiere a don Marcos.

¡Vaya un hombre!¹

Como si no pagara uno, harto caro, los placeres de esta vida con las pulgas, los acreedores, las suegras, los usureros, la caterva de necios (porque no hay duda que *stultorum infinitus est numerus*),² que todo lo inunda, que todo lo contagia, que bulle, en fin, por todas partes; como si fuese corto el catálogo en que entran la fiebre, la pulmonía, el lazo conyugal y la falta de pesetas; como si fuesen un grano de anís los compromisos de la amistad, las leyes de la moda y el miedo al ¡qué dirán!; y como si todas esas plagas, que siéndolo de todos los climas, de todas las estaciones y de todos los siglos en los pueblos que llamamos cultos, ahora vengan alternadas o acometan de tropel, no diesen motivo suficiente, poderoso, al misero mortal para estar aburrido, por lo menos veintitrés horas y media de su existencia diaria, aún tiene que luchar a veces con un enemigo más, que puede llamar su ángel malo, su ángel exterminador o el demonio que le persigue sin descanso. El mío es un ente con ropaje humano, con quien tropiezo a cada paso, y del cual no puedo desasirme por ningún medio y a ninguna costa. Luego que le veo entrar en casa, pre-

¹ Manuel Barbachano [Don Gil de las Calzas Verdes]. “¡Vaya un hombre!”. *Registro yucateco* I. 1845, 37-38.

² *Stultorum infinitus est numerus*: “el número de los necios es infinito”; frase aparecida en el siglo v en la Vulgata de San Jerónimo, según la traducción de Scío al castellano. La Biblia católica en castellano de Scío fue una de las más difundidas en el siglo xix. (Juan Gabriel López Guix. “Biblia y traducción. ‘El número de los necios es infinito’”. *El Trujamán. Revista diaria de traducción*. 2013. Recuperado de http://cvc.cervantes.es/trujaman/antiores/octubre_13/30102013.htm).

texto un negocio que me obliga a salir a la calle, por ver si así me escapo alguna vez de las garras de don Silvestre (que así se llama el hombre constituido en mi sombra o mi satélite), pero imposible. Don Silvestre tiene también siempre que hacer alguna cosa en aquel momento, y el camino que lleva es el mismo que yo tomo, y no para hasta que yo lo hago, y entonces al despedirme de él:

—¡Cómo! (me dice admirado), ¿aquí se queda usted?

—Sí, amigo don Silvestre, hasta otra vez.

—Espere usted.

—No puedo; mi negocio es muy urgente; tengo que hablar ahora mismo con el gobernador.

—¡Ah! ¿Usted viene a hablar con el gobernador? ¡Qué casualidad! Pues a mí me trae aquí la precisión de hablar con el secretario. Vamos juntos. Entremos.

Si en vez de dirigirme a la casa de gobierno, lo hago al obispado, se verifica la casualidad de que don Silvestre tenga que ir a sacar una dispensa;³ si voy a la asamblea, la asamblea era casualmente el punto de dirección de don Silvestre, y en fin, a cualquier punto a donde encamine mis pasos es exactamente el mismo a que tenía que encaminarlos mi hombre, gastando en los negocios que le llevan el mismo tiempo que me detiene a mí. De lo que resulta que vamos, estamos y venimos juntos. Cuando, variando de recurso para librarme de él, le digo: don Silvestre, los callos me tienen tan mortificado, que imposible me será dar un paso, me contesta: hoy nada tengo que hacer y así tendré el gusto de acompañarle en su casa todo el día. En fin, es mi mosca cuando como, mi sombra cuando camino, mi eco cuando hablo, el que recoge mi aliento cuando respiro. ¡Vaya un hombre! Y no hay medio para librarse un momento de tan terrible carga. Ocultarme en mi casa es imposible, porque a pretexto de no incomodar cuando llegue y halle la puerta cerrada, tiene el duplicado de mi llave; mis perros ya no le ladran y mis criados,

³ *Dispensa*: “privilegio, o excepción graciosa de lo ordenado por las leyes generales, y más comúnmente el concedido por el Papa o por un Obispo” (NTLLE 1846).

viéndole a todas horas conmigo, no saben ya a punto fijo cuál de los dos es el amo.

Pretendí en cierta ocasión para él un empleo en Californias,⁴ sin decirle una palabra, y después de conseguido, lo renunció al momento, diciéndome que no había nacido para la vida pública; y cuando le he puesto en las manos dinero de mi peculio⁵ para que se decidiese a ir a conocer a Paris, Madrid y Londres, y me dejara a mí en paz, me ha dicho que los viajes le incomodaban, y que de Mérida no saldría jamás, a menos que yo saliese.

He agotado con él el diccionario de las ofensas, diciéndole claramente que me abruma, que me fastidia y me cansa, pero como si se lo dijese a la pared; y por último, estoy convencido de que tal hombre es mi cruz, ¡pero qué cruz!, y de que para librarme de él, o he de morirme cuanto antes, o esperar a que se muera. ¡Qué pesado! ¡Qué incurable tabardillo!⁶ ¡Vaya un hombre!

Don Gil de las Calzas Verdes

⁴ En el siglo XIX el Departamento de las Californias comprendía Baja California Norte, Baja California Sur (México) y el estado de California de Estados Unidos.

⁵ *Peculio*: “dinero o caudal que particularmente tiene cada uno, sea o no hijo de familia” (NTLLE 1846).

⁶ *Tabardillo*: “enfermedad infecciosa, que consiste en una fiebre maligna y en manchas pequeñas; también se le llama tabardillo a las personas alocadas, bulliciosas y molestas” (DA).

El extranjero en Mérida¹

Es indudable que la descripción de un país con sus ciudades y costumbres, los viajes de ilusión, la presencia de un neorama,² el aspecto de un cosmorama,³ la vista de un panorama, son hermosas perspectivas que satisfacen hasta cierto punto la razón, pero a quienes no les es dado conmover el corazón, ni tan siquiera saciar los deseos de una imaginación juvenil, ardiente y poética, que llena de vida y calor, desea verlo, tocarlo todo, para conocerlo todo. Un curioso al leer una de las narraciones del viajero Alejandro Dumas se convencerá, pero no sentirá. Un espectador al ver en el cosmorama del célebre Putsotsi el camino subterráneo del Tâmesis, se extasiará pero no se sorprenderá. Un inglés al escuchar los lances de una corrida de toros se admirará, pero no se conmoverá. La naturaleza sola tiene el privilegio de imprimir fuertes sensaciones y desde el momento que el artificio quiere producirlas, no hace más que marchitarlas.

Grandes son siempre las impresiones que experimenta un viajero cuando por la vez primera aborda a un país, hasta entonces para él desconocido. Si el país en conjunto es bueno, las impresiones son dulces, gratas y dejan indelebles recuerdos en el alma del que tiene la suerte de experimentarlas, produciéndole esa atrac-

¹ Buenaventura Vivó. "El extranjero en Mérida". *Registro Yucateco* II. 1846, 362-380.

² *Neorama*: "especie de panorama trazado sobre una superficie cilíndrica, que representa el interior de un templo, de un gran edificio, animado, con grupos de personas, en medio de los cuales se halla colocado el espectador" (NTLLE 1853).

³ *Cosmorama*: "cuadro del mundo. Es también exposición de vistas de las principales poblaciones o sitios más notables del universo. Miranse por cristales de aumento. Llámase así también el paraje donde se presentan o exponen" (NTLLE 1852).

ción que en el día se llama magnetismo y por la cual el extranjero se pega a aquel suelo con la fuerza que el alga se pega a las rocas, en cuyo caso bien podemos atrevernos a decir, siguiendo la tendencia del siglo, que el país magnetiza al viajero. Al contrario, si el país es malo, el disgusto del que tiene la desgracia de pisarlo es grande, su aversión mayor; y como todo lo que repugna y no halaga al corazón se desecha con desprecio y prontitud, los recuerdos son nulos cuando no sean fatales, y si de vez en cuando, por una de esas anomalías de las cuales adolece el género humano, en el transcurso de la vida del viajero un débil recuerdo invade su memoria, pasa por su imaginación con la velocidad que pasa la estela de un buque sobre el mar... Un surco abierto en la superficie lisa y unida del vasto piélago... Un segundo después, ¡nada!... Entonces diremos, hablando magnéticamente, que en vez de obrar el magnetismo por impulsión, lo efectúa por repulsión, y que así como en el primer caso el país ha atraído al viajero, en el segundo lo ha expulsado. Empero, ¿quién negará que en ambos casos, aunque en diferente sentido, las impresiones han sido grandes...?

Razones que no son del caso ni de mi propósito referir, me condujeron de la Habana a Sisal,⁴ en donde principié a sentir el fluido magnético que con bastante intensidad abunda en este estado. Sin saber cómo, ni por qué, una fuerte atracción me llamaba a Mérida. Un doctor en medicina, joven de bastantes conocimientos, y que desde la Habana había sido mi compañero de viaje, se hallaba bajo el dominio de la misma atracción.

Vamos a Mérida, dijimos simultáneamente. Dicho y hecho. Una calesa fue inmediatamente alquilada; unas cuantas mudas de ropa colocadas en un mal baúl; nuestras personas dispuestas para emprender viaje, y éste fijado a las 10 de la noche, hora en

⁴ *Sisal*: "antiguo puerto cuyo auge comercial data de antes de la Colonia [...] En 1585, se estableció el puerto de Santa María de Sisal, enclave de la península de Yucatán para el intercambio comercial de los conquistadores españoles. Con el tiempo el puerto fue adquiriendo mayor desarrollo, especialmente durante el siglo XIX con las exportaciones del henequén. Este impulso suscitó la creación de numerosas viviendas dando lugar a la población de Sisal" (Victor Manuel Jiménez González. *Yucatán (México)*. Mérida: Solaris, s. a., 17-18).

que, bajo la zona tórrida, el fresco convida a viajar. Entre los preparativos más indispensables de nuestro viaje no fue el menor de ellos un par de pistolas, que nos colocamos en nuestras cinturas.

—¿Dónde van ustedes con esas armas! Nos preguntó un habitante de Sisal, al vernos armados caballeros. ¿Por ventura van a matar mosquitos?

—¡Cómo! ¿Quiere usted que vayamos sin armas, le respondimos, cuando tenemos que andar toda la noche?... Y si nos salen ladrones, ¿con qué quiere usted que nos defendamos?

—¡Ladrones!, ¡ladrones! —exclamó nuestro interlocutor a carcajada tendida—, y añadió con aire muy grave: aquí no hay ladrones, señores: ¿se creen ustedes viajar por España, en donde desde la guerra civil cada mata se metamorfosea en un salteador? No, señores; si así pensasen vivirían muy equivocados; en todo el estado de Yucatán ni para remedio se encuentra un salteador de caminos, y desde que Sisal es Sisal, no ha habido aún un ejemplar de que viajero alguno haya sido robado. Lo mejor será que ustedes me den sus armas: se las guardaré, pues lo que es por ahora no les van a servir más que de estorbo.

Había tal dominio y sinceridad en las expresiones de aquel buen señor que tanto el doctor como yo no atinamos a hacer la menor objeción. Nos miramos admirados. Nada replicamos. Maquinalmente pusimos las manos en nuestras armas y se las entregamos. Un minuto después ya estábamos sentados en la calesa; el cochero pronunció la palabra *cox*,⁵ arrancaron los tres caballos, y hétenos aquí en el camino de Mérida.

⁵ Cox: “D. Juan Pío Pérez consigna *cox* y *coxeex* (que hoy se dice *coneeex*) como vocablos maya que significan: vamos, aunque sin relación derivativa de verbos que significan ir, andar, caminar, etc., como *binel*, irse, *binzah*, irse, llevando; *talél*, ir, viniendo hacia el que habla; etc. Es posible que *cox* (*coox* o *co'ox*) signifique vamos, en modo indicativo español” (Jesús Amaro Gamboa. *Hibridismos en el habla del yucateco*. Mérida: Universidad Autónoma de Yucatán, 1985).

Según Cristina Álvarez, el vocablo “cox” alude a los atributos del ave *cox*. En maya existe la expresión *cox-ex*, que significa “como el ave *cox*” y se utiliza para referirse a la “pretensión a elevarse como el ave *cox* en las altas montañas. Salvaje, indomesticable, montaraz” (Cristina Álvarez. *Diccionario etnolingüístico del idioma maya colonial*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997).

La noche estaba oscura, el cielo se hallaba completamente cubierto y bajo su capa se veían aquí y allí opacos nubarrones que formaban figuras fantasmagóricas. Por la parte del este aparecía un carro fúnebre tirado de enormes gigantes que lo arrastraban con unas disformes cadenas y que conduciéndole hacia el oeste, parecían querer hundirlo en una tétrica tumba, que por esta parte se veía, la misma que de vez en cuando vomitaba fuego, según denotaban los continuos relámpagos que sin interrupción se sucedían. Por el sur se presentaba una masa compacta de pequeñas nubes, negras como el azabache, y de una configuración tal que se asemejaban a un ejército disforme, cuya artillería, de un calibre si igual, estaba en continuo fuego atacando con paso lento a las masas colosales de gigantes. En una palabra, era lo que se dice una noche aturbonada,⁶ noche de truenos, noche imponente... ¡Y en semejante noche dos viajeros se hallaban en camino!... dos imaginaciones ardientes, cargadas de poesía, de vida, de ilusión, de esperanza... ¡Bello conjunto!... ¡Sublime noche!

Desde nuestra salida de Sisal, ni el doctor ni yo nos habíamos dirigido la palabra por el espacio de más de una hora que hacía ya caminábamos. Ambos, meditabundos, nos entregábamos a nuestras propias reflexiones sin comunicárnoslas. Ignoro en lo que pensaba mi compañero de viaje, pero por mi parte puedo asegurar que me preocupaba una sola idea, un solo pensamiento, y éste era el de los ladrones. No podía concebir cómo el habitante de Sisal tenía tan ciega confianza en la seguridad de los caminos y no cabía en mi mente el persuadirme de que en aquella lóbrega noche no encontrásemos ladrones.

Me encontraba bajo la influencia de esta preocupación, cuando al dirigir la vista hacia el camino exclamé:

—¡Para, cochero!... Doctor, allí veo unos bultos... he visto armas... no hay remedio, son ladrones... somos vendidos... maldito sisaleño... Y ¡voto a bríos!⁷ Nos faltan nuestras armas... apeémonos pronto, y al menos nos defenderemos con piedras.

⁶ *Aturbonada*: *turbonada*: “aguacero con viento fuerte que viene de repentinamente y es de corta duración” (NTLLE 1803).

⁷ *¡Voto a bríos!*: “juramento jocoso o usado por eufemismo para no decir voto a Dios [que es una ‘expresión de juramento y amenaza’]” (NTLLE 1846).

La calesa se detuvo. El doctor, sin tener tiempo para contes-tarme, puso pie a tierra por un lado, yo lo efectué por el otro, y nos armamos con las primeras piedras que nos vinieron a la mano, listos y resueltos a la más pertinaz defensa.

—¿Dónde están los salteadores?, me preguntó entonces en voz baja mi amigo, que aún no había tenido lugar para verlos.

—Hombre, ¿no los ve usted allí?

—Efectivamente ya los veo... me parece que son muchos... aquí llegó la tuya... desgraciados de nosotros... somos víctimas.

—Mire usted cómo avanzan... pongámonos de este lado... aquí tendremos cubiertas las espaldas y nos defenderemos hasta morir.

—¡Ay amigo!, yo ya me doy por muerto, me dijo con aire con-tristado el doctor... ¡qué defensa ni que nabos contra una com-pañía de salteadores como esa que se dirige aquí...!

Al pronunciar mi amigo estas últimas palabras, un relám-pago vino a iluminar la completa oscuridad en que nos encon-trábamos y su luz nos hizo distinguir clara y distintamente que los bultos que nuestra exaltada imaginación había tomado por ladrones, no eran tales ladrones... Pues entonces, ¿qué eran? ¡Qué habían de ser, buen Dios! No me atrevo a decirlo... eran... eran, en fin, lo diré mal que me pese, eran unas pacíficas vacas, toros, terneras y bueyes, pues no pudimos examinar su sexo, que muy lozanos y tranquilos pacían por el camino... eran individuos pertenecientes a la familia cornuda... ¡Libera nos, *Domine!*

Nuestras carnes estaban tiritando de miedo cuando aquellos pacíficos animales pasaron por delante de nosotros. Cesó com-pletamente el temor. Nos restablecimos de aquella fuerte emo-ción que nos había hecho latir con violencia el corazón. La risa sucedió al espanto y volvimos a nuestra casa ambulante burlán-donos de nosotros mismos.

—¡Pica cochero!

Continuábamos nuestro camino en la más tenebrosa oscuri-dad cuando de allí a poco mi compañero de viaje me dijo:

—¿No ve usted allá a lo lejos, en nuestro frente, un fuego como el que produce un cigarro?

—Es verdad, doctor.

—¿No ve, usted, otro detrás del aquel, después otro y otro, y todavía otro?

—Sí, doctor, uno... dos... tres... hasta ocho cuento... ¿Si serán ladrones?

—Vuelve otra vez con los ladrones, ¡qué disparate!, ¿en qué país del mundo ha visto usted que los ladrones se anuncien de tan lejos y de tal modo?

—Pues entonces, ¿qué diablos serán?

—Allá veremos, los fuegos se aproximan. Poco podemos tardar en salir de dudas.

En efecto, de allí a un momento pasaron por nuestro lado ocho indios llevando cada uno un tizón encendido, a guisa de cirio, pero sin llama... ¿para qué podían servir estos tizones?... ¿Cuál era su objeto? Por más que en aquel entonces nos devanamos los sesos, no pudimos atinar la causa que originaba el viajar de aquel modo, y aun en el día, los mismos yucatecos no están acordes acerca de ella.

—¡Arrea, cochero!

A la media hora llegamos a una especie de plazoleta en donde hay un pozo, que si mal no me acuerdo se llama en lengua maya *Chen Toro*,⁸ y en el cual le dio a nuestro conductor la gana de pasar los caballos de una lado a otro, cambiándolos de posición y haciéndonos en el entretanto permanecer en aquel infernal lugar, provisto de un enjambre de mosquitos tan sutiles, tan hambrientos y tan avisados, que sin respetar nuestra calidad de extranjeros, nos martirizaban cruelmente. No pude menos sino decir al doctor:

—Este pozo no está magnetizado...

Acordándome al propio tiempo de nuestro interlocutor de Sisal, cuando me dijo si llevábamos las pistolas para matar mosquitos. Salimos, en fin, de aquel verdadero potro, y a las pocas horas llegamos a *Junucmá*:⁹ eran las tres de la mañana. Hicimos alto en

⁸ *Chen*: palabra que en maya significa *pozo*. (Juan Ramón Bastarrachea y William Brito Sansores, ed. *Diccionario maya Cordemex. maya-español, español-maya*. México: Cordemex, 1980).

⁹ *Junucmá*: se refiere al pueblo de Hunucmá (hoy municipio), que se ubica a treinta kilómetros al oeste de Mérida. Era cercano al puerto de Santa María de Sisal (*mede*).

la casa donde se mudan los caballos. Tomamos nuestra taza de chocolate con un pan muy rico; fumamos un tabaco y volvimos a montar en la calesa tan luego como el cochero nos previno de que estaba en disposición de recibirnos. La agitación, el cansancio y lo muy atrasado que me encontraba de sueño, me hicieron embelesar de tal modo que no desperté hasta el amanecer.

—¿Dónde está Mérida? Fue mi primera pregunta, al abrir los ojos, dirigida al cochero.

—Señor, todavía falta una legua.

—No sé cómo ha podido usted dormir, me dijo el doctor, estando el camino tan malo; en particular el que acabamos de pasar.

—¿De veras está malo el camino?, le pregunté admirado.

—Cuando le digo que está malo es porque está fatal, pésimo, insoportable. Aquí se encuentra un fangal en el mismo que se entierra la calesa hasta el eje. Allí hay un lodazal del cual con mil trabajos pueden salir los caballos. Acá un hoyo que parece querer tragarse la calesa, y acullá un charco, laguna en pequeño, por donde se puede navegar. ¡Parece que en este país no se cuidan los caminos! ¡Qué terrible traqueteo!, y sin embargo, usted ha dormido perfectamente.

—Eso prueba que el camino no estará tan malo como usted supone, porque de lo contrario no hubiera podido cerrar los ojos.

—Lo que prueba es que usted es capaz de dormir en la punta de una espada.

Pocos minutos después el cochero nos avisó de que ya se descubriría Mérida. Miramos con avidez en la dirección que el indígena nos señalaba; y en efecto, cuatro torres o campanarios se descubrían allá a lo lejos, siendo dos de ellas de mayor altura que las otras.

—¿Qué le parecen a usted esas torres? Pregunté a mi compañero así que estuvimos cerca.

—Me gustan mucho, me respondió: son de hermosa aunque antigua arquitectura; en particular las dos más elevadas reúnen mayores circunstancias y una armonía imponente, pero les falta lo mejor.

—¿Qué es lo que les falta, doctor?

—Un telégrafo en la primera y un para-rayos en la segunda.

En esto llegábamos al principio de la población. Nuestra curiosidad principiaba a ponernos a ponernos en agitación. El péndulo de la emoción se hallaba en movimiento. No cabíamos ya en la calesa. Fácil es de adivinar que toda nuestra atención, como sucede a la generalidad de los viajeros que por primera vez entran en una ciudad, se dirigía a dos objetos en general. El primero es a observar cuántas caras femeninas veíamos, sin duda alguna impulsados por el fluido magnético que principiaba a obrar sobre nosotros; y el segundo a contemplar en globo la población, mirándolo todo en general sin ver nada en particular. Habíamos entrado en la primera calle, cuyo aspecto me gustó, y estaba midiendo con la vista su extensión, cuando un soberbio pellizco aplicado en mi muslo por dedos vigorosos, me hizo salir de aquella contemplación, haciéndome pronunciar dos ayes producidos por el más acerbo dolor.

—¿Qué es eso, doctor, usted se ha vuelto loco? Mire usted que me ha lastimado.

—Amigo mío, dispense usted; instintivamente le he pellizcado para llamarle la atención, a fin de que viese esa hermosa niña que está aquí en una ventana de la acera izquierda... Mire qué divina es... qué interesante... ¡Hombre del demonio parece que todavía usted está durmiendo!

—Amigo, le respondí, es muy cierto que esa niña es angélica, pero esa no es una razón para que mi muslo deje de serlo y usted lo estropee sin compasión.

—¡Cuánto mejor!, porque ahora ese será un mérito que platónicamente usted tendrá a su favor.

—¡Bendita seas, mujer! Exclamé; tu hermosura ya me cuesta un dolor.

Doblamos la segunda o tercera esquina: la calesa se paró, y nos apeamos en el hotel de diligencias, la mejor posada que se nos había dicho existía en Mérida. Tomamos un cuarto para los dos; nos lavamos y vestimos inmediatamente, conviniendo que, contra toda regla viajé, cada uno iría solo por su lado hasta la

hora de retirarnos a la noche, en la cual nos comunicaríamos nuestra recíprocas observaciones. Bajo este pacto nos separamos.

Mi primer paso fue el de presentarme a algunas personas para quienes traía cartas de recomendación, las mismas que me recibieron con esa amabilidad que encanta el alma y cautiva el corazón, haciendo nacer un profundo cariño, una sincera amistad e inextinguible agradecimiento en la persona del que la recibe. Después de las ofertas de costumbre, y de una infinidad de atenciones prestadas con el más elegante gusto por el dueño de la casa, una señora de las allí presente, joven hermosa y rebosando toda ella de donaire y candor, se dignó dirigirme la palabra.

—¿Había usted ya estado en Mérida, caballero? Me preguntó llena de gracia.

—Señora, ésta es la vez primera de mi vida.

—¡Oh!, entonces le prevengo a usted que no le gustará nuestra pobre ciudad; ofrece muy poco aliciente a un extranjero... no hay distracciones... estoy segura de que se va usted a fastidiar muy pronto.

—Puede ser que no, señora; sobre todo si todas las señoras están dotadas de la amabilidad de usted.

—Mil gracias, caballero, pero, agradeciéndole el favor, no puedo admitir la lisonja.

—Señora, no es lisonja, que es justicia.

—Basta, dejémonos de cumplidos, usted se queda a almorzar con nosotros, ¿no es verdad?

—Por hoy me dispensará usted, señora; mi compañero de viaje me espera, y...

—No importa, se le enviará un recado para que venga... se le mandará la calesa y con esto tendremos el gusto de tenerlos a ambos.

—Pero...

—No hay peros, no hay excusas que valgan... estará usted sentado a mi lado y al lado de mi marido... entre los dos... yo me encargo de cuidarlo... ¿Me hará usted este desaire?

Esta pregunta fue acompañada de tanto candor, de tanta pureza, que me imprimió una sensación difícil, imposible de

describir, una de esas sensaciones que van con el hombre al sepulcro, y que no le es dado al tiempo destruir. Las palabras de aquella buena señora eran tiernas, cándidas, benevolentes, pero de una sencillez e inocencia muy ajena del siglo de ilustración en que vivimos. Acepté, y ¿qué joven invitado del tal modo, por tan noble criatura, hubiera tenido fuerzas para resistir?

Se avisó de que el almuerzo estaba servido.

—Señores, cuando ustedes gusten, dijo el jefe de la familia.

Ofrecí la mano a aquel ángel de pudor; nos aproximamos a la mesa y mi humilde persona fue colocada en el sitio distinguido. No hubo obsequio, no hubo atención que no se me prodigase con un particular esmero por los dueños de la casa, y en particular por aquella hermosa dama que hacía los honores de la mesa con una dignidad y gracia verdaderamente admirable. ¿En dónde estoy? Me preguntaba a mí mismo ¿sí estaré magnetizado? A la verdad, tanta sencillez y franqueza no es muy común en las ciudades de la culta Europa, en donde la etiqueta, la diplomática, o mejor dicho, falsedad, ha sustituido a aquellos primitivos tiempos en que reinaban tan bellas costumbres. ¡O *tempora o mores!*¹⁰

Concluyose el almuerzo y el presidente de aquella respetable familia quiso de todos modos hacer las veces de *cicerone*,¹¹ acompañándome por una gran parte de la ciudad, enseñándome los edificios de mayor mérito, haciéndome cuantas explicaciones les eran concernientes, y lo que es más, presentándome en diferentes casas de su conocimiento, en las cuales no fui menos bien recibido que en la suya. Generalmente en las ciudades de todo el mundo, un extranjero que carece del menor conocimiento infunde, por muy recomendado que sea, cierta desconfianza que aleja toda familiaridad de su trato. En Mérida no es así:

¹⁰ ¡O *tempora o mores!*: locución latina que significa “¡Oh tiempos, oh costumbres”, acuñada por Cicerón. Expresión usada para remitir a las malas costumbres de la época y evocar las buenas costumbres del pasado (HERRERO).

¹¹ *Cicerone*: “el que por oficio, mediante un salario, acompaña a los forasteros de un población, enseñándoles las curiosidades que encierra y acompañándolos a donde aquellos le ordenan. Es voz importada del italiano” (NTLLE. 1853).

un forastero infunde confianza, su persona es tratada con una afabilidad sorprendente, muchas personas lo consideran como un individuo de la familia, y esto prueba que sus habitantes, si no son cautos, tampoco son hipócritas, y juzgando a los extranjeros por sí mismos, obran bajo la impulsión de la naturaleza, que siempre es amiga de la novedad. Ellos son buenos y, por lo tanto, consideran también a los demás buenos. ¡Noble modo de pensar!

Cansado de correr calles y hacer visitas, determiné retirarme a mi posada para dar tregua a la agitación moral de aquel día y a la fatiga física que me dominaba. Me despedí de aquel perfecto caballero, dándole muestras de mi eterno reconocimiento, y me metí en el hotel. Mi compañero de viaje no estaba allí, mas no tardó en llegar.

—¿En dónde estamos, amigo? Me dijo al entrar en el cuarto.

—¿Qué novedades trae usted, doctor?

—Mérida es un *focus* de magnetismo y yo estoy perfectamente magnetizado, me respondió exaltado.

—¿Tan pronto, doctor?, pero dígame, ¿qué es lo que le ha sucedido, qué es lo que ha visto, por qué está usted tan entusiasmado?

—¿Qué quiere usted que me haya acontecido! Me he presentado en cinco casas diferentes y en todas ellas se me ha tratado como a un príncipe, o mejor dicho, como a un hermano; y sobre todo, ¡qué hermosas caras he visto!... ¿Sabe usted, amigo, que éste es el país de las bellas? No hay remedio, me voy a casar en Mérida.

—Poco a poco, doctor; usted, está bajo la influencia del magnetismo, puede ser que al despertar cambie usted de opinión, pero dígame, ¿qué le parece a usted la ciudad?

—Hermosísima, y más hermosísimas sus muchachas. ¿Sabe usted que aquí hasta en el aire se respira candor? Esto está virgen, amigo mío: la desmoralización, consecuencia de la civilización, ha respetado a este país.

—Conozco lo que usted dice, pero hombre, sosiéguese, no esté tan conmovido, hablemos de la ciudad y no de sus habitantes...

Usted está cargado de fluido magnético, y es preciso extraérselo: ¿quiere usted que le dé algunas pasas?¹²

—No, amigo mío, mil gracias. En cuanto a la ciudad le diré que me gusta mucho: sus calles son anchas, largas y perfectamente alineadas, sus casas son verdaderos palacios, pues su capacidad es extraordinaria. La ciudad en masa es hermosa; no pudiéndose negar que es moderna, pero para su completa hermosura, según mi opinión, le faltan dos cosas.

—¿Cuáles, doctor?

—Un empedrado en sus calles que evitase el continuo fango que en ellas se ve y el que se pintasen las fachadas de las casas. Entonces Mérida sería una ciudad coqueta, con unas armas completamente ofensivas para magnetizar a cuantos extranjeros la visitasen.

—¿Ha estado usted en la fortaleza, doctor?

—*Chit, chit...* no me la miente usted, amigo; no me mate usted la ilusión que en este momento abrigo... La fortaleza es la parte triste... es el cementerio de Mérida.

—¿Doctor, por Dios! La imaginación de usted divaga.

—No, amigo mío, la fortaleza es el reverso del cuadro de la ciudad... es un edificio abandonado... un edificio en ruina... un sepulcro colosal en cuyo frontispicio se lee: “¡Aquí yace la gloria!”

—¿Es posible, doctor!

—Sí, amigo, sí, ese monumento es la gloria de una ciudad... Si la ciudad no lo cuida... si la ciudad lo abandona, lo destruye, lo mata, y de consiguiente también mata su gloria.

—Poco a poco, doctor; según me ha dicho hoy el caballero que ha tenido la bondad de acompañarme a ver ese castillo, creo que el gobierno actual trata de mejorarlo, reponerlo, y usted habrá observado que ya hay en su interior los elementos necesarios para ello.

—Todo eso está muy bueno, pero usted no ignora que en las pocas horas que estamos en Mérida, no hemos tenido tiempo para entrar en los proyectos del gobierno, ni tampoco averiguar

¹² [Nota del autor] *Se llama pasas a cierto movimiento de las manos en las inmediaciones del cuerpo, y cuyo principal objeto es imprimir o extraer aire del magnetizado, según se le quiera aumentar o disminuir el fluido.*

las causas justas e injustas que han originado su actual estado. Yo manifiesto solamente la impresión que me ha causado; en lo demás, no me meto.

—¿Y qué le ha parecido a usted la Alameda?

—¿Qué quiere usted que le diga? El conjunto de ella no me ha desagradado; es chica para la población, pero aunque chica es bonita. Su estado es un verdadero preludio que predispone el ánimo para no extrañar el de la fortaleza. La alameda es una *ante-cámara* de ésta. No creo que haya muchas señoritas que vayan a pasear por ella.

—Pero, ¿por qué?

—Porque el piso de aquel paseo les debe lastimar los pies.

Íbamos a continuar nuestra plática, cuyo interés me agradaba, cuando el mozo de la posada nos previno que se nos esperaba a la mesa. Nos dirigimos al comedor, pero antes de llegar a él, un número de *El Siglo XIX*, diario político que ve la luz en Mérida, llamó mi atención, lo cogí de la silla en que estaba y me puse a leer.

—¿Qué tal encuentra ese diario, usted que ha sido periodista? Me preguntó mi compañero.

—Si he de juzgar del todo por solo este número, le diré que se halla perfectamente escrito, que sus redactores poseen por principios el periodismo, que su director da muestras de conocer esta clase de trabajos; pero que ni su corrector, ni su impresor, manifiestan tener todo el esmero que requieren estos papeles, porque ni está bien corregido, ni tampoco bien impreso. La literatura moderna se ha refugiado en el periodismo: si éste no se cuida, se adultera aquella. Verdad es que la precipitación con que se componen y se tiran los diarios, impide, las más de las veces, que salgan con la claridad y limpieza debidas, y quizá estará escaso el país de buenos cajistas y prensistas. Por otra parte, por un solo número no puedo formar mi opinión; puede ser que no sea así siempre, y que éste haya sido el único mal corregido y mal impreso; digo, como usted, doctor: “yo manifiesto solamente la impresión que me ha causado; en lo demás, no me meto”.

—Pues ya que tiene usted un diario en la mano, mire qué función hacen esta noche en el coliseo.

—*El Arte de conspirar*, doctor.¹³

—Pues vamos a tomar localidades.

—No, señor, ahora vamos a comer.

Nos presentamos por primera vez en la mesa del hotel. Cuatro forasteros más se hallaban ya sentados en ella. Nos saludamos recíprocamente y la conversación recayó en cosas insignificantes, como suele acontecer entre viajeros desconocidos que la casualidad reúne. Se dice comúnmente que los viajeros entre sí, aunque jamás se hayan visto, se alían y tratan con una franqueza extraordinaria. Esto no es exacto. El viajero cuanto más viajero es, esto es, cuanto más mundo tiene, tanta más reserva emplea; no hay duda que acostumbra demostrar franqueza, pero esta franqueza es aparente, fantasmagórica, es sólo para cubrir las formas, porque en el fondo no existe sino después de saber, y saber muy bien, con quién se trata. La comida, pues, fue diplomática. ¡Qué diferencia de ésta al almuerzo! En éste todo había sido llaneza y el corazón respiraba... en aquella todo era reserva, todo superficial, y el corazón se oprimía. He aquí dos sensaciones diametralmente opuestas... en una misma ciudad... en un mismo día... ¡Éste es el mundo!

Después de haber tomado el café, salimos a buscar localidades para la función de la noche. Ignorábamos dónde estaba el coliseo, pero como preguntando a Roma se va, pudimos al fin dar con él.

—¡Qué aspecto tan triste tiene el exterior de este teatro!, exclamó mi amigo. Éste es un mal agüero.

—¡Diablo! No es preciso juzgar por las apariencias —le respondí—, el hábito no hace al monje y bajo una mala capa hay un buen bebedor.

—Allá veremos, pero según nuestro pacto debemos separarnos; conque adiós.

—Adiós, doctor.

Mi amigo se dirigió por un lado, yo por el opuesto. El sol estaba ya en su ocaso y un airecillo suave hacía agradable la

¹³ El arte de conspirar: comedia en cinco actos, original de Eugène Scribe, traducida del francés por el costumbrista español Mariano José de Larra.

tarde. Caminaba sin dirección, ni punto fijo, ora extasiándome en una cosa, ora en otra, mirándolo todo con mucha atención y abriendo tamaños ojos cada vez que veía a alguna hija de Eva. En mis adentros pensaba: el doctor tiene razón, este país de las bellas... aquella tarde no vi ni una fea... una de las cosas que más me chocaron fue el ver en un número crecido de esquinas ciertas figuras simbólicas: en una había un toro, en otro una perro, en esta un gato, en aquella una perdiz, en la de aquí un moro, en la de allí una serpiente... ¿Qué significaba todo esto? Como iba solo no pude satisfacer mi curiosidad...

Ya había anochecido y mi imaginación entregada a un cúmulo de reflexiones no lo había notado: me encontraba en la calle, pero no sabía en qué calle... ¡Estaba perdido!... No importa, pensé: a fuerza de preguntar y caminar no podré menos que encontrar la plaza de la catedral, punto céntrico de todas mis operaciones. Al hacer esta reflexión, unas cuantas señoras, acompañadas de caballeros, pasaban por mi lado; me acordé entonces que era noche de teatro, y dije para mi colete: “siguiendo a estas damas, ellas me conducirán al coliseo, porque probablemente allí es a donde van”. Determinación hecha; seguílas sin perderlas de vista, y a las tres o cuatro cuabras vi una casa iluminada, por cuyas ventanas salían sonos musicales: una gran muchedumbre de pueblo se hallaba en la calle. ¡No hay duda, éste es el teatro! Las señoras se aproximaron: también yo me aproximé y estreché algún tanto las distancias. Se abrieron paso entre el populacho, y por donde ellas pasaron, también yo pasé. Un centinela había en la puerta impidiendo el paso a varios individuos que querían entrar. Las damas fueron respetadas; el paso les quedó libre; iba a entrar con ellas, pero el centinela con voz estentórea me dijo: ¡atrás, atrás! *Apretatus discurrit*,¹⁴ pensé...

—¿Tú no me conoces?, le dije con tono imperioso; tu atrevimiento será militarmente castigado.

¹⁴ *Apretatus discurrit*: parte del adagio latino *Intellectus apretatus discurrit qui rabiatur*, que significa “razona con rabia el talento preocupado por la necesidad”; en español existe un refrán con el mismo sentido: “más discurre un hambriento que cien letrados”, es decir, la necesidad agudiza el ingenio (HERRERO).

El centinela me miró perplejo, dirigió su vista a mis bigotes...

—Pase usted, me dijo.

—¡Vivan mis bigotes!, exclamé. De algo me habían de servir.

En la entrada de aquel edificio encontré a dos señores que había conocido en una casa de las diversas en que había sido presentado aquella mañana.

—Caballeros, ¿en dónde debe uno presentar su entrada?, les pregunté.

—¿Qué entrada?, me respondieron sorprendidos.

—¡Toma, qué entrada! La entrada del teatro.

—Pero si usted no está en el teatro, me contestaron sonriéndose.

—Pues, ¿en dónde estoy?

—Usted, está en el colegio. Hoy se permite la entrada, en razón de... pero esto no es del caso, y puesto que la casualidad le ha conducido aquí, no debe pesarle, porque disfrutará de muy buenas vistas. Venga usted con nosotros, que le enseñaremos lo que hay que ver.

—Estoy a las órdenes de ustedes, señores.

Subimos arriba y principiamos a visitar aquel edificio, del cual no me ha quedado más que una sola impresión... pero ¡qué impresión!, y el recuerdo de que estaba concurrido de un gentío inmenso, en el cual brillaba el bello sexo con todo su esplendor. Difícil será en ningún país del mundo reunir casualmente un número de caras tan preciosas como las que había aquella noche en dicho establecimiento... quedé sorprendido... lo mismo que en la tarde... ni una fea... mentira, digo... había algunas mamás... Permanecía en un mudo éxtasis contemplando aquel conjunto de hermosura, cuando adsorbió particular y exclusivamente mi atención una niña que efectuaba, apoyada en el brazo de su padre, su entrada majestuosamente en la sala en que me encontraba... no era una niña... nada tenía de criatura humana... era un serafín bajado del cielo para infundir emociones... la vi y temblé... una conmoción violenta sacudió todo mi ser... un sudor frío cubrió mi semblante... perdí la sala de vista... ¡Infeliz de mí: estaba magnetizado!

Dos horas después desperté en mi cuarto del hotel. El doctor estaba a mi lado.

—¿Dónde se ha metido, usted?, me preguntó. Le he esperado en el teatro.

—¿Dónde quiere usted que me haya metido! En una sala magnética... ya estoy cargado de fluido.

—¡Albricias, amigo mío, albricias!, y ¿usted es el hombre que al separarnos me ha encargado tuviese cuidado con el magnetismo?

—¿Qué quiere usted, amigo mío! En esta ciudad es imposible evitarlo, su fluido es demasiado fino, por doquier se introduce, y a usted ¿qué tal le ha ido?

—¡Bien, muy bien! La función ha sido buena y perfectamente desempeñada. El señor Pineda es un actor consumado, distinguido, de mucha maestría; pero ¡ay amigo!, ¡qué teatro, qué teatro! ¿No le decía a usted al tomar las lunetas que su exterior me infundía un mal agüero?

—Es cierto.

—Pues, bien. La realidad ha excedido al mal concepto que de él me había formado. El teatro no es teatro, es un almacén al que se le ha querido dar la figura de tal: ni escenario, ni patio, ni palcos, ni lunetas, nada absolutamente merece el menor elogio, agregando a estos defectos el de que no tiene ventilación: aquello es un horno. ¡Qué lástima y qué mengua para una ciudad como Mérida, el tener un almacén por teatro!

—Vamos, no exagere usted tanto, y ¿qué le ha parecido la concurrencia?

—Regular y lucida, pero de una tolerancia excesiva. He visto a un actor que no sabía ni jota de su papel, y sin embargo no se le ha silbado. ¡Oh! Es preciso confesar que los meridianos tienen el órgano de la benevolencia demasiado desarrollado.

—¿Había mucho lujo, doctor?

—Muy poco, o mejor dicho, ninguno. Las señoras estaban vestidas con alguna elegancia, pero con mucha sencillez: sus prendidos¹⁵ eran materialmente caseros; nada de esplendor, nada de brillo.

¹⁵ *Prendidos*: “el adorno de las mujeres, especialmente de la cabeza” (NTLLE 1846).

—Es un mérito que las recomienda mucho.

—Y eso que no sabe usted lo mejor.

—¿Qué, mi amigo?

—Que en Mérida no hay ni un peluquero.

—¡No es posible!

—Ni tampoco una modista.

—Mucho menos puedo creerlo... ¿En Mérida no haber una modista? ¡No puede ser!

—Se lo aseguro a usted, porque así me lo han afirmado. Aquí las mismas señoras se hacen sus vestidos, sus peinados. ¡Qué felicidad para las faltriqueras¹⁶ maridales! Pero amigo, usted no se cansa de preguntar, yo estoy rendido de sueño, conque buenas noches, hasta mañana.

Serían como las siete de la mañana del siguiente día cuando abrí los ojos. Acababa de pasar una noche de sueños: la celestial figura de la joven que me había herido el corazón en el colegio, estuvo perenne en mi loca imaginación; no pude distraerme, no me era dable olvidarla... era un sueño magnético... levanté la cabeza de mi almohada... dirigí la vista hacia la cama del doctor... estaba vacía...

A las ocho entró mi amigo muy ufano y placentero, llevando un libro en la mano.

—¿De dónde viene usted, doctor?

—Levántese perezoso; usted no madruga. Ya he corrido media ciudad, me dijo riéndose.

—De la fonda de los agachados.

—¿Cómo?

—Sí, señor, de la fonda de los agachados.

—¿Qué fonda es esa?

—Esa fonda es la plaza o mercado de esta ciudad, a la cual concurre mucha gente a comer los diversos manjares, que, ya cocidos, venden los indígenas. Como las indias están sentadas en el suelo, fuerza es agacharse también, y de aquí debe provenir el que se le llame “Fonda de los agachados”.

¹⁶ *Faltriquera*: “cualquiera de los bolsillos que llevan los hombres en la casaca, chupa o calzones, y asimismo cualquiera de las bolsas que llevan las mujeres” (NTLLE 1846). Entiéndase “el caudal de los maridos”

—Usted me admira.

—Más admirado quedaría usted si viese que por *medio* puede comprar cincuenta y seis manjares diferentes.

—Hombre, eso prueba mucha miseria.

—No le digo a usted que no, pero sobre todo lo que le causaría más admiración sería el ver la limpieza y curiosidad que en esa plaza reina. Sin embargo, hay ciertas pertenencias que no están perfectamente aseadas.

—¿Qué pertenencias son?

—Las carnicerías.

—Pero ¿qué libro es ese que usted lleva en la mano?

—¡Ah!, ya me olvidaba, es el primer tomo del *Registro Yucateco*, que precisamente traigo para usted: es un periódico literario. He ojeado algunos de sus artículos y no me disgusta.

—¡Cuánto me alegro! No podía venir mejor, porque esta mañana no quiero salir. Me servirá de distracción, con tanto mayor motivo, cuanto que ya tenía noticias de él, y a la verdad, ¡deseaba poseerlo!

—¿Quién le dio a usted noticia de ese periódico?

—Un hombre de grandes conocimientos, el director de uno de los mejores diarios de la Habana, que está impaciente esperando se concluya la novela titulada: *Un año en el hospital de San Lázaro*, para hacerla publicar en su periódico. Con este motivo me habló del *Registro* y de sus composiciones, elogiándome mucho la antedicha novela, y la que ha aparecido en dicho periódico bajo el título de *Agravio y venganza*,¹⁷ ambas fruto de la fértil pluma de los directores del *Registro*.

—Pues yo voy a desayunarme y vuelvo a salir. Hoy no vendré ni a almorzar ni a comer. Estoy convidado.

—Pero venga usted temprano.

Tan luego como se fue mi amigo cerré la puerta de mi cuarto y totalmente me entregué a la lectura del *Registro*. Los más de sus artículos pertenecen al país, algunos de ellos de un mérito incontestable y de un objeto digno por cierto del mayor elogio, puesto

¹⁷ *Agravio y venganza*: novela de Vicente Calero, publicada en el *Registro Yucateco*.

que su tendencia al parecer es formar de su conjunto un fuerte escalón en la escalera de la torre en donde se debe encumbrar la historia de Yucatán. Sus directores, cuyos vastos conocimientos se deducen de sus mismas producciones, dan inequívocas muestras de haberse propuesto fomentar o crear un progreso literario en el suelo que les dio el ser e imprimir una fuerte impulsión a la naciente literatura yucateca. ¡Sublime misión, a la cual es indudable que el país les vivirá siempre agradecido! El primer tomo de aquel periódico encierra dos especies de literatura pertenecientes a una misma clase, y hasta cierto punto a un mismo género; la literatura de sensación, la ideal, la de imaginación peculiar a la poesía, y la literatura de narración, de solidez, de raciocinio especial a la historia.

Estas dos clases son las que campean y brillan en dicho periódico, dándole un realce verdaderamente admirable. Empero, lo diré, a mi pesar, los señores directores no pueden negar que son meridianos y que como tales su tolerancia es excesiva al admitir y hacer insertar en el papel que tan brillantemente dirigen, ciertos artículos, como por ejemplo, el presente, que careciendo de todo mérito literario, no hacen más que servir de lunares al *Registro*, manchando sus páginas. Muy enhorabuena que como simples particulares sean tolerantes, empero como directores deben ser inexorables y haciendo abnegación, si necesario fuese, de sus amistades, deben rechazar cuantas composiciones no merezcan ser insertadas en un periódico que hace honor al país.¹⁸

Pasé la mayor parte del día entretenido con la lectura del *Registro* y con la de mis pensamientos. De vez en cuando, me veía precisado a dejar el libro momentáneamente, porque la imagen del ángel que había visto en la víspera, impedía toda coordinación entre lo que mi mente pensaba y entre lo que estaba leyendo... leía maquinalmente. ¡Santo Dios, borra esa

¹⁸ [Nota del editor] *Al insertar este artículo, no hemos querido suprimir el párrafo que acaba de leerse, porque él es una prueba de la recomendable moderación del autor, cuya franqueza conocemos. No nos cabe contestarle, porque quizá podría atribuirse a una expresión de amistad, lo que no fuera tal vez más que un voto de justicia a su mérito. El juicio de los lectores, que, sin duda, es tan favorable hacia sus producciones, es la mejor y más satisfactoria respuesta. Redactores del Registro.*

impresión de mi memoria!, exclamaba con fervor... pero nada... ¡Vanas súplicas, inútiles esfuerzos!... Cuanto más me empeñaba en alejar este recuerdo de mi imaginación, tanto más presente estaba... Fuerza, pues, era tomar una seria resolución... Es preciso salir de Mérida, pensé... ¡Cielos! Alejarme del objeto que tan dulcemente me ha tantalizado...¹⁹ morir al nacer es cosa triste... ¡Maldición!

¡Amar y no ser amado!
 ¡Amar y no consentir!
 ¡Amar viviendo olvidado!
 ¡Morir por haber amado!
 ¡Y no poderlo decir!²⁰

Eran cerca de las nueve de la noche y aún no había pensado en salir; cabizbajo y entregado a la más melancólica meditación, me paseaba por el corto espacio de mi cuarto cuando llegó mi compañero de viaje.

—¿Qué tiene usted que está tan triste?, me preguntó sorprendido.

—¡Nada, amigo mío, nada!... No quiera usted saberlo... Infeliz, desdichado de usted de experimentarlo!... Mañana me voy para Sisal... Cuento que usted me acompañará.

—¿A Sisal dice usted? ¿A Sisal?

—Sí, señor, a Sisal, y a la Habana.

—Nada de eso, ¿está usted fresco! ¿Irme de Mérida cuando estoy ya enamorado? ¡*Nequaquant*!²¹

—También yo lo estoy y precisamente esa es la causa por la cual me iré.

—Pues a mí es la causa que me retendrá.

—Porque no tiene usted una pasión volcánica... una pasión que, cual fiebre maligna, le consuma, le devore, le destruya,

¹⁹ [Nota del editor] *Tantalizar*, verbo nuevo, dimanado del suplicio de Tántalo que murió encandilado.

²⁰ Versos de José Zorrilla, del poema “Un recuerdo y un suspiro”.

²¹ *Nequaquant*: “de ninguna manera, de ningún modo” (NTLLE 1803). Proviene del adverbio latino de negación, *nequaquam*.

doctor... en esta población hay demasiado magnetismo... temo reventar... yo no vivo... sufro en extremo... es preciso, indispensable, alejarme... no volver a ver aquel ángel o demonio...

—¡Delirios!, mi buen amigo. La enfermedad de usted se cura haciendo la declaración hoy y casándose mañana.

—¡Casarme dice usted...! No... Soy antípoda del matrimonio.

—También lo era yo y el magnetismo me ha hecho cambiar.

—¿De veras, doctor?

—Y tan de veras, que así como usted está resuelto a irse, yo lo estoy a quedarme y casarme.

—¿Es posible!

—Sí, amigo mío, présteme usted su atención y le explicaré mis razones. Por lo poco que tengo visto y observado en el corto tiempo que ha permanecemos en este país, el sexo femenino vale mucho más que el masculino, lo que es una excepción a la regla general. Las mujeres, a más de ser generalmente hermosas, se hallan dotadas de mucha virtud, de mucho candor, de una inocencia sorprendente y de una extremada laboriosidad, puesto que he presenciado que mientras algunos maridos se hallan entregados a la holganza y al juego, ellas no tan sólo atienden al gobierno de su casa, pero sí también a los negocios puramente mercantiles, peculiares al hombre, viéndolas ora vender detrás de un mostrador, ora comprar a los individuos del interior, y hasta pesar por sus propia manos aquello mismo que compraban. Aquí las mujeres adquieren, los hombres destruyen. Mujeres, pues, de esta clase deben de necesidad ser buenas esposas y mejores madres, y así como para nosotros el casarnos en ciertos países es una verdadera calamidad, en este lo considero como una verdadera felicidad. El celibato en aquellos es una economía, aquí lo es el matrimonio. ¿Qué quiere usted, amigo? ¡Cada uno mira las cosas con sus ojos! Para mí, Mérida es una ciudad que convida al matrimonio, porque a más de las bellas circunstancias que favorecen al sexo, ¡seamos francos!, ¿en qué ciudad del mundo encontrará usted una completa ausencia de modistas, peluqueros, charlatanes y esas cincuenta mil diversiones y reuniones que fuerzas a gastar?, y puesto que

usted está apasionado, debiera hacer como yo, casarse y *pax vobiscum*.²²

—No, no, doctor, mi pasión es un fuego devorador, y ese fuego al abrasar a mi mujer la destruiría...

A las once de la noche del siguiente día, mi persona se encontraba ya en el camino de Sisal... Al salir de la población, un hasta entonces ahogado suspiro salió de mi oprimido pecho, conmoviendo la calesa que me conducía... volví la cabeza hacia la ciudad... por la postrera vez quería ver la morada de mi bien... era de noche... nada veía... una lágrima... pero una sola, llena de amargura y dolor, corría por mi mejilla... ¡Adiós, Mérida!... exclamé, ¡adiós!... ¡Plegue al cielo que seas siempre tan feliz cuanto soy en este momento desdichado!

Buenaventura Vivó²³
Mérida, 15 de noviembre de 1845

²² Pax vobiscum: frase latina que significa que la paz esté con ustedes. (HERRERO)

²³ Buenaventura Vivó (1820-1872) fue cónsul de México en La Habana entre 1846 y 1853 y ministro en España entre 1853 y 1855, esto es, durante el último gobierno del general Antonio López de Santa Anna. En marzo de 1856, a los pocos meses de que dejó la legación, publicó en Madrid sus *Memorias*. En ese libro, Vivó menciona que el propósito central de su misión en España fue lograr un acuerdo entre México, por un lado, y España, Francia y Gran Bretaña, por el otro, tendiente a contrarrestar el expansionismo estadounidense en el continente americano. Otros temas que aborda Vivó son el problema de la deuda, la introducción de indios mayas de Yucatán a Cuba y la protestas que generó en España el acta mexicana de navegación de 1854 (Buenaventura Vivó. *Memorias de Buenaventura Vivó. Ministro de Méjico en España durante los años 1853, 1854 y 1855*. Madrid: Imprenta de M. Rivadeneyra, 1856).

El porqué de mi silencio¹

—¿Qué escribe usted ahora, don Gil? Me dijo un día con aire de franqueza uno de tantos en cierto corrillo, de esos que se forman para matar el tiempo. ¿No tiene usted nada entre manos?

—Sí, le contesté: cosas ligeras, articulillos de costumbres.

—¿De costumbres, eh? Bueno, bueno. Tratará usted por supuesto de la elegancia de nuestras damas, de su apostura y donaire, de su discreción, de su virtud...

—Sí, mas...

—Del evidente progreso que la civilización hace en el país en todos sentidos.

—Pero también...

—De la facilidad con que el buen gusto se va aclimatando entre nosotros, no teniendo ya qué envidiar a París...

—Sobre eso...

—De nuestra actividad, de nuestro genio laborioso, de nuestra franqueza sin ejemplo, de nuestra felicidad sin tasa. ¡Ah! Usted es mi amigo, usted es el amigo de todos los yucatecos. Usted es el *non plus ultra* de los escritores pasados, presentes y futuros. Las producciones de usted se hallarán en las bibliotecas de todos los sabios de las generaciones venideras, yo lo juro, y su fama volará por todo el mundo y durará tanto como él. Deme usted un abrazo, inclito amigo, flor y nata de la yucateca gente.

No acabara sin duda de elogiarme mi improvisado admirador, si es fuerza de los abrazos y estrujones con que acompañaba

¹ Manuel Barbachano [Don Gil de las Calzas Verdes]. "El porqué de mi silencio". *Registro Yucateco* II. 1846, 460-462.

sus lisonjeras palabras, no hiciese saltar del bolsillo de mi levita el borrador de un artículo que había yo escrito sobre nuestras fiestas, que al momento se puso a leer si pestañar. Poco a poco fue mudando de color mi hombre y sin decir agua va, comenzó a exclamar:

—¡Oh!, me equivoqué, me equivoqué de medio a medio: usted es un ignorante, un ingrato, un mal ciudadano, un hijo espurio de la patria. ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué no se va usted a vivir a otra parte? ¿Conque es inaguantable y tiene cierto olor a barbarie el llamado bronceo de nuestras fiestas públicas? ¿Conque nuestros toros son ovejas y los lidiadores no tienen habilidad ni destreza para esta clase de luchas, a las que se dedican tomados por lo común del vino? ¡Oh! Esto es demasiado. *Ainda mais*:² dice usted que la lotería es un juego insulso, un excelente narcótico y del modo en que se juega en nuestras fiestas un verdadero y escandaloso robo. ¡Ah!, no hay pena que no merezca un hombre que habla así de las cosas de su patria.

Al llegar allí otro de los del corrillo, que hasta entonces había estado leyendo mi borrador por encima del hombre del protagonista de este cuadro, llevándome a dos o tres pasos de distancia, me dice:

—Usted habla de mí en ese artículo.

—¿Yo? No lo crea usted.

—Sí, señor.

—Hombre, si solo hablo determinadamente de un jorobado y potroso.³

—Pues ese, ese.

—¡Ah!, perdone usted, ¿es usted jorobado?

—No, señor.

—¡Conque potroso!

—No, señor, tampoco, pero me llamo Juan, y ese es el nombre de su personaje de usted.

—Pero, criatura, porque se llame usted Juan...

² *Ainda mais*: “voz portuguesa, que significa además o aún más” (NTLLE 1884).

³ *Potroso*: “con hernias” (NTLLE 1846).

En esto un tercero, tirándome fuertemente de la levita, me llevó en otra dirección para decirme:

—Éstos son unos bárbaros, no les haga usted caso; pero, amigo, no se incomode usted, porque le diga que esos artículos de usted son exagerados, no en la crítica sino en los elogios que hace usted del país. Nosotros, amigo, somos una especie de hotentotes;⁴ estamos por conquistar todavía. ¡Oh, París! ¡París! Aquella divina, aquella culta sociedad de París. Si usted viera la sociedad de París, pero ¿qué hablo de París?, si usted viera la sociedad de cualquier pueblo de provincia en Francia y Alemania, e Italia. ¡Turín! ¡Turín! ¡Florencia! ¡Ah!

—¿Conque ha andado usted por Europa?

—¿Quién? ¿Yo? No, señor, por Europa no.

—Pues cómo... ¿Ha viajado usted por los Estados Unidos?

—No, tampoco; el único viaje que he hecho ha sido a Río Lagartos, y porque a la vuelta estuve para ahogarme a vara y media del muelle de Sisal, ofrecí y juré no volver a desamparar mis penates.⁵

—Habrá usted leído mucho.

—En cuanto a eso, yo le diré a usted, la lectura me cansa, me fastidia y me da sueño; yo no leo, amigo mío, pero no por eso dejo de saber cómo anda el mundo, porque nunca falta modo...

¿Qué debía yo hacer al oír juzgar así de los artículos que yo creía haber hecho no sólo por pasatiempo mío, sino también en algún beneficio público? ¿Qué debía yo hacer, sobre todo, cuando fijando mi atención en el infalible barómetro de la humana naturaleza, en lo real, en lo verdadero, en lo más positivo que se ha descubierto hasta ahora desde Adán acá, hallé que los frutos de mis cortos o grandes desvelos, estaban todavía en agraz,⁶ sin dar esperanza de pasar de ahí? Yo no sé lo que otro haría: yo me di por muerto para escribir.

Don Gil de las Calzas Verdes

⁴ *Hotentote*: “salvaje de un país inmediato al cabo de Buena Esperanza” (NTLLE 1837).

⁵ *Penate*: aquí se refiere a su hogar.

⁶ *En agraz*: “antes de tiempo debido o regular [inmaduro]” (NTLLE 1803).

Una de cal y otra de arena¹

Tienen razón los que dicen que no siempre deber verse las cosas por el lado malo; sí, sí, “una de cal y otra de arena”. Esto decía yo para mí cierta mañana; y con tan pacíficas disposiciones hacía que mi amanuense me leyese las cabezas de los artículos que estaban en embrión, para continuar y concluir el que cuadrarse mejor con mis ideas de aquel día.

—“Los pasteleros literarios (plagio de la política)”

—Adelante, ese no.

—“Poesía en prosa o cosas del tiempo”

—Tampoco.

—“Imparcialidad de los hombres de partido”

—Menos.

—“Falta de estímulo entre nosotros para los escritores públicos”.

—Ése, trastornado enteramente, quedará bueno, y con eso no dirán los críticos: el tal don Gil es más amargo que el acíbar, y tan áspero como los ricos y grandes señores que improvisa la fortuna. Manos a la obra, pues; ponga usted:

“Lisonjero panorama del visible progreso y de la verdadera y positiva difusión de las luces en el patrio suelo”.

¿Qué tal? Me parece que el título ha quedado bueno; no frunza usted las cejas, y si le parece hinchado y confuso el estilo,

¹ Manuel Barbachano [*Don Gil de las Calzas Verdes*]. “Una de cal y otra de arena”. *Registro Yucateco* III. 1846, 13-15.

Una de cal y otra de arena: refrán. “Se dice de la persona que actúa alternativamente de forma positiva y negativa; alternar opiniones o juicios diversos o contrarios para contemporizar” (Guillermo Suazo Pascual. *Abecedario de dichos y frases hechas*. Madrid: EDAF, 1999).

será por no haber leído el comunicado inserto en el número 691 del periódico oficial del departamento, que me ha servido de modelo. Aquel que divide a la América en citerior y ulterior, y usa de otro juego de voces de buen efecto. Pero continuemos con nuestro asunto.

“El asunto de leer se extiende y se propaga rápida y asombrosamente. Ya es una necesidad general en el país. Todos se esfuerzan por poseer, por devorar, digámoslo así, cuanto sale de las imprentas. Es un empeño decidido, admirable, increíble. En esta parte, hemos llegado ya al máximum del progreso. Esta brillante perspectiva...”

—Señor don Gil (me dijo a la sazón interrumpiendo mi trabajo, uno que entraba a mi casa para engañar el tiempo), ¿qué tenemos de novedades? ¿Qué hay de política? ¿Qué pronunciamientos son esos que los pueblos hacen?

—¿No ha visto usted los últimos números de *El Siglo XIX*?²

—No.

—¿Qué, no está usted suscrito a él?

—Dios me libre de tirar el dinero en eso. ¿Y qué hay de Texas y de bárbaros?

—Le daré a usted los periódicos de México.

—No, no se incomode usted; yo sólo quería que charlásemos un poco, pero, estando usted como parece ocupado ahora, lo dejaremos para otro día. *Abur*.

Apenas me libré de éste, cuando otro de la misma estofa, que me llama su predilecto amigo, le reemplazó en la visita y en el diálogo.

—Conque Gil, me dijo, ¿ya no escribes en el *Registro*?

—¡Qué! ¿No has visto el articulillo que salió en el último número?

—¿Ya salió el *Registro*?

—¡Buena es esa! Hace más de ocho días. ¿No te lo han llevado?

—No me lo han llevado.

² El periódico *El Siglo Diez y Nueve* o *El Siglo XIX* (1841-1896) fue, junto con *El Monitor Republicano* (1844-1896), uno de los diarios de más larga duración que se publicó en esta centuria en México (Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel, coord. *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX, 1856-1876*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003).

—¿Mas si el repartidor?

—No, la cosa es que no yo no estoy suscrito al periódico, porque un compadre mío lo está, el cual suele prestármelo cuando sus niñas lo acaban de leer sin romperle todas las hojas. Todavía me lo mandará. Ya ves que este modo me ahorro un pico, que los tiempos no están para despilfarros. Por otra parte, el *Registro* se compone por lo común de cosas ligeras y triviales, y yo estoy por lo sólido: la historia, por ejemplo. ¡Oh! Soy frenético por la historia.

—Según eso, ¿estarás suscrito a la de Yucatán, que se publica en esta capital?

—¿Se publica una historia de Yucatán?

—¿No lo sabías? ¿Es posible? Pero no tengas cuidado; yo diré que te cuenten entre los suscriptores.

—Hombre, espera... te avisaré... no me suscribas por ahora.

—¿Y tu afición a la historia?

—¡Ah!, es increíble; no creas que me chanceo. Soy aficionado, muy aficionado a la historia, aficionadísimo, pero no estoy por suscribirme.

Tras de éste se colaron otros en mi casa.

—¿No es cierto, me decía uno, que Espartero³ es el regente de España?

—¿Qué adelantado está usted de noticias!

—Conque no; pues, amigo, yo lo he leído en un periódico de la Habana.

—¿En un periódico de la Habana? ¿Cuándo?

—Habrá cosa de tres años.

—¡Toma! Yo también he leído en otros la toma de Argel.⁴

Otro decía que en España reinaba Carlos V. Otro preguntaba si aún vivía el famoso Canning,⁵ y yo aburrido y cansado de

³ Baldomero Espartero fue regente de España de 1840 a 1843, mientras se hacía efectivo el reinado de Isabel II (Manuel Tuñón de Lara. *La España del siglo XIX*, 2. Madrid: Akal, 2000).

⁴ *Toma de Argel*: Lucha emprendida por los españoles para arrebatar Argel a los turcos, celebrada en octubre de 1541. *Nótese la ironía*.

⁵ Puede referirse al político Georges Canning (1770-1827), quien fue ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra durante el primer tercio del

ellos, tuve que decirles francamente que tenía quehacer y que les estimaría me dejaran solo. Se marcharon, pues, y dirigiéndome al amanuense, le dije:

—¿Dónde estábamos?

—Aquí: “Esta brillante perspectiva...”

—¡Ah! Sí, continuemos. “Esta brillante perspectiva, esta palpable afición a la lectura...”

—Pero, señor, advierta usted que lo que dice se opone abiertamente a los diálogos que acaban de tener lugar.

—¿Y qué importa?

—Es que los he colocado en el artículo, porque me parecieron como hechos de encargo para él.

—¿Qué disparate! Si yo me había propuesto ir por otro rumbo.

—Pero, señor, en su artículo anterior, ¿no dio usted un vapuleo⁶ a muchos de lo que leen? Pues, ¿por qué no se les ha de dar en éste a los que no leen absolutamente, que sin duda lo merecen más?

—Es que yo no estaba hoy para vapuleos.

—¡Escrúpulos pueriles! Deséchelos usted y atienda también a que llevándose por esta vez de mi opinión, el artículo puede darse ya por concluido. ¿Quiere usted que salga así?

—Pregúntesele, usted, a los amigos que redactan el *Registro*, y si lo admiten...

—¿Qué?

—Que salga y *Laus Deo*.⁷

Don Gil de las Calzas Verdes
Mérida, 8 de enero de 1846

siglo XIX; apoyó los movimientos independentistas latinoamericanos y rechazó toda intervención de las potencias europeas en América, en especial la española. (Manuel Tuñón de Lara. *La España del siglo XIX*. Madrid: Akal, 2000).

⁶ *Vapuleo*: “proviene de vapular, que significa azotar”(NTLLE 1855).

⁷ *Laus Deo*: expresión latina que significa “Gloria a Dios” y se utiliza al terminar una obra (HERRERO).

Don Cándido o la piedra filosofal¹

I

Sólo cuatro días hacía que don Cándido era habitante de Mérida, y aunque era hombre corrido,² aseguraba con ingenuidad y de todo corazón, que no había visto en su vida gente tan amable como la de este país, en el cual había hallado aquella piedra filosofal tan rara en estos tiempos, y aun en los de antaño: la amistad verdadera. En efecto, desde que se levantaba hasta que se acostaba, don Cándido estaba siempre rodeado de diferentes personas, que además de ofrecerle sus servicios a cada paso, no perdían ocasión de complacerle, de acariciarle y de mostrársele enteramente rendidos a su voluntad. Don Cándido se admiraba y se sorprendía cada vez más de su improvisada dicha, y se devanaba los sesos calculando inútilmente sobre la causa de ella. Mi talento, decía, no puede ser a mi condición, y mi rango tampoco, porque no soy ninguno de esos célebres personajes para los cuales todo el mundo es patria. Mi dinero... ¿Qué son mil onzas de oro que me acompañan? Además de que este dinero es un arcano³ para todos, menos para mí (en esto se equivocaba don

¹ Don Gil de las Calzas Verdes. "Don Cándido o la piedra filosofal". *Registro Yucateco* III. 1846, 58-62.

Piedra filosofal: "la materia con que los alquimistas pretenden hacer oro artificialmente" (NTLLE 1846).

² *Corrido*: "se aplica a la persona de mundo experimentada y astuta" (NTLLE 1832).

³ *Arcano*: "secreto, recóndito, reservado" (NTLLE 1832).

Cándido, porque bien puede un hombre ocultar que es tuerto o jorobado, pero imposible es que oculte ni disfrace si tiene o no el riñón cubierto).⁴ No sabía, en fin, explicar su dicha, y estaba repitiendo siempre: “encontré la piedra filosofal”.

Un día (festivo por más señas, según dicen los anales de donde se tomó esta narración), cuando iba a sentarse a la mesa, oyó parar un carruaje a la puerta de su posada, y a poco rato un mozo puso en sus manos un billete que contenía lo siguiente: “Querido amigo: espera a usted sin falta alguna a comer su apasionado Q. S. M. B.,⁵ P. Z.” ¡Estas iniciales!...

Ah, dijo al momento don Cándido, sí, sí, mi amigo, mi camarada don Pedro, que no sabe qué hacer por obsequiarme; y volviéndose al mozo, le dijo: “al momento voy”. Reventando de gozo por esta nueva e irreparable prueba de amistad que recibía, y repitiendo: “no lo puedo negar, encontré la piedra filosofal”. Se preparó sin tardanza, se metió en la calesa y fue a parar a la casa del que lo convidaba, donde encontró ya a sus camaradas y amigos. Don Pedro protestó y repitió mil veces a don Cándido que aquella era su casa, y todos sus amigos, y que no encontraría allí más que llaneza y amistad, con lo cual don Cándido se enajenaba más y más, y poco le faltaba para perder totalmente el juicio. A poco rato se sentaron a comer y después que hubieron concluido, pasaron a otra pieza, cuyo comedio⁶ ocupaba una gran mesa redonda, cubierta con un lienzo blanco y rodeada de asientos, encima de la cual estaban unos dados. Los concurrentes fueron sentándose y una persona que tenía trazas de administrador o mayordomo de la casa, les ponía dinero delante. Entonces don Pedro, dirigiéndose a don Cándido, le dijo:

—Siéntese usted.

—¿Yo?

—Sí, ¿qué, no juega usted?

—Yo... yo, señor don Pedro, no sé, es decir, no acostumbro.

⁴ *Tener el riñón cubierto*: “estar bien de conveniencias o estar rico” (NTLLE 1832).

⁵ Q. S. M. B.: que su mano besa.

⁶ *Comedio*: centro.

—Esto, amigo, es pura diversión, puro pasatiempo, y en cuanto a legalidad, ¡oh!, de eso no hablemos; en mi casa, ¿cómo había yo de consentir otra cosa? Aquí no entran más que caballeros y amigos muy predilectos. ¿Conque juega usted un restito?⁷

—Es que... he venido sin dinero.

—¡Oh!, eso no importa: cuanto hay en mi casa, y cuanto tengo y valgo, es de mis amigos, y particularmente de usted, con quien simpatizo de una manera increíble; y así no se apure usted por eso. Don Pablo, don Pablo (dirigiéndose al administrador de la casa), un resto para el señor.

Después de estos preliminares, se cerró la puerta del cuarto, se sacó el inglés⁸ y comenzaron a rodar los dados.

II

La noche con su negro capuz cubría a los habitantes de Mérida hacia ya largo tiempo. Ya había pasado la hora de las tertulias en las aceras de las calles, y el interés de las noticias, los diálogos de amor, la importante serie de las enfermedades de la señora más anciana y la sal de los chismes y cuentos habían cedido su lugar a la necesidad del reposo. Los frenéticos partidarios de lo más positivo de la tierra llevaban hecha ya la vigésima requisa a sus cautivos tesoros. Todas las puertas estaban cerradas y del alumbrado público apenas quedaban las últimas titilaciones. El sosiego, en fin, era absoluto en aquellos momentos, y sólo interrumpido de cuando en cuando por los descomunales gritos de las centinelas o por el triste aullido de algún perro, cuya constante lealtad no le había puesto a cubierto de la proscripción de que era víctima.

En medio de esta soledad, un hombre cabizbajo y pensativo atravesaba la plaza principal. Era don Cándido, que, como rumiando los sucesos que acababan de pasar por él, estaba fuera de sí. ¿Para qué diablos jugaría yo?, exclamaba. Pero don Pedro se

⁷ *Restito*: “en los juegos de envite [apuesta], la cantidad que consigna el jugador para jugar y envidar” (NTLLE 1846).

⁸ *Sacar el inglés*: se refiere a la baraja inglesa.

empeñó y no era posible desairarlo. ¡Qué suerte tan atroz! ¡Trece azares⁹ seguidos! ¡Oh!, parece increíble. Sólo a mí puede sucederme cosa semejante... ¡Aquél que estaba a mi derecha echando siempre suertes y parándome!... tal vez me robaba... ¡Oh! No, no, don Pedro me ha garantizado que allí todos eran caballeros. ¡Loco de mí!, ¿Por qué no me retiré después de la tercera reposición? ¡Ah!, entonces hubiera yo salvado siquiera la mitad de mi capital, pero no era posible, don Pedro me ofrecía y me daba más dinero en aquel momento, con la sana intención de ver si me desquitaba... ¿Y los amigos? ¿Cómo es que nadie me acompaña esta noche? Quizás no advertirían mi salida, o más bien por no aumentar mi aflicción. Sí, sí, eso es, eso es. ¡Santa amistad, único bálsamo en las adversidades de la vida, eres de un precio inestimable! He perdido toda mi fortuna, pero ¿qué me importa?; me han quedado mis amigos. Ellos irán a verme mañana, sí, mañana irán a verme, a consolarme y a poner cada uno a mi disposición lo que tenga. Ninguna pérdida debe afligirme cuando he hallado *la piedra filosofal*.

III

Martes debía ser para don Cándido el día que siguió a la funesta, a la aciaga noche de su pérdida. Agitado, convulso, y entre espantado y colérico, se paseaba por su cuarto, sin decidirse a creer la realidad de lo que le pasaba; pero sin estar ya, como el día anterior, tan seguro de haber hallado *la piedra filosofal*.

La cuenta de don Pedro, decía para sí, no está conforme con los apuntes que yo iba haciendo en mi cartera al recibir el dinero. Novecientas onzas tengo apuntadas en ella como cargo contra mí, y don Pedro me ha reclamado mil cincuenta; pero lo que más me asombra es que don Pedro, mi predilecto amigo don Pedro, no quiso ceder absolutamente a mis reflexiones, y sobre todo, la prisa con que me exigía el pago. ¿Qué será esto?... ¿Mas si la amistad de don Pedro no es la que yo me he figurado?

⁹ *Azares*: "en los naipes y dados, la carta o dado que tiene el punto con que se pierde" (NTLLE 1832).

Pero sus promesas, sus demostraciones, sus halagos... ¡Mas la conducta de hoy!... En fin, sea lo que quiera, ya le entregué las mil onzas que constituían mi capital, y las cincuenta que le resto me las proporcionarán mis amigos. Sí, estoy seguro de ello, todos me han ofrecido... pero ninguno viene... Todos los días almuerzan conmigo, y hoy... ya son las dos de la tarde y... ¿qué será esto?

—¡Ah! Gracias a Dios. Perico, ¿encontraste a mis amigos?

—Sí, señor.

—¿Contestaron?

—Don Anastasio, don Juan y don Eusebio, me dijeron que estaban ocupados; los demás me entregaron estas cartas.

—A ver, veamos. “Querido Cándido: siento mucho no poderte servir, porque esta mañana hice un pago para el cual no me bastó la ganancia de anoche; pero sabes que es tu amigo siempre. Felipe”. “Querido Cándido: esta mañana recibí la noticia de haberse quemado el rancho de mi tía, por lo cual estoy en busca de dinero para remediar el desastre, pero te ama de corazón. José María”. “Querido Cándido: la casualidad de haber comprado una partida de costales media hora y dos minutos antes de recibir tu carta, no me permite la satisfacción de servirte; que si no con mucho gusto lo haría tu amigo. Fernando”. “Estimado Cándido: un rayo que cayó en mi hacienda y obligó al mayoral a esconderse en la noria, me precisa a ponerme en camino ahora mismo; pero a la vuelta nos veremos, y cuenta siempre con la fina amistad de tu amigo. Pancho.”

—¡Bendito Dios! ¡Todas las cartas de un tenor! Ficciones, puras ficciones y nada más. ¿Y las promesas de ayer? ¿Y los agasajos?... ¡Ah! Me equivoqué, pero ¿qué veo? Juanito, ¿eres tú? ¡Oh! Yo sabía que tú no me engañabas; mi corazón me revelaba que tú eras mi verdadero amigo, mi único amigo. Yo sabía que tú no podías dejar de venir a verme hoy, que...

—Sí, Cándido, vengo de parte de nuestro amigo don Pedro a que me entregues tu caballo y tu quitrín¹⁰ a cuenta de las cincuenta onzas que le restas de la cuenta de ayer.

¹⁰ *Quitrín*: “calesa cuyo toldo se sube y baja con resortes” (NTLE 1846).

—¡Ah!, ¿conque tú vienes a cobrarme? ¿Conque vienes por mi quitrín y caballo? Está bien: voy a entregarlos, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que se me ha de llevar en él primero hasta la playa.

—¿Estás de viaje?

—Sí, voy a hacer un viaje largo; voy a sepultarme en los abismos del mar.

—¿Estás loco?

—No, ahora no estoy loco; pero sí lo estuve cuando creí haber hallado en ustedes la *pedra filosofal*.

La crónica de este suceso dice que don Cándido no llegó a hacer el viaje a la playa, porque mientras se disponía el carruaje, determinado sin duda a tomar por el atajo, se salió de la posada en un caballo, y a galope en él y con una pistola en la mano, iba diciendo a grandes voces: de esta hecha¹¹ sí encuentro la *pedra filosofal*.

Don Gil de las Calzas Verdes
Mérida, enero 27 de 1846

¹¹ De esta hecha: “desde ahora, desde este tiempo o desde esta fecha” (NTLLE 1846).

Una carga concejil¹

Que uno sueñe con sus negocios y se desvele por ellos, es cosa muy natural, pero someter el hombro a cargas ajenas que, según ciertos tipos de nuestra sociedad, deben ser comunes, se hace cuesta arriba a todos, aunque no todos tengan la franqueza de confesarlo. No pretendo hacer la apología del egoísmo, pues aunque soy severo al hablar de nuestras costumbres, porque me he propuesto buscar la exactitud y decir la verdad, y la verdad siempre es severa, no por eso he peleado con la filantropía, ni tengo intención de convertirme en apóstol de una nueva moral. Explico mis impresiones sobre lo que veo y no hago más.

Sóbranle a cada hijo de vecino faenas y ocupaciones propias y necesarias, con la añadidura del largo catálogo de los sinsabores que son fruto amargo, pero infalible de la existencia del hombre; pero supongamos que esto no sea una regla general, supongamos que haya algunos o muchos entes en este mundo que nada tengan que hacer ni en qué pensar, para quienes el tiempo no vuela, ni corra, ni aun se mueva siquiera; hombres que pasen la mitad de la vida durmiendo y la otra mitad descansando: ¿será ésta una razón para que deban constituirse en lazarillos del prójimo, o en acémilas del primero que los haya menester? Pero ¿qué remedio? Póngase uno a poner puertas al campo o a detener un torrente, que torrente impetuoso y desbordado es todo aquello que lleva impreso el sello de la costumbre; ¿qué logrará? Y aunque no se tenga cuenta con *el qué dirán*, ni con otros espantajos de este jaez,

¹ Don Gil de las Calzas Verdes. “Una carga concejil”. *Registro Yucateco* III. 1846, 113-116.

¿cómo se contrasta lo que es imposible? ¿Quién es el guapo que se atreve a echar el pecho al agua contra la corriente de la costumbre?

No más preámbulos: véase ese hombre que parece mi sombra, la del vecino y la de todos. El de las enormes y multiplicadas faltriqueras atestadas de legajos viejos y memoriales nuevos, que pueden competir con los archivos de Sevilla y de Simancas, aunque tomen por auxiliares a los protocolos de Londres, y aun con el piélagos insondable de códigos, constituciones y bases de organización política de la República Mexicana, con sus leyes, decretos, aclaraciones y reformas consiguientes. Aquel que no sé si duerme ni descansa, pero que madruga más que el alba para tener tiempo de desarrollar su vasto y complicado programa de visitar diariamente a todos los hombres públicos o de influencia en los negocios, de hacerse presente en todas las oficinas, tertulias y corrillos, de recorrer el círculo de los deudos y amigos de los prohombres, de halagar a los porteros de aquellos y a las ordenanzas y dependientes de todas categorías para conseguir oportunas introducciones, y de escudriñar en fin y ponerse al tanto de las amistades y relaciones oblicuas y secretas, que suelen ser la más recta y segura senda para llegar al punto que se desea.

Vedle ahí, ved al hombre de que hablo, que se halla a un tiempo en todas partes y que es el inevitable tropiezo de cuantos transitan por las calles; que va por aquí y por allí con vista de lince para que nada se le escape, preguntando a cuantos encuentra al paso “¿está usted impuesto² de mi asunto?”, y sin esperar respuesta, continúa “impondré a usted de él; oiga usted: ésta es la primera representación que hice al gobierno (y la lee); oiga usted ahora los comprobantes (vuelve a leer); ahora verá usted la segunda. Este otro papel es una famosa consulta que se imprimió hace veinte años. Se va usted a admirar con el dictamen que se presentó en el consejo real el año de 800, que dice así (y lo lee de cabo a rabo). Aquí tiene usted la copia del expediente que se formó sobre la materia: la justicia, pues, en lo que pretendo es evidente, es palpable; pero otros documentos que voy a leer a usted no le dejarán la menor duda...”

² *Impuesto*: enterado.

Y si el pobre mártir que cayó en las garras de aquel hombre quiere librarse de tan insufrible tormento, ¿cuánto tiene que sudar para conseguirlo?, ¿cuántos esfuerzos tiene que hacer?

—Sí, sí, le dice, tal vez para salir del apuro: estoy enterado de todo: lo que usted pide es justísimo... se conseguirá... porque daré pasos, tocaré cierto resorte y... en fin, hablaremos otro día, porque ahora estoy de prisa.

—¡Ah! no, es preciso que oiga usted ahora la real cédula del año de 72.

—La sé de memoria; conque hasta...

—Espere usted, aquí tengo en la mano la resolución del congreso de 1825, por ella verá usted...

—Me marchó, amigo.

—Mire usted el pedimento fiscal.

—No puedo, me voy.

—No son más que cinco pliegos.

—Otro día lo veré.

—A lo menos, oiga usted los últimos tres periodos.

—Ni una línea más, porque ya hace una hora que debía estar en mi oficina, y porque al paso que vamos dura nuestra conferencia por lo menos hasta la fiesta de Santiago.

—Estas tres certificaciones son esenciales; aquí están: oiga usted, en su momento...

Si logra escaparse de aquel suplicio el pobre mártir del negocio ajeno, le sigue el hombre hasta perderle de vista, diciéndole: “cuidado con la recomendación... y dé usted aquel otro paso... no deje usted de tocar aquella tecla... aproveche la oportunidad... haga usted sobre todo porque nos veamos de aquí a dos horas, sin falta... ¡Ah!, no olvide usted la real cédula, ni la parte expositiva de mi cuarta representación al gobierno... y aquel párrafo del pedimento fiscal que comienza así: hablaré eternamente y eternamente diré...” (y continúa incansable el hombre de su negocio, hasta que por carambola le dan con alguna puerta en los hocicos).

¿Es plaga ésta? Prescindamos del tiempo que hace perder a los demás; prescindamos del trabajo exótico que a la fuerza les hace

emprender. ¿Puede un hombre no reventar de cólera, teniendo que sufrir tanta tenacidad, tanta impertinencia? ¿Y es posible evitar tal plaga?

Para evitarla dirán algunos que bastará *no hacerse uno de miel* (como dice el refrán),³ pero se equivocan, pues para que una mosca de esta ralea le chupe a uno no es preciso ser de miel: le chuparía aunque se convirtiera en acero o en piedra berroqueña.⁴

Un hombre así, no hay que dudarlo, es un mal inevitable, un mal común, y es lo que con más propiedad puede llamarse *una carga concejil*.

Don Gil de las Calzas Verdes
Mérida, febrero 8 de 1846

³ *No hacerse uno de miel*: es una variante del refrán “haceos miel y comeros han moscas [que] denota que mucha suavidad [y complacencia] suele perjudicar” (Esteban de Terreros y Pando. *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes de las tres lenguas francesa, latina e italiana*, 2. Madrid: Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía, 1787). En su negación indica que la persona no debe ser blanda o complaciente para evitar que se abuse de ella.

⁴ *Berroqueña*: “adjetivo que se aplica a una especie de piedra de color ceniciento algo oscuro y a veces rojo. Resiste mucho a la intemperie y se prefiere para la construcción de edificios” (NTLLE 1852).

El Carnaval¹

En el número anterior se ofreció escribir un artículo sobre esta materia y yo he tomado a mi cargo su desempeño aunque para ello no cuente con las condiciones *ad hoc*. ¿Y por qué?, porque es necesario ver las cosas por sus diversos lados y tener la pluma de un escritor de costumbres como nuestro colaborador don Gil, pero ya que no es dado a todos esta gracia, ya que la penosa obligación de cumplir lo ofrecido me fatiga y abruma, trazaré el mamarracho como pueda, y si no fuese de costumbres, será de otra cosa, y si no se le pudiese dar nombre, será un desatino *sui generis*.

Originales debían de ser los tiempos en que el papa con su colegio de cardenales y toda la gente de Roma, iban en procesión al monte Testacio² el domingo de Carnaval a hacer el sacrificio solemne de un oso y un becerrillo, símbolo, decían, el uno del diablo y el otro de la voluptuosidad y orgullo de los sentidos. No se crea, sin embargo, por este recuerdo, puramente histórico, que la iglesia ha autorizado las extravagantes locuras del Carnaval, pero créase al menos que las ha tolerado, y puede presentarse como prueba lo que pasaba en la misma Roma allá por el siglo xv en que los cardenales tenían la costumbre de disfrazarse y salir por las calles en carrozas triunfales, con la cara tiznada y precedidos de trompetas y clarines. Como las sacristías de los

¹ Vicente Calero. “El Carnaval”, *Registro Yucateco* III. 1846, 117-120.

² *Monte Testacio o Testaccio*: colina artificial formada por numerosas ánforas de aceite de oliva que fueron depositando los romanos y otros; la colina viajeros; data de los siglos I y III d.C. en la ciudad de Roma y fue lugar de numerosas fiestas.

templos eran los lugares que ellos habían escogido para vestirse con sus disfraces, se juzgó que eso si no una profanación, era una cosa impropia de la dignidad del sitio, y el concilio de Soissons lo prohibió en 1456 y el de Toledo en 1563 dispuso que los eclesiásticos no se disfrazasen. Déjense a un lado estas referencias históricas para dar lugar a otro género de reflexiones.

Si estos días de desahogo público son o no indispensables y aun justos, sería esto objeto digno de un tratado moral, cuya doctrina iría a tomarse en el gran libro de la experiencia de todos los países, de todos los tiempos, pues recapitulando brevemente lo que hasta hoy ha pasado, se sabe que los judíos tenían su *goral*, los persas y babilonios sus *saceas*, los griegos sus *kromias*, los romanos más vehementes, más grandes en todo, tenían no sólo sus *saturnales*, como los griegos, sino también sus *bacanales* y *lupercales*. A los judíos modernos no les falta su *purim*, a los musulmanes su *beyram*, a los ingleses su *christmas* y a los demás pueblos el *carnaval*. El cúmulo de observaciones a que daría lugar la imparcial revisión de todas estas fiestas públicas es fácil de percibir, pero no lo es tanto el de desentrañar la profunda filosofía que encierran. No seré yo el que tome a mi cargo este impropio trabajo, cuando sólo debo proponerme, cuando sólo quiero escribir un artículo para nosotros, un artículo del Carnaval, a lo menos como ha sido y es en Mérida.

Que en los años anteriores hemos gustado del Carnaval mejor que ahora es una verdad que conocen los que comparan los años desde 827 hasta 832 con los subsecuentes. Reducida la función entonces a su verdadero círculo, nadie se negaba a formar parte, a tomar su papel en el gran teatro en que esta capital se convertía. Cruzábanse las músicas por todas direcciones, y hombres y mujeres, animados de un solo espíritu, en que por una rara coincidencia se mezclaba la confianza con aquel decoro que merece el bello sexo, salían por estas calles con disfraces ridículos y caprichosos unos, históricos otros, muchos de verdadero lujo, sencillos lo más, pero elegantes todos; y en medio de las oleadas de un pueblo que se movía, que corría frenético a envolverse en la algazara y gritos, no se oía más que un solo eco, el de

la risa, el de la confraternidad, sin que ni un desorden, ni un disgusto, viniese a desmentir la bien sentada fama del carácter pacífico y amable de los actores de esta gran comedia. Afortunadamente tan recomendable cualidad no se ha perdido, pero el cuadro ha cambiado de colores: el Carnaval de los últimos años da vergüenza describirlo; a la verdad, no es digno de un pueblo, que, como Mérida, supo entender tan bien su objeto, y después porque a un ignorante que tuvimos por desgracia de gobernador y comandante general, que como todos saben quién es no he querido nombrarlo; después, repito, porque al tal hombre se le puso en la cabeza variar la faz alegre de nuestro Carnaval en una cosa horrible, ¿quién había de creer que lo consiguiese? ¡Extraña mutación, degradante si se quiere, pero ciertísima!

Se acabaron las máscaras y los disfraces, y no hay que preguntar el motivo. Nadie quiere que al pasar por las calles se le vaya echando desde las azoteas agua, que no sólo mancha los vestidos, sino que puede causar graves enfermedades, razón porque debiera prohibirse severamente este brusco ataque dado a la salud pública. ¿Cuál ha sido el Carnaval de los últimos años? Ha sido un positivo retroceso de los anteriores. Las señoras se han guardado en sus casas, los carruajes han parado y los que en ellos salen van la convicción de que volverán a sus casas, a pesar de un cielo sereno, tan mojados como después de una tormenta. Y tormenta es que debe hacerse desaparecer por convencimiento; yo no he hablado con uno que no conozca lo perjudicial que es darle al Carnaval este carácter de diluvio; yo no he oído a nadie que no prefiera los paseos animados, las músicas y disfraces; y lo raro, lo extraordinario es que no procuramos todos, ya que todos estamos acordes, volver a los años citados en que la diversión era lo que debe ser: retrocedamos, pues, y ésta será una de las pocas excepciones en que retroceder es progresar.

Muchos opinan que los bailes que de algunos años acá se hacen en el teatro, con una concurrencia asombrosa y un lujo no menos notable, han perjudicado al Carnaval; y yo pienso de otra manera, es decir, que a estos bailes se les ha dado un tipo que no es el suyo, se les ha hecho de etiqueta, ¿y por qué?, porque al

Carnaval se le ha sacado de su esfera, pues la función de la noche no debiera ser más que el término del regocijo del día, y cada uno iría al teatro con el disfraz con que se hubiese paseado; entonces serían verdaderos bailes de máscaras. Las meridanas entrarían gustosas en la reforma, pues con ella iban a extender más el tiempo de la diversión; no estarían ocultas en sus casas disponiendo sus vestidos y peinados para presentarse, como lo hacen ahora, por la noche en una sala que a todo se parece menos a la de una noche de Carnaval, en que las máscaras alegres, conversadoras, picantes, animan a la concurrencia, que hoy circunspecta es fastidiosa, es impropia de los días bulliciosos de la época. Vuélvase a dar a los días la animación de las máscaras, de los disfraces, de las músicas; y los bailes de por la noche, estoy cierto que serán un reflejo de este movimiento, una continuación más bien de esa verdadera holgura que se distribuirá entre todos, que todos procurarán distribuir cuando nadie tenga temor de que se eche agua, cuando ya no haya ese gusto, que puede llamarse pésimo, de mojar y manchar a los que pasean.

No es menos perjudicial la costumbre de tirar huevos, y más de una experiencia funesta pudiera traerse en apoyo de esta verdad. En los años que he citado, en que el Carnaval se jugó con admirable ardor, los tiradores de huevos respetaban a los disfrazados para no manchar sus vestidos y respetaban al bello sexo; pero desde que se generalizó la licencia para tirar *a roso y velloso*, ya sin consideración a vaciarle a uno un ojo, se le dirige desde lejos a cualquier persona un huevo que llega con la fuerza necesaria para causar una postema por lo bajo. Ésta es costumbre que debemos desterrar por convencimiento también, pues querer causar un daño tomando por ocasión la más popular de las fiestas es una cosa indigna de un país civilizado, es desacreditar el objeto que se propone esa misma fecha.

¿Y cuál es este objeto? Que cada cual se divierta como quiera, como pueda, sin turbar la alegría de los demás, o al contrario, poniendo de su parte lo que crea necesario para aumentarla. A esto se prestan las máscaras admirablemente, pues sin conocerse las personas se da lugar a la ansiedad, a los chistes que con tanta

maestría describió el célebre Larra en su artículo titulado “Todo el mundo es máscaras”;³ aunque pudiera decirse que esto tiene igualmente otro escollo, y es el de que con la máscara cualquiera que no sea digno de ocupar lugar en una sociedad culta, se mete sin que pueda echársele fuera. Aquí sucede esto porque no se adopta el uso que en otras partes se halla sabiamente establecido. Ninguna mascarada se presenta a la puerta de una casa sin que no venga una persona cubierta que responda por todos. Con solo este paso se corta de raíz el inconveniente propuesto.

Demos, pues, a los días del alegre Carnaval la atmósfera que les corresponde; suspéndase la lluvia de las azoteas y suprimase la manía de tirar huevos; oíganse de nuevo los acordes instrumentos, crúcense los carruajes, que las máscaras anden de una parte a otra, y que después de tan bulliciosos días, de tan hermosas noches, no quede más que un recuerdo grato y se espere con inquietud, con vehementes deseos, la vuelta de este tiempo corto dedicado al placer general que no debe acibararse⁴ con propiedades tan indignas de las altas miras que trae consigo.

Vicente Calero
Mérida, febrero 10 de 1846

³ Calero modifica el título, pues el nombre original del artículo es “El mundo todo es máscaras. Todo el año es Carnaval”, escrito por Mariano José de Larra y que apareció en *El Pobrecito Hablador. Revista Satírica de Costumbres*, bajo el seudónimo Bachiller Don Juan Pérez de Munguía (1833, núm. 12).

⁴ *Acibararse*: “ponerse amargo como el acíbar o llenarse de acíbar” (NTLLE 1853).

La Cuaresma¹

Vino un tiempo que pasará sin embargo como todos, sin reflexiones, sin que se hable de él sino para convertirlo en lo que no debiera ser, aunque no fuese más que por los grandes recuerdos que encierra. La Cuaresma establecida en memoria de los cuarenta días que el Señor permaneció en el destierro es digna de que se le considere no sólo como la conmemoración de este suceso, sino también como una época en que deben tenerse a la vista los sublimes ejemplos que la vida de Jesucristo ofrece al mundo para la felicidad de los hombres.

La Cuaresma, que la Iglesia ha hecho más interesante, más religiosa con la majestad de sus oraciones y ceremonias, todavía aun no es ahora lo que será cuando con el transcurso del tiempo ciertas ideas que hoy escandalizan a algunos ilusos devotos, desaparezcan ante el irresistible poder que el espíritu del siglo está empleando en los progresos de la sociedad. La predicación, móvil poderoso mientras se emplee con la sana intención, con la profunda doctrina, con la verdadera sabiduría que en la fuente purísima e inagotable de la *Biblia* deben beber los ministros de la religión cristiana, no es hoy en ninguna de las naciones, ni las más ilustradas, uno de los medios de popularizar la instrucción y las ideas útiles y necesarias para disfrutar de los bienes de esta vida. Porque la mayoría de los predicadores, siempre teniendo en la boca la abnegación que dicen debemos hacer del mundo, han dado una siniestra interpretación a la divina moral que enseñó Jesucristo, y que está muy lejos de condenar ni los placeres de

¹ Vicente Calero. "La Cuaresma". *Registro Yucateco* III. 1846, 150-153.

los sentidos, ni el uso de cuanto su mano poderosa y eterna ha creado para regalo del hombre.

No se tapen los oídos las personas timoratas, pues el que firma el presente artículo se precia y tiene orgullo de ser tan religioso como puede serlo el que después de algunos años de estudio y meditación adopta una creencia, una religión, no porque se la enseñaron desde niño, sino porque tiene la íntima convicción de sus eternas verdades; pero hoy con los deberes de escritor público que cumplir, deberes que son para él muy sagrados, su pluma tomará un camino en el que no pretende ofender a nadie, ni abrir una polémica, ni tiene más objeto que el de exponer las mismas ideas que la prensa de Europa, movida por las más doctas notabilidades, procura generalizar en bien de la humanidad, de la moral y del porvenir de los pueblos.

Demasiado serio este artículo para hacer en él referencias a que pueda darse torcida interpretación, diré que tiene sin embargo un punto de semejanza con el anterior del Carnaval. Así como en éste se encuentran mil cosas impropias de su objeto, en la Cuaresma hay también otras que debían suprimirse y algunas que los espectadores volvemos de un carácter que ciertamente no es el que deben tener. Las procesiones por las calles debieran prohibirse, y la concurrencia a los templos, lugares dignos de veneración y respeto, no es para citas amorosas, para conversaciones de ningún género, sino para la contemplación, para la oración devota y ferviente de los fieles. La educación, semilla que se siembra en la niñez para fructificar en la juventud, es uno de los medios de corregir estos abusos, la prensa es otro y la predicación sabia es el más eficaz. No esa predicación que toma por materia las modas, las diversiones públicas y otras bagatelas con que se profana la cátedra de la verdad, sino esa predicación que se dirige al interior del hombre y le habla el lenguaje que comprende el espíritu y que siente el corazón.

Ya hoy es una verdad reconocida y confesada por los pueblos más avanzados en el rápido curso del progreso intelectual que la religión enseñada por Jesucristo es la única capaz, la única que ha de servir de base para la estabilidad de los gobiernos, para

la paz y fraternidad de los pueblos, la que promueve su riqueza, la que está dando un divino impulso a todos los elementos que Dios ha puesto al alcance de nuestro entendimiento, y la que dará feliz cabo y cima a los dichosos, tiempos que él mismo prometió a la desgraciada raza de un pueblo errante, que no es más que el misterioso emblema de la suerte del género humano.

¿Cuál es al presente el más seguro conducto por el que los hombres llevan a cabo las empresas más arduas? ¿No es el espíritu de asociación?, pues bien, este espíritu no es nuevo, no es creación de este siglo; nunca más que ahora se le ha reconocido y se le ha dado más impulso, es verdad, pero este espíritu es obra exclusiva del cristianismo, de esa religión tan altamente sublime, tan admirablemente divina, que no sólo nos previene el amor del prójimo, sino que lleva el precepto a un grado más alto, hasta a hacer bien a nuestros enemigos. La caridad enseñada hasta en los más sencillos actos de la vida de Jesucristo y que según una de las plumas más célebres es *la virtud por excelencia*, está santificada, glorificada en los encuentros de la Samaritana² y de la Cananea.³ Para el hijo de Dios el prójimo es aquel que socorre a su semejante cuando le halla afligido, que lo conduce por sus manos

² Jesús al llegar a Sicar (ciudad de Samaria) se detuvo en el pozo de Jacob y ahí le pidió agua a una mujer samaritana, quien al principio se negó a dársela, pues judíos y samaritanos se repudiaban, por lo que Jesús dijo: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías y él te daría agua viva” (San Juan 4:10). Cuando Fotina, que era el nombre de esta mujer, preguntó de dónde obtenía el agua viva, él contestó: “el que bebiere del agua que yo le diera, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (San Juan 4:14). Fotina entonces pidió de esa agua, por lo que Jesús la convenció de que para obtenerla debía dejar esa vida pecadora que llevaba, ya que se había casado con cinco hombres. La samaritana lo hizo; después fue convertida y bautizada, al igual que sus dos hijos y sus cinco hermanas. Se dedicó a predicar la palabra de Dios en Cartago, por lo que fue martirizada.

³ En la región de Tiro y Sidón, una mujer cananea se le acercó a Jesús para pedirle que ayudara a su hija endemoniada. Los apóstoles querían alejarla de Jesús, por los gritos que la mujer daba; entonces, Jesús les dijo: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”. La mujer se postró y se mostró humilde; pidió al Señor una migaja de misericordia, por lo que Jesús sanó inmediatamente a la hija (Mateo 15: 21-28).

hasta donde puedan aliviarse sus males y que aun saca de su bolsa la cantidad que lleva y de la que se desprende gustosísimo en obsequio del menesteroso, afligido y desamparado.

Con tan saludables máximas, el cristianismo, antorcha que guía nuestros pasos por el camino de las más admirables virtudes, no se verá de nuevo combatido con las armas débiles de aquella falsa filosofía que ha huido avergonzada ante la brillante luz de la moderna civilización. Ésta, obsequiando la alta misión que se le ha conferido, sostendrá la religión verdadera y combatirá los abusos. Tiempo hoy de predicaciones y de penitencia, estas líneas no tienen más objeto que el que en ellas se expresa. La Cuaresma, convertida en días de fiestas, en que más se piensa en otros objetos que en las grandes memorias que ella trae, debe verse con más circunspección, con circunspección religiosa; la predicación debe llenar las miras que se señalan en el gran libro que lleva por título *Nuevo Testamento*. Esto es en breve lo que he querido decir y nada más.

Vicente Calero
Mérida, 17 de febrero de 1846

¿Novedades aquí?¹
(Carta a un amigo)

Es usted más sordo que una tapia y más terco que un periódico de oposición. ¿Novedades aquí? Lo que pasó ayer pasa hoy y pasará mañana, lo cual tanto tiene de agrio como de dulce, porque si es cierto que vivimos en el limbo, también lo es que dormimos a pierna suelta, pues las novedades no son siempre los mejores soporíferos. Pero para que usted vea que no es por pereza mía, tomo de nuevo mi lente y vuelvo a dirigirlo hacia el comercio; mas yo no veo ni improvisadas fortunas, ni repentinas quiebras. Oigo decir que hay policía, pero yo no tropiezo con ella; cojo los periódicos y no encuentro en ellos novedad alguna; llega correo de México y lo que trae es lo que traen siempre todos, la noticia de un pronunciamiento que se ha verificado y los síntomas y precursoras señales del que le ha de seguir. Voy a la tertulia. ¿No sabe usted lo que es una tertulia de las que usamos por acá? En ellas no se suscitan cuestiones políticas, ni osa meterse ninguno en laberintos diplomáticos; los debates científicos y literarios se tienen por áridos y secos, y como los concurrentes no piensan abandonar las paredes de su casa, venga lo que viniere, nada les interesan las academias ni los teatros de París, ni los vetustos monumentos de Roma, ni las invenciones, ni los descubrimientos, ni las colosales maravillas de este siglo, ni se les da un bledo por las guerras que se rompen entre tirios y troyanos, y tanto les importa que surquen el mar buques de vapor como sirenas; en

¹ Don Gil de las Calzas Verdes. "¿Novedades aquí? (Carta a un amigo)". *Registro Yucateco* III. 1846, 175-177.

una palabra, nada exótico se admite, ni están en boga otras noticias que las relativas a sucesos del casco de la población. Pero, en cambio, de aquel desvío respeto de cuento no es indígena en materia de novedades, se desmenuzan, se analizan y se glosan minuciosamente las ocurrencias de la capital. Primero que en el obispado, y con todos los detalles que pueden apetecerse, se saben en las tertulias cuántos casamientos se verifican, y muchas veces antes que los interesados lo sospechen se columbran en ellas los infalibles síntomas de los divorcios que amenazan. Con exactitud matemática se discuten los presupuestos de los gastos del vecino, del otro y del otro, y cotejándose con la misma escrupulosidad el monto de las entradas con el de las salidas que tiene cada uno, se averigua quién no come por seguir el refrán que dice: “si quieres tener dinero, tenlo”;² quién gasta más de lo que gana, con cuyo sistema va camino recto del hospital, y quién no se empobrece ni se arruina a pesar de sus cuantiosos gastos por una especie de milagro, o porque su buena estrella quiso proporcionarle una compañera tierna, de esbelto talle y de hechiceros ojos. Sábense a punto fijo las riñas que cada marido tiene con su mujer por semana, de qué provienen los cólicos de Juanita y las almorranas de don Ramón, la hora en que se recoge don Pedro, en lo que pasa el día don Francisco, y en fin cuánto hace, dice y piensa todo bicho viviente, y cuánto ocurre desde Santiago a la Mejorada, y de San Sebastián a Santa Ana.³

El cómputo de muertos y nacidos que se lleva en las tertulias es tan exacto como no pudiera serlo el que se formase por los mismos libros parroquiales, con la añadidura de contener hasta las más menudas circunstancias, pues para no incurrir en contradicciones ni anacronismos, se inquieren y averiguan las

² *Si quieres tener dinero, tenlo*: “el dinero no sólo hay que ganarlo, sino conservarlo. Por eso, el refrán defiende la importancia del ahorro como vía de enriquecimiento” (Regino Etxabe. *Diccionario de refranes comentado*. Madrid: Ediciones de la Torre, 2010).

³ Santiago (calle 72, entre 57-59), Mejorada (calle 50, entre 59-57), San Sebastián (calle 70) y Santa Ana (calle 60) son los nombres de los cuatro barrios principales de la ciudad de Mérida y que datan de la Colonia; los cuatro conformaban los límites de la ciudad (CÁMARA).

horas y los minutos en que estas cosas pasan, con los nombres y condiciones de los que nacen y mueren, de los testigos, de los allegados, de los herederos y de cuanto puede tener con ellos roce, contacto o relación alguna.

¿Está usted satisfecho con esas novedades? ¡Ah! Se me olvidaba las tres cosas que están a la orden del día: la polka, la proscripción de las peinetas y la entrada de nuestro veranito de diez meses.

Don Gil de las Calzas Verdes
Mérida, marzo 5 de 1846

Los criados de mi tierra¹

Después de andar rodando por el mundo algunos años, volví a mi patria, y confieso que bajo de un sol que tanto incita al descanso y al reposo, donde la suprema felicidad consiste sin duda en dormir y dormir y no hacer nada, la carencia de un criado me pareció insoportable. Vine, pues, a buscarlo como un loco, preguntando aquí, suplicando allá, no dejando salir de la prensa periódico alguno sin que llevase el anuncio de lo que yo solicitaba con ansia y ofreciendo por todas partes torres y montones al que me proporcionase alguna luz o algún destello siquiera para dirigirme a mi objeto. Si un criado no vale tanto como una canonjía,² cuesta más el lograrlo en esta tierra. ¡Cuántos pasos! ¡Cuántas dificultades! ¡Cuántos afanes y molestias! ¡Cuántos apuros! ¡Y cuánto que agradecer si se consigue! ¡Y qué se alcanza al fin? Tener criado y continuar uno echando de menos siempre quien le sirva.

Después de dos meses de molestas y vanas diligencias, me convencí de que no había más partido que abrazar en la materia que el que me habían aconsejado los más prácticas, y de consiguiendo con grandes empeños y recomendaciones me presenté a los alcaldes, al jefe político y a las demás autoridades solicitando un criado para mi servicio; y para no dejar piedra por mover, me relacioné con los caciques e interesé en mi solicitud a todos sus allegados y compadres.

¹ Don Gil de las Calzas Verdes. "Los criados de mi tierra". *Registro Yucateco* III. 1846, 382-384.

² *Canonjía*: "la prebenda [renta] del canónigo y metafóricamente el destino de poco trabajo y muy lucrativo" (NTLLE 1852).

Amaneció por fin para mí un día venturoso (que no todos habían de ser aciagos), en el cual con el encarecimiento del favor que se me otorgaba, recibí un criado. No tardé en manifestar a éste las obligaciones que contraía en su nuevo destino (como también sus derechos), y aunque no me contestó una sola palabra, me acosté contento y satisfecho, atribuyendo su silencio a su buena pasta,³ a la cortedad de su genio o al exceso de manse-dumbre propio de los de su pelo. Ahora sí, exclamaba yo, ahora sí que me voy a pasar una vida regalona. Ahora sí que puedo asegurar que comienzo a tener estrella. Sin embargo, como las dichas de este mundo no son eternas, la mía en esta parte se desvaneció en la mañana siguiente, cuando observé que mi criado o no me entendía, o no hacía caso de mis órdenes, y aun no me daba muestras de ser extraño y nuevo a los signos y maneras que suelen suplir en casos precisos la voz humana.

Corrí, pues, a devolver el regalo al que me lo había hecho, diciéndole:

—Yo quería un hombre para que me sirviese y usted me ha mandado una estatua a la que tendría yo que servir si continuase en mi compañía; por tanto, siendo lo contrario de lo que necesito y busco, lo devuelvo.

—¡Cómo!, me contestó el amigo. Ese criado es muy bueno.

—¿Bueno? ¡Y para qué sirve si no entiende, ni se da a entender, ni hace lo que se le manda?

—¡Ah!, ya caigo en la cuenta: usted no sabe la lengua maya y ese muchacho no entiende el castellano.

—¿No entiende el castellano? Pues no hablemos más; somos el uno para el otro una verdadera estatua.

Apenas me despedí de este amigo y llegué a mi casa, cuando de orden de un alcalde me llevaron otro criado. Éste hablaba el castellano, que fue lo primero que investigué, pero a pesar de esta ventaja, tuve que despedirlo al otro día, porque no teniendo para todos mis mandatos más que una contestación, y esa negativa, me convencí de que no poseía ni aun los primeros rudimentos de su profesión, o que era un pillo que estaba de sobra en mi casa.

³ Buena pasta: “la índole, el genio blando o pacífico” (NTLLE 1846).

—Muchacho, ve a la botica.

—No sé, señor.

—Lleva esta carta al correo.

—No sé, señor.

—Llámame a un zapatero.

—No sé, señor.

Y aunque le preguntase ¿eres hombre o alcornoque? No salía jamás de su invariable “no sé, señor”.

Despaché, pues, más que de prisa a mi monótono criado, y aunque sucesivamente fueron ocupando su lugar otros diez o doce sucesores, ninguno de ellos discrepó un ápice de él. Entonces me persuadí que debía prescindir de lo indígena y me decidí por lo exótico, tomando a mi servicio a un mexicano, que me pareció el reverso de la medalla, porque jamás hallaba dificultades en cosa que se le mandase y solía anticiparse a mis órdenes, adivinando mi pensamiento. Entonces sí que llegué a persuadirme de haber hallado lo que me parecía la piedra filosofal en esta tierra, y estaba muy contento y muy ufano, cuando un día (el tercero de su recepción en mi servicio) desapareció de repente de mi casa, dejándome dudoso y vacilante, hasta que fui hallando las infalibles pruebas de lo que había sucedido. Mi gaveta había quedado enteramente exhausta, cercenado mi ropero y, por último, yo que no había entrado nunca por la costumbre vulgar de comer sin cubiertos, entré aquel día por ella, porque ya no hallé en mi casa con qué hacerlo de otro modo.

Con el criado que alijó mi habitación se me quitó la manía de tenerlos, pasando repentinamente, a guisa de partidario político, al extremo opuesto desde el extremo en que estaba, y tan decidido a no variar de programa, a no hacer un retroceso.

Que sí me cuesta tener
que limpiar yo mis zapatos,
y fregar tazas y platos,
no mudo de parecer.

Que más vale en mi opinión
pasar la vida sin criado,

que pasarlo fastidiado
de un imbécil o un bribón.

Y pues entre estos extremos
no hay camino que seguir;
si hemos aquí de vivir,
por esta senda marchemos.

Don Gil de las Calzas Verdes
Mérida, 22 de junio de 1846

Un hombre-piedra¹

Cierto es que bastan para que un hombre arroje la sangre por las narices y por los ojos y por cada poro de su cuerpo, los afanes que le cuesta en algunos países refrendar su pasaporte o llegar con su equipaje a la posada. También lo es que no escapa nadie de una fiebre cerebral, cuando tiene la desgracia de entrar en tratos con un usurero, que lee y hace leer veinte veces las escrituras y documentos; que aquí exclama, allí glosa, más allá dice y contradice, y en todas partes refunfuña; que pone, quita y vuelve a quitar y poner; que da esperanzas, que las desvanece, y que, en fin, a fuerza de hacer esperar y de obligar a ceder, y de poner en un potro² al que cae entre sus uñas, lo deja sin recurso, sin albedrío, sin voluntad (y aun sin resuello). Es igualmente cierto que pierde el juicio (si lo tiene) o muere en el hospital, el que va a la corte a pretender un destino y después de desvelarse por la noche discurriendo en los medios de asegurar su ventura, se levanta con el alba, se desayuna de prisa, se constituye en poste de la puerta del ministro, esperando hablarle cuando salga para el despacho, y en el deseado y crítico momento de subir al coche su excelencia, un estorbo de prisa recibe por respuesta; que después de este lance se le va la mañana de secretaria en secretaria, sin pasar en ninguna de la estancia del portero; que por la tarde visita a un protector suyo que le ofrece hablar al oficial segundo

¹ Don Gil de las Calzas Verdes. "Un hombre piedra". *Registro Yucateco* III. 1846, 420-422.

² *Potro*: "cierta máquina de madera, sobre la cual sentaban y atormentaban a los delincuentes que estaban negativos, para hacerles que confesasen o declarasen la verdad de lo que se les preguntaba" (*NTLLE* 1846).

para que se interese con el primero, y que le manda presentarse sin falta alguna aquella noche a una señora que es íntima amiga de la mujer de un cuñado del ministro; que pasado aquel día ve llegar el otro, en que se renuevan los afanes, se aumentan las dificultades, se repiten las promesas; y, por último, que tras de ese día siente correr otros del mismo jaez,³ y transcurrir meses y meses, y al fin tiene que volverse a su casa con la dicha por alcanzar, y la esperanza de menos.

Todo esto es cierto, evidente, inconcuso⁴ e irrefutable; mas aun suele pasar el hombre por más endurecido crisol. ¿Qué diremos del forastero que en Mérida solicita y se pone a buscar la habitación de algún sujeto? Si a la mitad de las diligencias no truena como arpa vieja de cansancio y de fastidio; no hay remedio, es un héroe más grande que Cortés y que Alejandro, y si por cosa estupenda, por milagro sin segundo, aún le queda algún vigor para proseguir en ellas, si las concluye, si vivo y sano lo logra conseguir su objeto, entonces, no hay que cansarse, no es hombre de carne y hueso, es un fantasma, una teoría política, una ilusión, o un hombre-piedra.

El forastero, pues, que llega por la primera vez a Mérida, donde no conoce a nadie y trae una carta para un sujeto, inmediatamente se dedica a averiguar dónde vive (sobre todo si es el que ha de cubrir los presupuestos de sus gastos). Seguro es que en las dos horas primeras no consigue el menor dato, pues si alguna noticia le dan, sólo sirve para confundirlo y extraviarlo. Si tiene constancia (y sobre todo si tiene paciencia), después de preguntar mucho, de sudar más y de ponerse tan trasijado como caballo de alquiler, tal vez encuentra quien le dice: “ese don fulano vive entre la casa de don zutano y la de don mengano (que es la señal más clara que puede darse en una población cuyas calles tienen nombres por los cuales no son conocidas de nadie y las casas no tienen números)”.

El forastero con este indicio lo que consigue es aumentar en su cartera los nombres de dos sujetos más, y tener que preguntar

³ *Jaez*: “calidad o propiedad de alguna cosa” (NTLLE 1837).

⁴ *Inconcuso*: “Lo que es firme, sin duda ni contradicción” (NTLLE 1846).

desde entonces en vez de una por tres personas. Uno le dice que vive más allá de tal iglesia y lo deja en la misma duda; otro le asegura que la casa que busca está en la manzana 4ª, número 17 del cuartel 3º; y como el forastero no es posible que tenga en las manos un croquis de la ciudad con la división de cuarteles y manzanas hecha por la municipalidad, estas señas le ponen muchísimo más confuso. Quizá dos o tres horas después consigue saber que frente por frente del sujeto que solicita vive una viuda lozana y rolliza, o un comerciante muy rico, o un barbero, lo cual contribuye a hacer más difusos sus apuntes y más largas sus interrogaciones. En fin, si se decide a envejecer o a pasar su vida preguntando por la casa del sujeto que busca, tal vez halla, después de mil afanes, quien le asegura que está situada entre la esquina del Elefante y la del León, por ejemplo, y aunque entre las dos fieras hay quizás sesenta casas, el hombre se decide a entrar en todas para no dejar de salirse con su intento. Entra en una y el criado no le entiende ni le atiende, y se fastidia y se va; en otra, cual de hombre que está apestado, corren de él las criadas que se hallaban por allí, apretando más el paso cuanto el sube la voz; en la inmediata, una niña casadera, al llegar el forastero, advierte que su vestido está suelto, se avergüenza, se esconde y el pobre hombre no tiene a quién dirigir la palabra en hora y media y prosigue su camino. En una casa le dicen que el amo duerme la siesta y le dan con la puerta en los hocicos; en otra da golpes, en otras hace lo que puede y, por último, si tiene fuerza y la resistencia de un roble, acaso no se muere sin encontrar la casa que busca. Pero ¿qué tal? ¿El que pasa por todo eso, qué es? Será lo que sea, pero para mí, o no es hombre un hombre así, o es un hombre-piedra.

Don Gil de las Calzas Verdes

Me voy a los toros¹

Ante todas cosas es necesario advertir a los que lo necesiten que las corridas de toros en Mérida son la precisa consecuencia de alguna novena que se hace, como las novenas lo son de alguna festividad religiosa, y que nuestras festividades religiosas abundan más en el año que los aguacates en su tiempo.

En día de toros no se puede tratar de otra cosa más que de ir a los toros. Cuatro jinetes, vestidos caprichosamente y montados sobre cuatro caballos escuálidos y raquíticos con sendos cascabeles en los jaeces,² van por las calles haciendo ruido y llamando la atención. Casi al mismo tiempo se deja ver una compañía de soldados vestidos de gala y acompañados de la banda de música del cuerpo. Un gentío inmenso de a pie y de a caballo la sigue; multitud de calesas toman el mismo rumbo; los talleres quedan súbitamente desiertos, los muchachos se alborotan, las mujeres no saben ya lo que hacen; comienzan además a oírse los voladores.³ ¿Qué ha de hacer uno en estos momentos? Yo en estos casos siempre sigo a la mayoría; me voy con la gente, me voy a los toros.

Llego a la plaza y en un instante me encuentro rodeado de quince o veinte personas que me proponen asientos. Yo tengo primeros, dice uno; los míos son de sombra, dice otro; los míos están junto a la música, dice el de más allá; y en fin cada cual

¹ Don Gil de las Calzas Verdes. "Me voy a los toros". *Registro Yucateco* IV. 1849, 95-97.

² *Jaecz*: "adorno que se coloca en los crines del caballo en día de función o de gala" (NTLLE 1846).

³ *Voladores*: "Se aplica a algunos fuegos artificiales que se disparan al aire, volando muy alto" (NTLLE 1846).

exagera el mérito de los asientos que propone, para obtener la preferencia. Yo, que en aquel acto nada podía desear más que desasirme de aquellos insufribles moscones y empezar cuanto antes a divertirme, me decido por el palco más próximo y *sin decir agua va*,⁴ comienzo a subir la escalera; pero apenas pongo en ella los pies, cuando me veo precisado a pedir socorro, pues las malditas estacas de que se formaba, comienzan a crujir y a desbaratarse, dejándome a poco (y por fortuna mía) cabalgado en un mozo que pasaba por abajo y que me libró en aquel trance de ir al suelo de cabeza o de costillas. Pasado el sustillo y satisfecha la curiosidad de los que se acercaban a preguntar lo que había ocurrido, estirado por los de arriba y empujado por los de abajo, logré verme por fin en el palco. Con la fatal y reciente ocurrencia de la escalera, no se me ocurrió escoger un buen asiento, y sentándome en el primero que hallé a mano, pronto tuve que arrepentirme porque nada veía, hallándome colocado el último de los del palco; ni disfrutaba de otra cosa que de la incesante vocería del concurso y del estrépito de la pólvora que se quemaba. Llamé al amo del palco y, habiéndome manifestado, me dijo: si quiere usted un primero estará perfectamente. Venga, le contesté y entonces dio el hombre sus órdenes, reducidas a hacer levantar a todos para que yo pudiera pasar, lo que aun así no pude conseguir sin ir saltando de silla en silla (no enteramente sin riesgo de caerme) para llegar a colocarme en la que me correspondía, pues está tan aprovechado el terreno en los tales palcos que es imposible menear un brazo sin dar un bofetón al que está inmediato, ni escupir sin hacer algún estrago y mucho menos pasar de un lado a otro.

Colocado ya en mi asiento primero, comencé a participar de la diversión. Dos vaqueros con dos sogas metían en la plaza un toro amarrado por los cuernos y ensartado por las narices, y después de media hora que tardaron en maniobrar con sus sogas, dejaron a la fiera suelta y libre. En seguida uno de los lidiadores clavó al toro una banderilla de fuego, de aquellas que al reventar toman el rumbo que quieren y no es imposible ni extraordinario

⁴ *Sin decir agua va*: sin previo aviso (DA).

que vayan a parar a un ojo humano, por lo cual la suerte de la banderilla produce una evolución general en los espectadores, pues todos se vuelven de espaldas a la plaza o se cubren el rostro con el sombrero.

Después que el público y el toro pasan de estos preámbulos, se entra verdaderamente en la lucha. Los toros que trasijados, hambrientos, sedientos y maltratados de todas maneras, tienen más traza de morir que de matar, huyen de los que quieren lidiar con ellos, ostentando su aliento únicamente en correr como galgos por la plaza. Si por milagro algún toro conserva su antiguo brío, se queda solo, hasta que a fuerza de los gritos de los espectadores, se aproximan los toreros temblando, unos a llevar porrazos y otros a aprovechar la ocasión de coger a la fiera de espaldas y darle un golpe de muerte. Cuando el toro ya no puede más y el público se cansa de aquella monotonía, vuelven los vaqueros y con otro cuarto de hora de evolucionar con sus sogas, enredan al animalito y lo sacan de la plaza. Meten otro y sucede con él lo que con el anterior, y con los que vienen después.

Viendo amarrar y desatar los toros, cubriéndose cada cual la cara por temor de las banderillas, presenciando algún porrazo, sudando a mares, temiendo a cada instante que se hunda el palco o que se desprendan del techo sobre uno los muchachos que se colocan en él, y oyendo desaforados gritos, se pasan las dos horas de una corrida en completa diversión (según la fama).

Yo confieso que al volver a mi casa suelo raciocinar como los extranjeros respecto de las corridas de toros, que llaman entretenimiento bárbaro de los españoles, pero apenas oigo los casca- beles de los caballos, el bullicio de la gente que corre a la plaza y los voladores que anuncian que es llegado ya el momento, me olvido de lo bárbaro de la diversión, del riesgo de las escaleras, del fastidio de las banderillas, de lo monótono de la función, del calor, de los empujones y de las pisadas; y hago también lo que los extranjeros en estos casos, dejo mis negocios y... y me voy a los toros.

Don Gil de la Calzas Verdes

Entre los malos el peor¹

Como hay tantas clases de hombres en el mundo y como cada uno piensa con su cabeza, resulta que algunos creen que el poeta, que el periodista y que todo el que escribe, es un ente que ha nacido para divertirlos, y que en quitándoles a ellos el mal humor ha llenado su misión en la tierra. Otros piensan que el escritor no está sujeto a las necesidades que los otros hombres y, por consiguiente, que no necesita comer para vivir; y otros, en fin, creen, como artículo de fe, que el escritor come y que gana para comer con lo que escribe. Ni para los primeros ni para los segundos escribo este artículo, que sólo puede servir de argumento contra la opinión de los últimos y de llenar dos o tres páginas del periódico en que se me hace la bondad de insertarlo.

Pasábame un día, como se lo pasan todos muchos hombres, columpiándome en mi hamaca, mirando las estampas que decoran mi habitación, fumando, oyendo y contando las horas que daba el reloj de la catedral, y en fin sin hacer nada ni pensar en nada, cuando fui sorprendido por la visita de un antiguo amigo mío, redactor de un periódico, a quien ciertamente no esperaba. Al verle entrar, noté en su rostro las infalibles huellas y señales de un hombre que vive con su suegra o de un aspirante desahuciado, de un infeliz, en fin, que está en vísperas de ahorcarse.

—¿Usted por aquí señor don Ramón?, le dije al momento. ¡Qué milagro! Pero usted... Usted no está bueno, amigo mío. ¿Qué tiene usted? ¿Han acusado el periódico? ¿Le han obligado a usted los impresores a decir lo que no había pensado con muti-

¹ Don Gil de las Calzas Verdes. "Entre los malos el peor". *Registro Yucateco* IV. 1849, 221-224.

larle o transformarle la explicación de sus concepciones? Vamos. ¿Qué tiene usted?

—Quisiera tirarme a un pozo... quisiera suicidarme.

—¿*Cristo de las ampollas!* ¿Qué le ha sucedido a usted?

—Mi suerte, amigo, mi suerte es la que me tiene en este estado.

—¿Pero qué cosa...?

—Nada nuevo; mas usted sabe que mi mala fortuna...

—Sí, señor don Ramón, sé que usted ha pasado tragos amargos en la vida, muy amargos; pero desde que se resolvió usted a marchar por la senda de la política y de la literatura, tomando la pluma...

—¡Marchar por la senda! Desde que me decidí, amigo mío, a tirarme por el derrumbadero de la política y de la literatura, haciéndome periodista, mi suerte es peor.

—¡Ah!, ya entiendo. Se habrá usted empeñado en rebatir a los que cogen la pluma sólo para escribir odiosas diatribas o en confundir a la ignorancia altanera. Se habrá usted comprometido en polémicas de las que se usan por acá entre los periodistas que se estilan... No sabrá usted despreciar, con un elocuente silencio, la cáustica mordacidad, la petulancia, la hipocresía, la...

—No, amigo, nada de eso es la causa de mi desesperación.

—Pues entonces... No comprendo a la verdad.

—Me explicaré. Cuando me determiné a hacerme periodista, lo hice, como todo el que emprende algo en este globo en que vivimos, con el fin de conseguir el fruto de mi trabajo, y usted sabe muy bien que aunque el principal fruto que debe proponerse el que escribe es que sean útiles a la sociedad las ideas que desarrolla con los rasgos de su pluma, no hay, sin embargo, razón para que el escritor, constituyéndose en una excepción absurda de todos los hombres que trabajan, deje de aspirar también al fruto con que se compensan los afanes de este mundo, al privilegiado específico que sana todas las dolencias de los pobres mortales, al real, al positivo, al verdadero fruto... ¿No me comprende usted todavía?

—Ya, ya caigo, y me admiro que no haya la compensación debida.

—No la hay, amigo mío. Con meterme a periodista no hice más que tomar el camino recto al hospital.

—Pero, ¡cómo! ¿No hay suscriptores? ¿Es posible que en estos tiempos en que se hace tanto alarde de ser o de querer ser ilustrados...? ¿No tiene usted suscriptores?

—Pocos, amigo mío, y cada día va quedando más reducido el número.

—Es verdad que no todo lo que se escribe está al alcance de la multitud, que no todo conduce a la verdadera ilustración de los que leen, que se escribe mucho malo, que no todo es digno... pero, ¿quién no satisface, pudiendo hacerlo tan a poca costa, el anhelo de saber las novedades que ocurren entre nosotros y fuera de nosotros, suscribiéndose a los periódicos? ¿Quién no paga el gusto de saber cómo anda el mundo?

—Ya lo ve usted.

—Pero venga usted acá, amigo mío. Yo creo que no tiene usted en su profesión aquel tacto que se necesita... Usted no es en esto perro viejo o, como ahora se dice, diplomático; ¿por qué no procura usted dar al público por donde le gusta? Si no quiere política, no le dé usted política, escriba sobre comercio, sobre agricultura o sobre otra cosa. Si no está por los artículos serios, dele usted poesías, cuentos, anécdotas; y si por el contrario no gusta de cosas ligeras, dele usted política, política y más política.

—No es eso, amigo mío, no es eso. Todavía no ha dado usted en la dificultad. El público de los periodistas es tan descontentadizo como el público de los espectáculos, como el público de los palenques políticos y como todos los públicos; pero a más de esa cualidad propia y esencial de todos los públicos, el de los periodistas es tan heterogéneo en sus afecciones y cada parte suya tan exclusiva en sus exigencias, que si el escritor satisface a cualquiera de ellas, disgusta a las demás, por esa increíble heterogeneidad de gustos que forma los lectores de un periódico, o sea, el público de los periodistas. Salgo a la calle y el primero que me encuentra me dice sin embarazo: “Me voy a borrar de la suscripción al periódico. ¿Qué me importa a mí que la reina de España se case con el infante don Francisco, que un nuevo

asesino atente contra la vida de Luis Felipe, que en los Estados Unidos se invente una nueva máquina, ni que en un horroroso temporal hayan naufragado muchos buques? Artículos de política son los interesantes, artículos de política, señor redactor”.

—Reflexione usted (le contesto) que un periódico es una miscelánea que se escribe para todos. Si usted no gusta de las noticias, no las lea usted, y en la sección destinada en el periódico a la política la encontrará usted, así como en la de las variedades...

—Bórreme usted de la suscripción.

—Voy a casa y un hombre que me esperaba allí, me dice: “En concluyéndome este mes no continúo suscrito al periódico porque estoy fastidiado de la política; a mí me gustan artículos de literatura, poesías. Bórreme usted de la lista de los suscriptores. Voy a la imprenta a tiempo que llega también el repartidor diciendo que se han borrado siete”.

—¡Siete! (exclamo). ¿Y no sabe usted por qué?

—Uno porque se ponen en el periódico versos, otro porque se ponen avisos, otro porque se ponen artículos largos, otro porque se ponen artículos cortos, y los demás porque está cara la suscripción.

—¿Habla usted de veras?

—Sí, señor. ¡Ah! Se me olvidaba. Otros veinte suscriptores me han dicho que después de este mes no continúan; pero al fin éstos tienen razón.

—¿Tiene razón?

—Sí, señor, éstos no siguen suscritos porque han encontrado modo de leer el periódico con más economía, es decir, de balde.

—¿De balde?

—Sí señor, de balde. Unos leyéndolo en las oficinas, en las que se aparecerán para eso los días que salga el periódico, y otros pidiéndoselo a los suscriptores nada más que para leerlos.

—¿Y eso es lo que pasa en el particular, señor don Ramón?

—Eso es lo que pasa y en vista de eso ¿no le parece a usted que debo levantarme la tapa de los sesos?

—No señor; pero sí me parece que entre nosotros sólo debe decidirse a ser escritor el que no tenga otra cosa que ser; pues

está visto que el escribir, considerado como camino de lograr algún lucro positivo, es entre los malos el peor.

Con esto se acabó la plática, se marchó el periodista y yo volví a columpiarme en mi hamaca, repitiendo: *entre los malos el peor*.

Don Gil de las Calzas Verdes

Ni tan calvo que se vean los sesos¹

Nunca he podido comprender la rara felicidad de aquellos hombres que apenas se levantan de dormir echan mano del calendario para saber a quién deber ir a dar los días; que están siempre al corriente de quién se muere, se casa o consigue algún empleo para ir corriendo a poner en juego los cumplimientos que prescribe la etiqueta; que en tales ocupaciones, que los traen de aquí para allí como corcho de volante,² tienen que sujetar estrictamente sus palabras y sus acciones al severo formulario del gran tono; que se resignan, sin dormirse ni fastidiarse, a oír y a repetir lo que han oído y repetido en las demás casas sobre el excesivo calor o el excesivo frío que hace, sobre la proximidad y preparativos de la fiesta de Santiago o de san Cristóbal,³ sobre el casamiento, el parto o la tenaz reuma de una señora conocida, o sobre el baile que se dio o se dará, etc.; que vuelven, después de muchas horas de ausencia, jadeando como perros corridos por muchachos, y cuando se disponen a dar algún descanso a sus molidos y quebrantados huesos: “una visita (dice el criado); ahí están unos señores”, y vuelta a ponerse el frac y el corbatín, y vuelta a los cumplimientos y cortesías, y a las generalidades y al monótono existir de estas escenas.

¹ Don Gil de las Calzas Verdes. “Ni tan calvo que se vean los sesos”. *Registro Yucateco* IV. 1849, 301-304.

² *Volante*: corcho de volante se refiere al proyectil usado en el juego de raqueta bádminton.

³ El barrio de Santiago celebraba al Santo Cristo de la Transfiguración y sus fiestas se realizaban del 26 de julio al 8 de agosto; mientras el barrio de San Cristóbal estaba dedicado a la virgen de Guadalupe, por lo que sus fiestas comenzaban en noviembre y terminaban en diciembre.

Que el hombre que vive en una culta sociedad no se presente en ella como un asno de casaca, como un bruto de dos pies, es cosa justa; pero sacrificar por vivir en ella toda su libertad, dedicar todo su tiempo a parecer cortés, hacerse víctima del gran tono... No, no, *ni tal calvo que se vean los sesos*.⁴

Lo peor es que siguiendo el rumbo opuesto en la sociedad en que vivimos, no se sufre menos. Forme uno su círculo de amigos de confianza y métese en él; y ya puede aumentar el presupuesto de sus gastos económicos, porque, por darle gusto, los amigos de confianza se aparecerán en su casa a las tres de la tarde seis días de la semana por lo menos, y hallando la mesa puesta se sentarán a comer y beber con franqueza y con confianza, con el único fin de acreditar que son su amigos y camaradas. Ya metido uno en el círculo de la amistad de confianza, cuente con no ver más que de paso y por encima los periódicos que reciba, con no tener en su biblioteca ni una sola obra que no esté trunca, con dejar sus libros y sus ocupaciones para escuchar raros lances de amores y desafíos; y cuando suban de tono los amigos, cuando estrechen su confianza, cuando su casa se vuelve casa de orates, y prepárese a menudear las visitas a su gaveta para no dejar en descubierto a sus amigos en los lances de honor que les ocurran, y, finalmente, dispóngase a tirar la montera y a dar al diablo la prudencia, si llega a pasarle algún día lo que a mí.

Un mes haría que había llegado de Europa con aquel placer, con aquella satisfacción con que llega siempre a su patria el que ha vivido lejos de ella mucho tiempo, cuando unos amigos de confianza (porque en tan corto término ya me había hecho con un caudal decente de ellos), me convidaron a pasar un día de campo en una de las haciendas inmediatas a esta ciudad; un día de campo sin etiqueta alguna, de toda confianza. Acepté el convite y nos fuimos en caravana como unos veinte al sitio destinado al placer de aquel día. Nos entretuvimos en recorrer la huerta y los corrales, en bajar cocos y naranjas, en lazar toros y vacas, y en jugar al mus y al monte (cuando ya el sol calentaba

⁴ *Ni tan calvo que se vean los sesos*: refrán que recomienda la moderación y se opone al exceso (CORREAS).

demasiado) hasta que llegó la hora de comer. Aquí fue Troya. Yo que no tenía en el cuerpo más que el claro chocolate que tomamos por costumbre al abrir los ojos por la mañana y que con el extraordinario ejercicio que había hecho, me sentía con las mejores disposiciones del mundo para hacer un brillante papel en la escena gastronómica que deseaba largo rato había y que llegaba ya, corro hacia la mesa y mi apetito subió de punto al divisar los enormes pavos, las multiplicadas gallinas y los gigantescos róbalo y las anchas y profundas fuentes que parecía que llamaban a uno a gozar sin demora de lo que llevaban en su seno; pero al sentarme, el que estaba a mi lado me dijo por lo bajo: en este plato comeremos los dos, porque esto va de confianza. ¡Santo Dios!, dije para mí entonces; ¡en qué berenjenal me he metido! Aunque no estaba yo acostumbrado a comer en sociedad tan estrecha, en roce tan extremoso, me resignaba ya a pasar por esta prueba de paciencia, pues la necesidad me obligaba a ello, y pedí unos cubiertos.

—¿Cubiertos?, me dijo mi socio de plato; coma usted con los dedos, así (y me enseñaba prácticamente el modo), coma usted así, porque no se han traído más que media docena de cubiertos, de que han tomado posesión aquellos (señalándome a los que formaban en la mesa una cortísima excepción en el modo de hacer llegar a la boca los manjares); no se han traído más, porque como la comida es de confianza.

—Convengo en que haya confianza, pero tanta es más que confianza, es... me voy a dar una vuelta por el corral.

—¿Qué, no come usted?

—No tengo ganas.

—¿Pues no decía usted poco ha que tenía un apetito formidable?

—¿Yo dije que tenía...? ¡Ah...! Sí... dije que tenía hambre, pero fue una pura broma. Mire usted un vaso de vino sí me atreviera a beberlo.

Me acercó entonces una botella y un vaso, pero al ver yo en éste la espesa y grasienta capa que le cubría por todas partes, me salí corriendo del comedor, sin dar lugar a mi compañero de diálogo a que me exigiese contestaciones más explícitas, y fui a

sentarme junto al estanque en que se bañaban y retozaban los cocheros y mozos del servicio de mis amigos. Allí contemplaba yo el chasco que me había llevado al aceptar el convite; filosofaba sobre lo que en el mundo se llama amistad, franqueza mutua e íntima confianza, cuando un impulso desconocido y que no esperaba, me arroja en el estanque, del cual si salí a poco tiempo con vida después de muchos esfuerzos y fatigas, no salí sin llenar antes mi estómago del agua que lo llena a él, agua que bien pudiera llamarse sólida, al considerar su crasitud⁵ y su sustancia, cuando pasa por la boca.

Inmediatamente procuré averiguar quién había sido el osado que se había atrevido a hacerme nadar sin ganas y ponerme a pique de morir ahogado, cuando rodeándome los amigos me dijeron, pudiendo apenas contener la risa que les habían dado mis apuros:

—Nosotros fuimos, fue una chanza, una chanza nomás.

—¿Chanza? Repliqué yo más colérico que risueño. No, señores; esto pasa ya de castaño oscuro; si ustedes se han propuesto burlarse...

—Nada de eso, entre amigos creímos que... y por otra parte, ¿no está usted por la confianza?

—Sí, me gusta la confianza, pero hablemos claros, *ni tan calvo que se vean los sesos*.

Desde entonces, como el diablo de la cruz corro yo de los hombres que me hacen cortesías y que me estrujan las manos con sus apretones urbanos o políticos, lo mismo que de los amigos que me quieren honrar con su ilimitada confianza, temiendo siempre hallarme en el caso de tener que decir: poco a poco, *ni tan calvo que se vean lo sesos*.

Don Gil de las Calzas Verdes

⁵ *Crasitud*: gordura (NTLLE 1846).

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers
Rector

Dr. Domingo Alberto Vital Díaz
Coordinador de Humanidades

Dr. Adrián Curiel Rivera
Director del CEPHCIS
Coordinador de la serie

*Los yucatecos pintados por sí
mismos. Artículos de costumbres de
Yucatán en el siglo XIX*

editado por el CENTRO PENINSULAR EN
HUMANIDADES Y EN CIENCIAS SOCIALES, siendo
el jefe de Publicaciones SALVADOR TOVAR MENDOZA,
se terminó de imprimir el 8 de agosto de 2017 en los
talleres de Gráfica Premier S.A. de C.V., 5 de febrero 2309,
col. San Jerónimo Chichahualco, C.P. 52170, Metepec, Estado
de México. El texto estuvo al cuidado de SALVADOR TOVAR
MENDOZA y DANIELA MALDONADO CANO. La formación (en
tipos Goudy Old Style, 11:13, 10:12 y 9:11 puntos) la
llevaron a cabo JORGE PÉREZ MARTÍNEZ y SALVADOR
TOVAR MENDOZA. El diseño de los forros lo
realizó SAMUEL FLORES OSORIO. El tiraje
consta de 250 ejemplares en tapa
rústica, impresos en *offset* sobre papel
cultural de 90 gramos.